

A close-up photograph of a woman's face. She has striking green eyes and is looking directly at the camera with a serious expression. Her hands are raised to her mouth, with her fingers pressed against her lips, suggesting she is holding a secret or is in a state of shock or fear. The lighting is dramatic, highlighting the texture of her skin and the intensity of her gaze.

Daniela Sanguinetti

LO QUE
CALLA
LA NOCHE

EDITORIAL DUNKEN

Lo que calla la noche

Daniela Sanguinetti

*Cuando el silencio y la soledad abrazan, los fantasmas comienzan a hablarnos
desde las profundidades secretas de nuestra vulnerable humanidad...*

I

La noche se entrelaza con el lúgubre silencio y la tristeza de aquella casa que jamás será la misma. Todo parece haber quedado suspendido en el tiempo. Nadie se atreve a nombrarla ni a cuestionar la crueldad del destino. El afán por encontrar al culpable se congeló junto con las emociones y las lágrimas que la familia Esquivel no se permite soltar.

El pasillo largo del primer piso de la casa se desdibuja entre las penumbras. Los listones del añejo parqué se salpican, apenas, con una luz titubeante proveniente de las velas encendidas que hay sobre un antiguo mueble de madera oscura. Éste se irgue, frente a las escaleras, como un santuario, engalanado por una mantilla blanca bordada en macramé, decorado con pequeños jarrones, flores y estatuillas religiosas. Aquel altar, que custodia su dulce semblante y su angelical belleza veinteañera, es el único que parece recordarla. Los pabilos ardientes custodian y bañan con su amarillento serpenteo el retrato y le dan a sus ojos verdes la inquietante apariencia del que aguarda agazapado en el silencio. Es Cecilia. La fotografía plasma la tersura que dan los veinte años. Sólo se ve su rostro. Tiene una hermosa sonrisa pero, en sus ojos, se esconde una encantadora melancolía. Es una mirada triste que parece perderse en el sendero que comunica las habitaciones. En la primera de ellas, rodeados de un estilo conservador y formal, entre la pulcritud y el hastío, sus padres, Carmen y Alfredo, duermen plácidamente, sin sentir ni la distancia ni el frío que hay en aquel lecho conyugal que nunca ardió entre arrebatos pasionales.

La segunda habitación está vacía. Es la suya. Permanece inalterable, tal cual la dejó, con su decoración femenina y delicada. La cama tendida con su acolchado claro estampado con pequeñas flores, el placard con su ropa, su escritorio y sus libros. La cómoda blanca cargada de frascos de perfumes; algunos pequeños estuches en donde solía guardar sus aros y pulseras y, más allá, tres portarretratos que enmarcan sus fotografías favoritas. En una de ellas, adolescente y hermosa, sentada en la arena, mirando al mar. Otra, de cuando era muy pequeñita, jugando en el jardín rodeada de flores y, en la tercera, sólo su rostro y el de su hermano mayor. Ambos sonrientes y felices...

Todo ha quedado intacto, impoluto, intocable. Sólo la felicidad y las sonrisas parecen haberse marchado con ella.

A unos metros, justo al final del pasillo, está la tercera habitación, sobria y sencilla. En ella su hermano Ulises, quien fuera su mayor debilidad, duerme.

El resplandor amarillento, proveniente del pasillo, se cuele por la puerta abierta y es suficiente para descubrir el brillo del sudor que le inunda la frente. Está en su cama, enredado entre las sábanas y dormido boca arriba. Los ojos cerrados que se le agitan de un lado al otro dentro de sus parpados, como si rebotaran en las cuencas de sus ojos. Su cabeza parece imitar ese movimiento, negando con sufrimiento lo macabro de su sueño.

En su mente, la noche lo envuelve. Su figura se agazapa entre las sombras de una calle desierta. Él tiene la postura sigilosa de un tigre dispuesto a atacar. Ve a una joven caminar desprevenida, con su andar sereno y femenino. La observa desde la distancia. El corazón de Ulises es un tropel desbocado. Su respiración acelerada parece acompasarse a ese

sonido fuerte, rítmico y constante. Su sádico deseo lo invade. Sus pupilas salvajes se pierden ávidas en las curvas de ese cuerpo joven que lo invita a saciar su sed criminal. Saborea en sus labios la sal de su propio sudor y ese sabor incrementa sus ganas. Ella, desprevenida del peligro, se pasa la mano por su pelo ensortijado y sus dedos finos atrapan algunos mechones para luego dejarlos caer, sensuales, sobre sus hombros descubiertos. Lleva puesto un vestido entallado que delinea sus formas. una tela clara y con pequeñas flores estampadas se amolda a lo cóncavo de su cintura y a la redondez perfecta de su pecho y de sus glúteos.

Ulises la recorre entera con sus pupilas lascivas. Siente el ardor en sus entrañas de aquella invitación al pecado. El sonido de los tacos en la acera lo llaman, lo empujan a atacar y ya no puede resistir el impulso de poseerla.

La calle, desierta e inmóvil, parece aguardar expectante, adivinando lo que está por suceder. Las hojas de los árboles se han quedado paralizadas; los grillos han cesado su canto y se obligan al silencio. Las sombras siniestras se regocijan, se refriegan las manos puntiagudas con pagano placer e incitan al delito. Ulises resurge lentamente de entre ellas y, con un zarpazo feroz, extiende su mano y logra atraparla, atacándola por la espalda. La sujeta con fuerza de sus cabellos. Ella lanza un grito ahogado que se pierde en el terror y el desconcierto. La joven trata, inútilmente, de librarse de su atacante. Su cuerpo frágil y diminuto intenta dar pelea, pero él es demasiado fuerte. Forcejea unos instantes y finalmente la tumba al suelo. Con lo pesado de su cuerpo atrapando su fragilidad, logra girarla de un sólo movimiento. Le sujeta las muñecas impidiendo que ella pueda usar sus uñas como arma. uno de sus pechos, rosado, joven y turgente, asoma por la tela desgarrada de su vestido y parece señalarlo. Ella mira directo a los ojos hambrientos de su despiadado verdugo y el pavor, que hasta hace un segundo se adueñaba de todo su ser, desaparece por completo. Su resistencia cesa de inmediato. Lo mira con desconcierto y un gesto de dolor le inunda su semblante. Lo reconoce. Y eso le duele en el alma más que cualquier otra cosa.

Él es capaz de percibir el desprecio recriminante que, entre lágrimas, aflora de del verdor de los ojos de su víctima. Ulises cierra los suyos con fuerza para no dejarse convencer. Acobijado por la complicidad de una calle desierta, la sujeta con las manos a ambos lados de la cabeza y descarga su furia hacia ella, golpeándola, salvajemente contra el asfalto, una y otra vez. El sonido seco que hacen los huesos al romperse enmudecen los gritos de Cecilia.

Ulises despierta agitado, con la respiración alterada y sus ojos desorbitados. Asustado y con el corazón a punto de salirse de su pecho, su torso se despega súbitamente y se incorpora en la cama. Manotea, a tientas, la lámpara que está a su lado en la mesita de noche y logra encenderla. Examina a su alrededor, preso del pánico. Sus ojos rebotan de un lado al otro de la habitación y comprueba, aliviado, que está a salvo en su casa.

–¡Sólo fue un sueño...! –se tranquiliza, inútilmente, a sí mismo. Contempla el reloj digital que hay junto a la lámpara. Marca las 2:15 am.

Alterado y bañado en sudor, aparta de un tirón las sábanas húmedas de su cuerpo y se sienta en el borde de la cama. Vuelve a chequear todo a su alrededor. Su pecho se expande y se ahueca al ritmo de su compulsiva respiración. Aún no es capaz de abandonar el estupor que le produjo su terrible sueño. Pasa una de sus manos por su cabello y arrastra con ella las gotas de sudor que inundan su frente. Lentamente gira su cabeza y sus ojos, llenos de lágrimas se clavan en la fotografía que hay en su escritorio, junto a una pila de

libros. En ella resaltan la juventud y las sonrisas de Ulises y Cecilia, con sus mejillas pegadas, aunados en un abrazo. El amor fraternal se lee en la mirada de ambos.

El recuerdo de aquel momento apuñala el corazón aturdido de Ulises que cubre sus ojos con sus manos y llora entre el dolor y el espanto.

II

Aquella madrugada silenciosa y siniestra que a Ulises le pareció eterna por fin se había acabado. El sol de la mañana empezaba a colarse por las ventanas dejando atrás los fantasmas de la noche. Ya podía escuchar a su madre y a su padre, en la planta baja, preparándose para empezar otro nuevo y rutinario día.

Él aún seguía en la cama, desganado y algo cansado por no haber sido capaz de conciliar nuevamente el sueño. El temor de volver a soñar se lo impidió. La realidad de aquella pesadilla lo había dejado sumamente trastornado. Había podido sentir su aroma, la suavidad de su piel parecía habersele quedado impregnada en sus dedos. Y sus ojos... ¡Esos ojos le habían perforado el alma!... No podía deshacerse del recuerdo de esa mirada. Sin embargo, más allá del dolor, Ulises sentía que algo en su interior se había despertado. un deseo oscuro y turbio, una necesidad voraz. un macabro impulso que provenía desde el centro de sus entrañas y que, aunque le provocaba pánico, también lo llenaba de una sensación de placer que no había sentido jamás, o al menos no lo recordaba.

Se concentró en dejar sus emociones atrás. Debía levantarse y simular que todo estaba bien.

¿Todo estaría bien?...

Se vistió con su ropa de trabajo; una camisa rayada y un pantalón de vestir gris. Aunque la mayoría de los empleados que trabajaban en el centro de telemarqueters siempre iban con un estilo más informal, él debía usar algo que lo hiciese parecer serio y profesional. Ese era el mandato paterno y la condición que le había impuesto Alfredo a su hijo, entre otras tantas, para conseguirle un puesto donde él era jefe de sector.

Ulises siempre trataba de complacer a su padre y, aunque se esforzara, nunca nada parecía ser suficiente para que los ojos de Alfredo reflejaran un leve atisbo de complacencia. El haber comenzado la carrera de arquitectura hacía más de tres años también fue uno de sus vanos intentos por llamar la atención de su padre. Él siempre hablaba de lo mucho que le hubiese gustado ser un arquitecto pero que aquel sueño, como otros tantos, fueron delegados en "pro de que a su familia nunca le faltara nada".

Y en verdad, a la familia Esquivel, nunca le había faltado ni techo, ni comida, ni educación, ni ninguna de todas aquellas cosas que Ulises hubiese relegado, sin dudar, por el cariño y la atención de su padre. Pero no importaba cuanto lo intentara, Ulises parecía ser invisible a los ojos de Alfredo.

Cecilia, en cambio, había sabido ganarse su corazón. Su hermana era la debilidad y el orgullo de Alfredo. Siempre hablaba de ella con admiración, la miraba con sus ojos encendidos en devoción y Ulises era plenamente consciente que, desde aquel trágico día en que su hermana murió, el corazón de su padre se había vuelto de hielo y no había lugar para que él entrara, ni, aún, haciendo el mayor de sus esfuerzos.

Su madre siempre se mantuvo indiferente y distante a sus dos hijos. No había favoritos ni demostraciones de afecto excesivas. Toda su devoción estaba puesta en su fe y en la iglesia en donde Carmen decía que hallaba la paz. Como si en aquel templo ella llenara

todos los espacios vacíos de su vida.

Por una cosa o por otra, Ulises creció bajo la estricta mirada de su padre y la frialdad y la distancia de su madre. Fue Cecilia quien supo llenar sus días con amor y complicidad incondicional.

Aquel amargo día, en el que la muerte de su hermana le arrancó su único vínculo afectivo, marcó a Ulises para siempre. Ya no era el mismo y, aunque sus padres no lo notaran y él mismo lo ignorara, algo oscuro, poco a poco, se gestaba en su interior.

El aroma a café y a pan tostado que subía por las escaleras arrancó a Ulises de sus pensamientos. El estómago le dio un brinco y aquella sensación tan humana y simple lo hizo sentir real. Aquello, en el precario estado en el que su psiquis completa naufragaba, era tangible, mundano y reconfortantemente seguro. Tenía hambre y bajó impulsado por el deseo de sorber un poco de café caliente y permitirse disfrutar del crujir del pan en su boca. No recordaba ya desde cuando los pequeños placeres de la vida le habían sido arrebatados por completo. Tal era la parquedad y monotonía de sus días que, a esta altura, dudaba haber sentido algún resquicio de felicidad real a lo largo de su existencia.

Ulises bajó rápidamente las escaleras. Al ver la figura de su padre a través de la puerta abierta de la cocina, se detuvo instintivamente. Parado en el último peldaño se pasó las manos sobre la camisa tratando de emprolijarla aún más, justo donde cruzaba la tira de su inseparable morral negro.

Alfredo ya estaba sentado ocupando, como era su costumbre, la cabecera de la mesa de la cocina. Con su habitual gesto adusto y solemne, siempre distante de su alrededor, con sus lentes gruesos, casi colgando del puente de su nariz, sosteniendo con una mano una taza humeante de café, pasaba con la otra, una a una, las páginas grises del diario de hoy.

Su madre terminaba de preparar el último manojito de tostadas, dándole la espalda a su marido y a su realidad abúlica.

Ninguno de los dos respondió al ¡Buenos días! que Ulises dejó escapar. No hubo un gesto, ni una mirada, ni nada que indicara que alguno de los dos se había percatado de que su hijo menor se les sumaba al desayuno. La voz de Ulises, simplemente, se perdió en el silencio y, resignado, se sentó en su lugar, frente a una taza vacía que parecía ser la única que lo esperaba.

El tostador quebró el silencio y devolvió las últimas rodajas de pan doradas. Carmen las puso en un plato, las dejó en el centro de la mesa y, sin pronunciar palabra, volvió a llenar la taza con café de Alfredo, cuya única reacción fue cambiar de página. Con el mismo gesto de parquedad, ella llenó también la taza de su hijo. Ulises amagó una pequeña sonrisa agradeciendo a su madre y untó su primera tostada crujiente. Ella lo miró unos instantes y se inclinó levemente acercándose a su rostro. Él le ofreció, incrédulo, una de sus mejillas a su madre listo para recibir un pequeño gesto de afecto. La desilusión no tardó en llegar cuando notó que lo esquivaba fríamente y olfateaba su cabello con sumo desagrado.

-¿Vos estuviste fumando? -el tono de Carmen no disimulaba el desprecio.

Ulises, algo apenado, apartó la cabeza y, frunciendo el ceño, le contestó ofuscado.

-¿Fumando, yo? ¡Si sabes que odio esas cosas! -¿Entonces... ¿Por qué tenés ese olor a cigarrillo? Ulises, sin dudarlo, es capaz de mentirle a su madre con socavada y monótona ironía.

-Los pibes de la facultad no hacen más que ahogarse en nubes de humo. Cinco minutos

cerca de ellos y el olor se te impregna en todos lados. ¡Es inaceptable que los que no tenemos ningún vicio inmundo tengamos que soportar los del resto!

Carmen, espantada, se persigna una y otra vez, como si lo que escuchó hubiese sido un crimen atroz. Ulises, sin apartar los ojos de los de su madre, le da un mordisco a su tostada.

-¡Dios te guarde de esas tentaciones mortales!

-¡AMÉN! – le contesta él con la boca llena.

-¡Apúrate, entonces! ¡Terminá de desayunar rápido y andá a ducharte para que se te vaya ese olor espantoso! No quiero que se haga tarde. Tenemos que ir a ver a tu hermana.

Carmen aparta el plato de tostadas, haciéndole saber a su hijo que el tiempo apremia.

Ulises, aún masticando su primer bocado, sigue el plato con sus ojos. “¡Adiós a los pequeños placeres de la vida!” se dice a sí mismo. Levanta la vista, mira a su madre y clava sus ojos en el almanaque que está en una de las paredes, junto a un enorme y antiguo cuadro, pintado a mano, del Sagrado Corazón de Jesús. El almanaque parece revolver en sus entrañas una daga que no deja de doler. Martes 17 de noviembre del 2015. El rostro de Ulises se ensombrece y parece que su juventud se desdibuja. Sus ojos se hundan levemente y su espalda se encorva. El peso de la angustia es demasiado grande. Pero, aun así, asiente resignado, apura su café y vuelve a su habitación para cumplir con el deseo de su madre.

Es un día hermoso. El cielo está completamente limpio y azul. El silencio es casi absoluto. El aroma de tierra húmeda y césped recién cortado inundan el lugar. El verde brillante se mezcla con los pequeños manojos de flores coloridas y blancas que hay alrededor.

Alfredo, Carmen y Ulises están de pie frente a una lápida gris. Ella, como en cada visita, con los ojos cerrados y con la cabeza apuntando al cielo, dirige el rezo. Su voz solemne parece vacía y sin emoción. quizás su corazón no se resigna a estar aquí, quizás niegue profundamente su realidad, o quizás, simplemente, no sienta nada ya. A medida que sus oraciones avanzan va pasando, una a una, las cuentas del rosario nacarado que sostiene entre sus manos. Su marido y su hijo, con la vista fija al suelo, aguardan solemnes el momento preciso de su intervención. Alfredo parece incómodo, se nota que no quiere estar allí. Y Ulises... Hay en él una rara mezcla de angustia e ira que bulle desde lo más profundo de su alma.

-Dios te salve, María. Llena eres de gracia. El señor es contigo. Bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús –Carmen lleva adelante su tarea metódica y rítmica, ceremonial y solemne. Su creencia es más profunda que el desarraigo en las entrañas de una madre ante la muerte de un hijo.

-Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén –ambos responden al unísono.

-Dios te salve, María. Llena eres de gracia. El señor es contigo. Bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús –Carmen empieza otra vez.

-Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén –ellos vuelven a responder en su coro monótono.

Ulises sostiene un pequeño ramo de jazmines en la mano. Mira a sus padres. Ambos están inexpresivos. Pero en su rostro, en cambio, la angustia y la tristeza se entrelazan; tamizan su semblante de un gris infinito. Apesadumbrado, se inclina y deja el pequeño ramo a un costado de la lápida. Apoya su mano varonil sobre ella y cierra con fuerza los ojos. unos metros debajo yace la que fue su gran compañera, su amiga, el único ser que

supo llenar sus días de ternura y amor. Su hermana mayor, glaciada y putrefacta, aún no descansa en paz y, en su interior, Ulises lo sabe. una lágrima bautiza el frío del mármol, de un tono gris claro, en el que se puede leer:

CECILA L. ESQUIVEL
ADORADA HIJA Y HERMANA
23-8-1991-17-11-2014
Q.E.P.D.

Su madre le palmea el hombro enérgicamente y le hace un gesto para que se ponga de pie, no da tiempo a la melancolía y lo apura obligándolo a continuar con su sagrado ritual.

–Dios te salve, María. Llena eres de gracia –arenga– El señor es contigo. Bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús... Ulises se pone de pie y vuelve a adoptar una postura inexpresiva junto a su padre. Ninguno habla, ninguno expresa lo que guarda en su interior y aquella visita se transforma en una seguidilla de oraciones que rebotan en el aire sin ningún propósito verdadero. Ninguna palabra especial para ella, ni un atisbo de enojo, ni una promesa de justicia, ni nada... Cada uno dentro de su propio mundo individualista, hostigados por demonios personales, envueltos en silencios solitarios, desprovistos de la contención familiar. un padre que no es padre, una madre que parece no estar y un hermano que está al borde de naufragar para siempre.

El canto de los pájaros y el sonido de la leve brisa que hace bailar las hojas en las ramas de los árboles transforman las plegarias en un murmullo lejano. La inmensidad inerte y lúgubre del cementerio se baña por el sol que comienza a templar la cálida mañana primaveral.

III

Aunque padre e hijo iban al mismo sitio, aquella mañana no fueron juntos. Alfredo fue el primero en irse. Sin despedirse, ni de su hijo ni de su mujer. Con paso firme, se alejó de ellos luego de que el silencio frente a la lápida se hiciera demasiado largo e incómodo para los tres. Carmen lo siguió unos momentos después. Ulises quedó inmóvil, frente a la tumba de su hermana, pensativo; con el rostro tensionado. Apretando los dientes con tanta fuerza que las mejillas se le hundían y los huesos de la mandíbula se le delineaban perfectamente. unos minutos más tarde fue capaz de romper la inmovilidad de su cuerpo. Levantó la cabeza y miró en dirección hacia donde sus padres se habían marchado. Ya no estaban. Sacó un atado de cigarrillos del bolsillo de su morral y encendió uno. Le dio una pitada profunda y la rigidez de su semblante perdió la dureza. Hilos plateados dibujaron el contorno de su rostro.

Sus ojos se volvieron otra vez hacia el mármol gris. Otra calada profunda al cigarrillo... y, obligándose a ignorar el profundo deseo de expresarle a su hermana todo lo que sentía, comenzó a andar.

Estaba a unas pocas cuadras de su trabajo y era temprano. Todavía faltaban más de treinta minutos para el horario de entrada, pero aun así decidió acelerar el paso.

La monotonía de sus seis horas laborales diarias, de lunes a viernes, no eran más que otra aburrida rutina para él. Bajo la estricta mirada de su padre y sin el mínimo contacto social con los hombres y mujeres que trabajan junto a él, aquellas horas pasaban muertas para Ulises.

El enorme edificio, completamente vidriado de *Hares Communications* lo recibe con la tranquilidad de siempre. Entra con su cabeza gacha que apenas eleva unos centímetros, a modo de respuesta, para el guardia de seguridad que le da los buenos días al pasar. Ulises toma el ascensor hasta el décimo piso y agradece en silencio que nadie más suba junto a él. Las puertas del ascensor se abren desplegando ante él un amplio y solitario corredor. Sus pasos repiquetean firmes en el silencio.

Entra por fin, ignora a sus pocos compañeros, que, como él, han llegado temprano y se acomoda ocupando su lugar, tal como lo hace todos los días, sin entusiasmo alguno.

Poco a poco la jornada de trabajo comienza su habitual rutina. En pocos minutos la gran oficina se va llenando de empleados. Nada parece diferente, todo es para él tan monótono y gris como siempre.

Como si alguien accionara un botón el callcenter se pone en marcha y la calma de hace unos momentos se diluye dejando atrás la tranquilidad y el silencio. Todos los empleados ya están sentados frente a sus ordenadores, con el head set en sus cabezas, conectados a su propia central telefónica. Se sumergen repentinamente en el murmullo constante de las llamadas entrantes que no darán tregua. Los dedos de todos ellos bailan sobre los teclados,

ingresan ágilmente los datos de los clientes, asentando sus quejas y tratando de dar respuesta a sus inquietudes. Hombres y mujeres, en su mayoría dentro de los veinte y tantos años, llenan planillas que se despliegan en sus pantallas brillantes.

Luego de unas horas, un pequeño intervalo le permite a Ulises distraerse unos segundos de su tarea. Recorre con su vista los puestos de trabajo que se encuentran frente a él. La presencia de una joven llama su atención y, por algún motivo, se pierde en sus gestos. Ella se levanta y camina sonriente en dirección a Ulises, que no se pierde detalle de cada movimiento. Es joven, radiante y bella. La mente de Ulises, desconociendo la razón, se agita por el vaivén de esas caderas que se acercan a él. Ella lo mira, sonrío y, cuando está demasiado cerca, se inclina para conversar con el joven que Ulises tiene a su derecha. Apoyada sobre el escritorio comienza un coqueteo femenino con su compañero que, entre risas y susurros, entra rápidamente en su juego. Ulises se retuerce en su silla. Aquella imagen lo incomoda y lo enoja profundamente. Entorna sus ojos y los observa con desprecio. En sus entrañas se enciende un fuego que empieza a calentar todo su interior.

La joven lanza una delicada y sensual carcajada reclinando su cuerpo lo suficiente para que su espalda se arquee, para que sus pechos se asomen, un poco por el escote de su camisa blanca y entallada. Al incorporarse lentamente, clava sus pupilas sobre Ulises que no deja de mirarla. Ella humedece sus labios con la punta de su lengua. Gira, vuelve a su lugar de trabajo moviendo su cuerpo felinamente, igual que lo hizo antes, y se sienta, dispuesta a continuar con su trabajo después del pequeño jugueteo con el hombre que tanto le gusta hace tiempo. Su vista se vuelve a cruzar con la de Ulises; le resulta penetrante e incómoda. Él, sin apartar sus ojos de ella, se quita lentamente los auriculares y los apoya sobre el escritorio. Mueve su silla hacia atrás y se incorpora. Arregla el cuello de su camisa y comienza a caminar hacia ella con la lentitud de una fiera al acecho, sin dejar de mirarla. Ante su inquietante actitud, ella no puede más que sonreír forzosamente. Él siempre le ha parecido extraño, antipático y retraído, pero hoy no la ignora como todos los días; hoy la insistencia de su mirada hace que le recorra un escalofrío por la espalda.

Ulises llega a su encuentro, se inclina hacia ella y apoya sus manos, fuertes y varoniles, sobre el escritorio. Sus ojos parecen traspasarla de lado a lado. Ella se aparta unos centímetros. ¡Están tan cerca!... Inquieta, acomoda su cabello y posa su delicada mano sobre la de él, en un intento amistoso de tregua. La mirada de Ulises se fija, ahora, en ese gesto. queda evidentemente pensativo durante un momento. Luego inclina su cabeza y vuelve a encontrarse con la mirada de la joven.

Intempestivamente, en un arranque de furia repentino, la mano libre de Ulises la toma con fuerza de sus cabellos y comienza a golpearle la cabeza, una y otra vez, sobre el borde del escritorio. Cegado por su ira, no se detiene. Su camisa y su rostro se cubren de gotas de sangre.

–¡Lo estás haciendo mal! –la voz firme de Alfredo arranca a Ulises de su macabra ensoñación.

Desconcertado se ve a sí mismo sentado en su lugar. Mira hacia el frente y ve a la joven que continua tranquilamente con su labor. El sudor abraza la frente de Ulises.

Parado frente a él, Alfredo sostiene entre sus manos una carpeta llena de planillas impresas y, con tono firme, indaga a su hijo.

–¡Ulises! ¿Estás escuchando lo que te digo? Ulises, sorprendido y titubeante, reacciona al volver a la realidad.

-¡Sí, papá!... Te estoy escuchando...

Alfredo transforma su semblante con una severa mueca de desaprobación. Claramente está enfadado. Se acerca a Ulises y, aunque baja un poco el tono de voz, su dedo índice lo apunta amenazador.

-¡Señor Esquivel! Te dije que en el trabajo me llames Señor Esquivel. ¡Acá no soy tu padre! ¡Soy tu jefe!

-Perdón, pap... ¡Señor Esquivel! -se corrige, apenado, mirando a su alrededor. Siente el peso de las miradas de sus compañeros de trabajo sobre su cuerpo.

Alfredo, fastidiado, deja caer sobre el escritorio de Ulises el pilón de planillas.

-¡Están llenas de errores! Hay que reingresar todo esto; lo necesito urgente. ¡Y, por favor te pido, presta atención esta vez! -Alfredo ve asentir a su hijo, gira y se aleja con paso firme, no sin antes lanzar un fatal susurro que punza profundo el corazón de Ulises- ¡Inútil!

Ulises toma los papeles. Nervioso, mira hacia ambos lados. Por suerte todos han vuelto a su trabajo. Nadie nota lo profundo de su vergüenza.

IV

Aquella alucinación violenta que tuvo en el trabajo, sumada a la pesadilla de la noche anterior, habían dejado inquieta el alma de Ulises. Algo de todo ese macabro placer que vivenciaba en su mente era tan real que le despertaba una enorme voracidad en sus entrañas. Su ser entero le pedía sangre y lo invitaba a hacer reales aquellas fantasías.

Ni siquiera estaba convencido de tener el valor y las agallas que eran necesarias para llevarlas a cabo ni sabía por qué lo haría, pero su sed criminal crecía a cada segundo.

En su mente revivía aquellas escenas una y otra vez. Mientras sentía que un sudor frío le recorría el centro de su espalda, las moldeaba y las perfeccionaba.

Tal vez sin ser consciente de ello, le había asignado otro rostro a la joven del sueño. Ya no era Cecilia. Era una joven, común, como cualquier otra. una compañera de la facultad; la joven que se topó en el ascensor antes de entrar a clases aquella tarde. Cualquiera, podía ser cualquiera... menos ella.

Cuando el timbre sonó anunciando el final de la clase, mientras todos alrededor se levantaban, corrían las sillas y el bullicio aumentaba, tomó conciencia de que la tarde completa había discurrido mientras el permanecía perdido en sus mortales fantasías.

Ulises estaba cursando el último cuatrimestre de tercer año en la facultad de Arquitectura y, a pesar del tiempo que llevaba allí, no había entablado relación alguna con nadie. Él se dedicaba simplemente a estar en su propio mundo, en su zona de confort, apartado del resto, pasando desapercibido. Tranquilo y solitario como siempre.

Como lo hacía habitualmente, guardó su cuaderno y su lapicera en su morral, y se fue, pasando por entre el resto de los estudiantes que ya se habían adaptado a su parquedad. Lo ignoraban tanto como él a ellos.

Cuando salió del edificio ya estaba oscuro. Se apartó unos metros de la puerta de entrada y apoyó su espalda contra uno de los muros, protegido por la sombra que le daba una columna. Sacó el atado de cigarrillos de su bolsillo, encendió uno y, mientras disfrutaba cada pitada, veía desinteresado a los estudiantes pasar.

Hasta que, muy cerca de él, algo atrapó su completa atención. Era la risa de una joven que conversaba animadamente con dos muchachos. La postura de Ulises se volvió rígida de golpe, tenía entre las sombras el aspecto de una gárgola expectante.

-¿Y vos creés que en dos semanas la voy a terminar? -el más alto de los dos habla con ella mientras el otro sonríe y contesta un mensaje en su celular.

-Yo te avisé que te venías tirando a chanta y no me diste bola -ella le responde entre risas.

-¡Dale, Gime! ¡Necesito que me des una mano! Yo te cocino... dale...

-¡Cagaste! Ahora sí que no la convencés ni en pedo... -interviene el otro mientras guarda su teléfono en el bolsillo.

Ella apoya su mano sobre el hombro del joven que suplica por su ayuda y ladea la cabeza con provocativa y simulada inocencia. Ulises la observa, inmóvil, sin perder detalle de sus

gestos.

–No sé... lo voy a pensar... todo depende del menú –contesta ella entre risas.

–Yo sé lo que te quiere dar de postre... –la intervención, otra vez inoportuna de su amigo, hace que el otro lo empuje con enfado.

–¿Y a vos quién te manda, boludo? ¿El enemigo?

Ella ríe con ganas otra vez.

Ulises entorna más los ojos, sus pupilas se vuelven salvajes y cala con una pitada honda su cigarrillo. El humo gris que sale lento entre sus labios delgados, enmarca su cara y desdibuja los contornos de su mandíbula que se tensa más cada vez que la escucha reír.

–¿Venís mañana a casa, entonces? –insiste el joven que no pierde la fe.

–Vemos... –le contesta ella sonriente y se despide de ambos con un beso, les da la espalda y comienza a bajar las escaleras.

–¡Te llamo en un rato, entonces!

Ella no voltea y levanta la mano, inclinando la palma, para reforzar con su gesto el suspenso de su última palabra. Emprende su camino, lento, hacia el estacionamiento, que está en la parte trasera del edificio, con su sonrisa grabada en su rostro jovial.

–¡Esta noche se me da! –codea a su amigo, mientras ambos la ven alejarse, totalmente seguro de que su estrategia ha funcionado. Ulises abandona las sombras. Está decidido a llevar a cabo lo que le dicta su interior. Tira su cigarrillo y comienza a caminar. Roza al pasar por su lado a los dos estudiantes que ríen y continúan conversando. Ellos no se percatan de la seriedad con la que los mira. Ni siquiera advierten su presencia.

Ulises baja las escaleras y comienza a seguirla a una distancia prudencial para que ella no lo note. El ruido exterior parece haberse diluido. Simplemente es capaz de oír su propia respiración que se agita al compás de los latidos que retumban en su pecho. Su cuerpo entero se baña de adrenalínico placer.

Gimena camina despreocupada por el pequeño sendero que la conduce hasta donde están los automóviles. quedan sólo unos cuantos vehículos esporádicamente estacionados. Camina tranquila, sin prisas. Saca de su bolsillo su teléfono celular y revisa sus mensajes.

A unos metros suyo, Ulises sigue uno a uno todos sus movimientos. Cada tanto, él voltea nervioso para comprobar que no haya nadie detrás capaz de arruinar sus planes. Está seguro. Están solos, no hay nadie más. Entonces, apura el paso para acercarse más a la joven indefensa.

Las sombras y la poca iluminación le dan a Ulises el escenario perfecto. Al costado del camino, bañados con apenas un tenue reflejo de luz, se distinguen algunos árboles y plantas. Ella no nota que Ulises está a tan sólo unos pocos pasos de distancia. Para cuando lo hace, ya es demasiado tarde.

Él se abalanza velozmente sobre ella, sujetándola por detrás y, con habilidad, logra taparle la boca a tiempo para que no grite. Ella trata como puede de resistirse, retuerce su cuerpo y logra golpear varias veces con sus talones las piernas de Ulises. Él no se inmuta. Su fuerza es demasiada y ella no logra soltarse. Durante el forcejeo, Gimena deja caer su celular al piso, que queda con la pantalla encendida en la mitad del camino.

Ulises la lleva en andas, con sus piecitos diminutos arañando el aire, hacia la seguridad y la distancia prudencial que le brindan los árboles y las plantas; condiciones suficientes y adecuadas para saciar sus oscuras intenciones. una vez resguardado en las penumbras,

Ulises utiliza su fuerza para tumbarla de espaldas sobre el pasto, a la vez que vuelca el peso de su propio cuerpo sobre ella. La maniobra no le demanda demasiado esfuerzo ya que Gimena es pequeña y delgada. Y, aunque su forcejeo para zafarse no cesa, no tiene la suficiente fuerza para hacerlo.

Él continúa sujetándola, su mano derecha aún le tapa la boca con fuerza. La presión que ejerce es tan grande que parece ahuecarle su menudo rostro. Los ojos de la joven resaltan de su semblante delicado, enormes y abiertos, colmados de asombro y miedo. Sus pupilas gritan con mudo terror. Él, aunque agitado por el forcejeo, está tranquilo. Sus ojos reflejan la oscuridad de su alma.

-¡Shh... shh... shh! -con una frialdad absoluta la invita a calmarse-... Tranquila... Tranquila... -le susurra al oído y dibuja los contornos del rostro de la joven con un leve roce de su nariz puntiaguda. La huele, inhala profundo y cierra los ojos. Inhala otra vez, como si estuviese llenando su cuerpo de su delicada fragancia.

Ella intenta inútilmente apartar su cara, pero sólo logra un pequeño movimiento. Las lágrimas de pánico brotan de sus ojos almendrados y bañan la mano de Ulises.

Ahora, es su mano libre la que contornea el rostro de la pobre joven envuelta en pánico. Sutilmente, acaricia los bordes de su frente, desciende lentamente por una de sus orejas y sus dedos se pierden abiertos entre sus cabellos para cerrarse de golpe y pegarle un fuerte tirón. Ella se queja en un grito ahogado.

-¡Te divierte provocar!... ¡Te sentís poderosa!... ¿Verdad?

Ella lucha entre el pánico y su desconcierto. No logra zafarse de la mano de Ulises, que le aprieta con fuerza el rostro, ni de su pesado cuerpo que la cubre y la aprisiona por completo contra el pasto.

-¿Creés que todos van a caer a tus pies? -su susurro es como un macabro eco que surge desde el mismísimo infierno.

Pero en ese momento, la realidad vuelve a abandonar la mente perturbada de Ulises. El rostro de la joven se transforma, de pronto, en el rostro de su hermana. Esos ojos verdes que lo miran fijo han regresado con el propósito de apuñalarle el alma y sus oscuras intenciones.

Asustado, ante tal aparición, da un respingo y se incorpora unos centímetros. Aprieta fuertemente sus parpados y sacude la cabeza en el afán de que aquella imagen tortuosa desaparezca. Sin darse cuenta, ha liberado la boca de su presa. Ella, aún en shock, lo mira asustada. Lo reconoce.

-¡Yo te conozco! -su voz quebrada entre el llanto, el asombro y el pavor sacuden a Ulises que la mira desconcertado, como si no entendiera lo que está sucediendo.

Está trastornado por la visión que acaba de tener. Ella no pierde más tiempo y aprovecha aquel breve momento de debilidad de su atacante y logra empujarlo. Ulises cae de espaldas sobre el pasto. Sin saber cómo, ella saca fuerzas de la nada misma, se incorpora velozmente y trastabilla. Resbala y cae de rodillas fuertemente sobre el pasto. Él continúa inmóvil. Ella, en su afán de escapar, ignora el dolor de la caída y recupera el paso. Comienza a correr, tan rápido como jamás lo ha hecho, en dirección de las luces y grita desesperada.

-¡Auxilio!... ¡qué alguien me ayude! ¡Por favor!

Aquel grito desgarrador trae a Ulises a su peligrosa realidad. Asustado y sin saber qué más hacer, echa a correr en dirección opuesta y se pierde rápidamente entre las sombras

de la noche, dejando olvidado en el pasto su morral negro.

V

Las pisadas fuertes y veloces de Ulises repiquetean en la vereda desierta y hacen eco en la calma abrupta de la noche. Su andar acelerado no tiene pausa. Entre zancada y zancada, el pánico le abraza los pies y lo hace trastabillar. Velozmente, recupera su equilibrio y sigue.

Lleva las manos en los bolsillos de su pantalón para ocultar el temblor que le sacude todo el cuerpo y la mirada gacha. Su mentón roza el cuello de su camisa y las sombras de la calle disfrazan sus facciones que se mezclan entre el miedo y la furia.

Voltea la cabeza, una y otra vez, en un movimiento compulsivo. quiere asegurarse de que nadie lo sigue. La noche parece ser la única testigo muda de su huida.

Los minutos corren tan a prisa como sus pasos y el sudor aumenta, dejando empapada su camisa. A medida que avanza, la zona por la que camina abandona las penumbras y el silencio. Las luces anteponen su presencia, las sombras van quedando atrás y la figura de Ulises pierde el refugio que antes le daba la oscuridad.

El rosado de sus mejillas y el brillo de las gotas de sudor que dibujan caminos en su sien quedan totalmente expuestos.

Sin anticiparlo, y para su sorpresa, un hombre pasa por su lado. Lo mira fijo, aunque rápidamente pierde su interés y sigue su rumbo. Ulises gira asustado para verlo; el hombre, por suerte, continúa su camino ensimismado. El corazón de Ulises es un tropel desbocado. Alterado, trata de apurar más su paso, pero se da cuenta de que con un poco más de velocidad ya estaría corriendo. Si lo hace llamaría más la atención. Como puede, trata de calmarse a sí mismo.

Los autos pasan y la calle deja de estar tranquila y solitaria.

A unos metros ve a una pareja que camina abrazada en dirección a él. Ulises evita el encuentro. Está convencido de que debe hacerlo y, apresurado, cruza la calle.

Llega a una esquina y para. Mira en todas las direcciones. Hay algunos autos detenidos por la luz roja del semáforo. Entre ellos, ve un taxi. El cartel rojo brillante de "LIBRE" en el parabrisas le regala un tono rosáceo al rostro del taxista. Ulises toma aquello como una salida de escape. Decidido, baja el cordón y levanta la mano. El chofer no tarda en verlo. Ulises se mueve inquieto sin bajar su mano; aquellos segundos de espera le parecen una eternidad. Por fin, la luz verde habilita el paso y el taxista, con una maniobra suave, se acerca a él que, sin demorar, abre la puerta trasera del taxi, mira nervioso a ambos lados y sube. Agitado, casi sin aliento, le da al chofer la intersección de dos calles y el taxi comienza a andar.

Casi veinte minutos después, el taxi se detiene a unos metros de la esquina. Las luces intermitentes de las balizas alumbran a una muchacha que está apoyada contra el poste de una parada de colectivo. Ulises desciende del auto. Es evidente que ella lo reconoce y con un gesto de resignación mueve la cabeza y revolea los ojos.

El taxista se aleja dejándolos solos, sin que nada de aquel viaje en silencio, ni el aspecto alterado y nervioso de su pasajero le haya llamado la atención. Tantos años en su trabajo lo han hecho inmune. Ya nada lo sorprende, lo raro se le ha convertido en cotidiano. Aquel fue simplemente otro pasajero extraño más en su haber. Ulises camina hacia donde está ella, mientras trata de corregir

un poco lo desalineado de su aspecto, aunque no lo logra. Ella mastica su chicle de manera exagerada y vulgar. Está vestida con una pollera corta, ajustada y una remera de red anudada a la altura del ombligo que deja ver su corpiño diminuto y brillante. Es pequeña a pesar de los tacos altos de sus botas blancas que le llegan hasta las rodillas. Su cabello suelto y ensortijado envuelve el contorno de su rostro en exceso maquillado. Él llega a su encuentro y la mira inexpresivo. Ella le devuelve una mirada de arriba abajo sin disimular su asombro y le habla en tono burlón.

-¿qué pasó hoy con el señor organización? ¡Hoy no es jueves, papi! ¿Me extrañabas?... Ulises la toma del brazo y, sin decirle nada, empieza a caminar. Ella gira su torso, pero él continúa y la lleva casi a la rastra. En un vano intento por cambiar la dirección, ella señala el hotel alojamiento que está en la esquina.

-¡Pará!... ¿Por qué no entramos? para variar, digo... ya que cambiamos el día...

-¡Callate, Tina! ¡No tengo tiempo para boludeces!

Dan vuelta a la esquina y caminan hasta la mitad de la cuadra. La entrada oscura de un viejo edificio le brinda a Ulises, como siempre, el precario resguardo que necesita. Sin decir palabra, arroja a Tina de espaldas contra la pared. Ella lo mira con la misma frialdad con la que él actúa, sin dejar de mascar el chicle que se deja ver entre mordida y mordida. Saca de su diminuta cartera un preservativo, se lo pasa a Ulises que se lo arrebató de las manos y se desabrocha el pantalón. Tina suspira con fastidio y gira su cabeza hacia la calle. ¡Está tan hastiada de que la vida la golpee que ya nada parece afectarle! Él se mueve rápido. Con un movimiento violento le levanta la falda. Hace mucho que ella se dio cuenta que era una pérdida de tiempo usar ropa interior. A ninguno de sus clientes parece importarle, la mayoría ni lo nota. Con fuerza, él la agarra de los glúteos y la levanta. Tina abre sus piernas instintivamente y envuelve con ellas las caderas de Ulises. La embestida para penetrar en su interior es salvaje y la cabeza de Tina golpea contra la pared. Ella deja salir un pequeño gemido de dolor, pero se mantiene inexpresiva y pone sus manos sobre los hombros de Ulises para sujetarse y hacer menor el impacto de su cuerpo contra la pared cada vez que él penetra profundo su interior. La vida ha vuelto a Tina tan dura, que puede valerse de cien mil mascarás para no mostrar cuanto sufre en realidad. Aunque los dedos de Ulises no le dan tregua y le presionan los glúteos, tan fuerte, que se tornan pálidos y dibujan surcos profundos en su piel joven.

Ella no lo mira, se entrega inexpresiva desdoblado su mente de su cuerpo adolorido. Prefiere ausentarse de sí misma, viajar a otro lugar, ser otra persona mientras todo aquello se acaba. Pero como si pudiera adivinar sus intenciones, Ulises detiene su vaivén frenético, le sujeta con fuerza el rostro y la obliga a mirarlo. Su pulgar y su índice aprietan con fiereza el mentón delgado de Tina. Ella, no opone resistencia alguna a su brusquedad. Los ojos de Ulises se bañan de un sádico y macabro placer. Ella se guarda su dolor; lo soporta de manera estoica. Sólo arruga un poco la frente; una mueca de resignación baña sus ojos apagados y se pregunta en silencio si algún día podrá dejar todo aquello atrás y vivir. No anhela demasiado, sólo quiere tener una vida tranquila y quizás, con suerte, encontrar a alguien que pueda ver en su interior su verdadera esencia y la rescate de aquel infierno.

Los ojos de Ulises, en cambio, arden en llamas; le centellean con ira salvaje y descontrolada. Se asegura con la fuerza de su mano que ella no deje de mirarlo. Aunque Tina no esté viendo nada en realidad. Ulises retoma el movimiento de sus caderas. Entra y sale de ella; rítmico e incesante.

Él continúa durante unos minutos más su despiadada arremetida hasta que ahoga un gemido que no logra salir porque aprieta con fuerza sus dientes. Las facciones de su rostro se tensan. Con los dedos de una mano aún clavados en los muslos de Tina y con los de la otra sujetándole el rostro, el cuerpo de Ulises descarga un pequeño temblor.

La calma que exprime la última gota de su sexo, inesperadamente, extrae de sus ojos la sal de sus lágrimas y ablanda la rigidez de su mirada. La mira directo a los ojos. Su mano libera la presión y le entrega una suave caricia a las mejillas enrojecidas de Tina. Lentamente, él recorre con la yema de los dedos sus delicadas y femeninas facciones. Por primera vez en tanto tiempo, descubre su belleza. Tina lo observa inmóvil, completamente desconcertada. Aunque ha estado con él innumerables veces, nunca antes había recibido un solo gesto de ternura. Ulises apoya su cabeza contra su pecho, respira profundo y su mano salvaje le libera, por fin, el glúteo adolorido y sube hasta su cintura diminuta. La trae hacia él y la pega a su cuerpo en un gesto de entrega. Ella, sin abandonar su sorpresa, baja con lentitud las piernas. Ulises se afloja contra el cuerpo frágil de aquella mujer, obligándola a afirmarse con fuerza para no caer.

Las manos que ella tiene apoyadas sobre los hombros de Ulises dudan. Se abren temblorosas y se mueven con lentitud para abrazarlo. Se frenan instintivas. El llanto de Ulises se intensifica. Su cuerpo se convulsiona. Tina, paralizada, le presta su pecho para que desahogue, contra él, toda su angustia. Le apoya una de sus manos sobre el cuello y con la otra acaricia dulcemente la espalda de Ulises.

Él reacciona de inmediato. Los dedos delicados de Tina son, para él, dagas que se hunden en su piel. La suelta inmediatamente, empujándola contra la pared. Aleja su cuerpo del de ella y borra con sus manos violentas las lágrimas que, hace apenas unos instantes, se hamacaban sinceras en su rostro.

Ella hace un gran esfuerzo para no caer. Sus tobillos se doblan. Hábilmente, logra sujetarse de las paredes y evita la caída. Como preparando su huida, se baja velozmente la pollera y trata a duras penas de recuperar la postura. Él ni la mira. Se quita con desdén el preservativo y lo arroja a la calle, se abrocha el pantalón y se acomoda el cabello, como si nada hubiese ocurrido. Tina lo mira con miedo y melancolía a la vez. ¡El Ulises de siempre ha vuelto!

–¡Vos no estás bien, flaco! –le dice con la voz quebrada y suave, sabiendo que, aquello, más que una sentencia, es una advertencia para sí misma.

Ulises gira de golpe; clava sobre ella sus ojos inyectados en veneno. Se acerca amenazante, la acorrala contra la pared hasta rozarle la cara con la punta de su nariz y, con ambas manos, la sujeta del cuello con fuerza.

–¿Y vos qué sabes de mí, putita de mierda?

Tina abre los ojos como platos. Bañada en miedo, el tono de su piel comienza a tornarse violáceo. Ulises la sujeta tan fuerte que le es imposible respirar. Ella intenta zafarse y manotea los brazos firmes de Ulises. ¡Es inútil! Es incapaz de moverlo. Entonces, con un hilo de voz le suplica.

–¡Soltame!... ¡Me estás lastimando!...

-¿Lastimando? ¡No tenés idea de lo qué es que te lastimen de verdad!

Un ruido de pasos lejanos advierte que alguien se acerca. Afortunadamente, él la suelta y Tina cae de rodillas al suelo. Tose con fuerza y respira agitada, el aire no parece alcanzarle.

Ulises saca del bolsillo de su pantalón un puñado billetes, se los arroja con desprecio en la cara y se va con paso firme y rápido.

Ella lo ve alejarse, se frota el cuello aún ardido por la presión, recoge los billetes y llora... quizás, para ella, la vida no tenga otra cosa mejor que ofrecer...

VI

Cuarenta y cinco minutos más tarde, Ulises abre la puerta de calle de su casa y entra. El living está iluminado por una tenue luz que proviene desde la cocina. Tratando de hacer su llegada lo más silenciosa posible para no despertar a sus padres, cierra con lentitud la puerta, evitando hacer cualquier ruido.

Refugiado, ahora, en la seguridad de su hogar, apoya la frente contra la madera oscura de la puerta y, abatido, deja caer sus hombros. Respira hondo. Ha sido un día demasiado largo y los fantasmas que azotan su mente todavía lo persiguen.

Entre las sombras se dibuja, de pronto, la figura de Alfredo que enciende la luz y examina con gesto severo a Ulises. Es evidente que lo estaba esperando pero Ulises, tan profundamente perdido en sus oscuros pensamientos, no lo nota.

–¿Dónde estabas? –la voz grave de su padre rebota en el lugar y frena el vano intento de Ulises por aquietar sus temores. Sobresaltado, gira rápidamente y ve a Alfredo que lo recorre con la mirada amenazante e impasible. Ulises se lleva la mano al pecho, con la otra se acomoda su cabello y esquiva cruzarse con la mirada penetrante de su padre.

–¡Me asustaste! –se mueve nervioso ignorando aquella pregunta. Da unos pasos al costado para esquivarlo pero Alfredo se para frente a él y lo detiene con su voz gruesa y firme.

–Te pregunté... ¿Dónde estabas?

Ulises, titubeante, no puede esconder su nerviosismo ni eludir la insistencia de su padre.

–Por ahí...

Alfredo, no conforme con su respuesta, rompe aún más la distancia entre ellos y, sin abandonar su amenazante postura, va en busca de los ojos esquivos de su hijo.

–¿Por ahí?... Ulises se mueve nervioso; da pequeños pasos que amaga en todas las direcciones, como si tratara de buscar el mejor lugar hacia donde huir. Abre y cierra los puños compulsivamente, tratando de dominar sus miedos y sus propios demonios.

–¡Sí! Por ahí... ¿qué pasa? –su tono de voz ha abandonado la calma.

Alfredo mueve los brazos enérgicamente señalando la puerta de calle.

–¿quieres saber lo que pasa?... Pasa que vino a buscarte la policía. ¡Eso pasa! Tu madre se puso histérica. Recién hace unos minutos que logré calmarla un poco.

El rostro de Ulises se vuelve blanco. Paranoico y envuelto en temores y en todas las posibilidades que baraja su mente en un instante, voltea instintivo hacia la puerta de calle. Luego se vuelve para mirar a su padre y le pregunta inquieto.

–¿La policía?... ¿Acá?

La indignación de Alfredo lo empuja a elevar el tono de voz.

–¡Sí, acá! ¡En mi casa! Con un patrullero, con las sirenas encendidas; con todos los vecinos saliendo, mirando y escuchando cómo buscaban a mi hijo...

Alfredo hace una pausa. Se acerca más a su hijo y le susurra entregando cada palabra

con la solemnidad y el cuidado solapado de un secreto.

-¿Me querés decir qué cagada te mandaste?

Ulises ya es incapaz de esconder el pavor que hay en sus ojos. Trata, se exige a sí mismo la fortaleza suficiente para mantener la calma. Pero no logra ser convincente.

-No sé... no tengo ni idea de qué me estás hablando.

Alfredo parece fuera de sí ante la incredibilidad de su respuesta.

-¿Cómo que no tenés idea? Encontraron tu morral, con todas tus cosas, y hay una piba que te reconoció... -levanta la mano y amaga un golpe- ¡Hablá o te juro que...!

Recién cuando su padre lo menciona, se percata de que en su huida dejó su bolso. Más sorprendido que antes, se aparta precavido, camina unos pasos y pinta su voz con un tono nervioso. Trata inútilmente de restarle importancia al asunto.

-Nada... una histérica que primero se me insinuó, me provocó y después se hizo la mosquita muerta. Andá a saber qué dijo...

-¿querés saber qué dijo?... ¡Dijo que la atacaste! ¡que la intentaste violar, Ulises!...

-¡Pero te digo que yo no hice nada...! -Ulises no es capaz de sostenerle la mirada.

-¡Esto es serio! ¿Te parece que sufrimos poco con lo de tu hermana como para que vos ahora nos hagas esto? Ulises modifica, repentinamente, su tono de voz. El miedo abandona sus palabras y, convencido, se justifica.

-¡Te digo que no hice nada! Le di un susto nomás... Simplemente necesitaba enseñarle... que se diera cuenta...

Los ojos de Alfredo se entornan en un profundo desconcierto.

-¿Cuenta de qué?

La voz de Ulises parece de hielo y su mirada se colma de satisfacción.

-De que tenía que ser castigada. Ella se lo buscó...

Alfredo, sin ser capaz de salir de su estupor, lo cuestiona tratando de encontrarle un sentido a las palabras de su hijo.

-¿De qué hablás, Ulises?

Su hijo le habla con frialdad absoluta, le explica; trata de convencerlo.

-Es que alguien tiene que mostrarles; hacerles entender que son ellas, ellas las culpables...

Alfredo, pasmado, hace equilibrio entre la delgada línea que separa el pánico del espanto.

-Ulises... ¿De qué carajo me estás hablando? ¿Escuchás lo que decís? ¡Parecés un loco! - Alfredo se agarra la cabeza y gira para un lado y para el otro, intentando encontrarle un sentido a todo aquello, pero su cabeza no logra entender nada más que la delicada situación en la que la familia se vuelve a encontrar. -¡No necesitamos todo este escándalo alrededor nuestro! Tu madre...

-¡Papá, yo sé que vos me entendés! ¡Y tenés que ayudarme! Yo sólo quiero...

Carmen aparece parada al pie de la escalera. Tiene puesta su bata blanca de noche, trae la biblia entre sus manos y el semblante bañado por una rara combinación que rebota de momentos entre la ira y la templanza. Pausadamente y en tono suave se acerca a ellos interrumpiendo a Ulises.

-¡Por supuesto que te vamos a ayudar...!

Alfredo se sorprende al verla y da unos pasos para llegar a ella.

-Carmen... ¿Por qué te levantaste? -su marido le apoya con suavidad la mano en el hombro, en un gesto de contención. Pero ella levanta su mano y lo detiene. Avanza despacio con la mirada fija en su hijo. Ulises retrocede lentamente.

-¡Me pasé la vida educándote! ¿Y para qué?... ¿Cómo fue que te me alejaste tanto del camino de Dios?... ¿qué hice mal?

Ulises apunta con desdén hacia la biblia que su madre trae en sus manos y le habla mientras en su cara se dibuja una sonrisa burlona.

-Mamá... no necesito a tu Dios ahora...

-¡Siempre lo necesitamos, hijo! Él nos ayuda a retomar el camino. El semblante de Ulises se torna rígido y su mirada se oscurece.

-¿Sí?... ¿Nos ayuda?... ¿Así como ayudó a Cecilia?...

Carmen le da vuelta la cara de un cachetazo. El ruido del golpe hace eco en la casa silenciosa. La reacción instintiva de defensa

de Ulises para devolverle el golpe se frena. Se oye que golpean la puerta. Carmen se sonríe.

Por la ventana se cuele el resplandor de unas luces azules que centellean. Ulises mira asustado. Alfredo se restriega la frente con la mano, busca los ojos de su mujer y le cuestiona con la voz quebrada.

-¿qué hiciste, mujer?... ¿qué hiciste?... La madre mira a su hijo con rencor.

-Lo que tenía que hacer... -camina tranquila hacia a la puerta, abrazando su sagrado libro fuertemente contra su pecho y abre.

-Buenas noches, señora -un oficial de policía uniformado la saluda y le habla con formal seriedad. Hay otro oficial más corpulento detrás- Venimos a proceder a la detención del señor Ulises Álvaro Esquivel.

Carmen, sin pronunciar palabra, abre más la puerta y hace pasar a los dos policías. Ella les señala a Ulises con total frialdad.

-¡Ahí lo tienen!... Es él... mi hijo.

Ambos policías uniformados se acercan a Ulises que tiene la cara bañada en asombro y temor. El más corpulento de ellos saca un juego de esposas y, sujetándolo, le toma las muñecas a Ulises para colocárselas. él no opone resistencia; el miedo lo paraliza. Alfredo mira atónito lo que pasa. Carmen está completamente inalterable. El otro policía se dirige a Ulises en tono firme.

-queda usted detenido por el ataque e intento de violación a Gimena Maldivar. Tiene derecho a permanecer callado. Todo lo que diga puede ser utilizado en su contra. Tiene derecho a un abogado. Si no cuenta con los recursos, el Estado se lo proveerá.

Los policías lo sujetan y comienzan a sacarlo de la casa, Ulises busca ayuda en la mirada de su padre que lo mira y permanece petrificado sin ser capaz de articular palabra alguna. Entonces busca los ojos de su madre. En los de ella no encuentra ni un solo atisbo de emoción.

-¿qué hiciste, mamá?... ¿qué hiciste? -le reclama inútilmente mientras traspasa la puerta de calle.

Los policías suben bruscamente a Ulises dentro del patrullero. Algunos vecinos se asoman curiosos por las ventanas entreabiertas.

Carmen observa, satisfecha, parada en el umbral de la puerta. Las luces del patrullero bañan su bata blanca y su rostro sereno de un tono azulado. Tranquila, cierra la puerta y susurra... -¡Te salvo, hijo!... ¡Te salvo...!

VII

En la sala de reuniones de la clínica psiquiátrica *Alpha*, una de las más prestigiosas de la ciudad de Buenos Aires, sentados en la sala de reuniones frente a una gran mesa rectangular repleta de papeles, carpetas y tazas de café vacías, un grupo de seis personas, dos hombres y cuatro mujeres, con guardapolvo blanco, conversan animadamente unas con otras. Beatriz Tominsky, la rígida y temible jefa de la unidad de psicología, está sentada en una de las cabeceras. Con aspecto serio y formal hojea un expediente. Sin levantar la cabeza, mira por encima del marco de sus anteojos gruesos y recorre con la mirada severa y cargada de autoridad, uno a uno, a todos los que están sentados a su lado. Carraspea dos veces y el sonido de su garganta provoca que los presentes guarden silencio. Cada uno se mueve en su silla, acomodando su postura, y la miran atentos; respetan el mandato de su gesto. Beatriz vuelve a mirar el expediente y lee en voz alta.

–Nuevo ingreso. Paciente Ulises Álvaro Esquivel, 23 años, sin antecedentes ni psiquiátricos ni de ningún otro tipo, soltero, vive con sus padres, data entry, estudiante de arquitectura... hermana mayor recientemente asesinada. –Beatriz inspira profundo, se quita los lentes, aparta el expediente hacia un lado y continúa con un tono que se mezcla entre la soberbia y el hastío.

–Fue detenido el pasado viernes por atacar a una joven en las cercanías del estacionamiento de la facultad. La chica, afortunadamente, logra escapar, pero lo identifica. Se desconocen cuáles eran las intenciones del atacante. El abogado pide pericia psiquiátrica, la fiscalía la realiza, su familia apoya la internación y... ¡Voilà! La obra social lo deriva con nosotros... –Beatriz se coloca los anteojos nuevamente y busca entre las páginas del expediente. –Dice que... –recorre con sus ojos los renglones hasta que encuentra lo que necesita y lee– el perito forense acusa que el paciente padece alucinaciones, presenta rasgos psicóticos, deseos violentos hacia mujeres jóvenes... y la cosa se pone cada vez más y más interesante...

Beatriz vuelve a quitarse los anteojos y los apoya sobre la mesa. Mira uno a uno a los presentes y levanta una ceja, con la que acentúa el gesto interrogatorio de su rostro, al tiempo que ofrece el expediente.

–¿quién va a ser el valiente que se ocupe de este muchachito?

Los dos hombres esquivan la mirada. una de las mujeres escribe en su libreta. Es Mariana Echeverry, la psicóloga más joven del grupo, sentada a la derecha de Beatriz, la que sin vacilar extiende segura la mano y toma el extremo del expediente. Beatriz, que lo sostiene de la otra punta, no lo suelta. La mira fijo y le pregunta.

–¿Estás segura?

–¡Totalmente! ¡Lo quiero! –contesta la joven con total convicción.

Beatriz arquea, ahora, ambas cejas y cierra con parsimonia los ojos en un gesto de resignación. Su mano, que muestra las primeras grietas que reflejan sus años, suelta el expediente y queda abierta, suspendida en el aire. Mariana, complacida y con el expediente en su poder, lo abre y lee las primeras líneas. Levanta la vista y mira a sus compañeros con

el rostro bañado en satisfacción. El resto la ignora. Su jefa examina con su rígida mirada el notorio entusiasmo de Mariana.

–¿Vas a necesitar una mano?

–Primero quiero empaparme bien del expediente, después tener un primer contacto con él para comprobar patología y, según como avancemos con las entrevistas, hablaré con psiquiatría para informarme si consideran necesario suministrarle algún tipo de medicación, en caso de que ya no le hayan prescrito algo al momento del ingreso.

Beatriz asiente con la cabeza.

–Por lo que dice en el informe del perito, es probable que sí... – Mariana nota en aquel comentario un dejo de crítica a su respuesta. Desde el día que ingresó a trabajar allí intenta demostrarle a todos que, aunque sea inexperta, es capaz de realizar su trabajo perfectamente. Sabe que hay un derecho de piso que pagar, pero este caso le parece una magnífica oportunidad para callar de una vez todas las dudas. Sobre todo, las de su jefa – Bueno, andá nomás y tenéme al tanto. Vamos a tener a la fiscalía y los de la obra social queriendo respuestas así que necesito tener los informes al día.

–Cuente con eso.

La joven se pone de pie, recoge sus cosas junto con el expediente y se dirige hacia la puerta. Beatriz gira y la detiene con su voz bañada en autoridad. –Echeverry...

–¿Sí?

Beatriz ablanda con esfuerzo el tono a pesar de que su voz es un tanto ronca.

–Ante cualquier duda, vení a verme.

Mariana asiente. Sin dudas su jefa no confía en ella. Pero, aún así, le regala una pequeña sonrisa, abre la puerta y sale.

Beatriz recupera la dureza en el rostro y mira al resto de los presentes. Suspira hondo, toma otro expediente de la mesa y se coloca los anteojos.

–El que sigue... Ernesto Gutierrez, 62 años...

El resplandor de la mañana se cuela por la ventana que da al jardín. El azul del cielo se corta por las paredes blancas de los diferentes pabellones, colmados de ventanas enrejadas. Por los caminos de adoquines que se dibujan entre el verde del césped, se despliega el desfile intermitente de enfermeras y médicos. Algunos pacientes caminan abstraídos de su propia realidad, templan sus cuerpos y bañan de luz la palidez de sus semblantes. El agradable sonido exterior parece querer envolver la voz fría de Beatriz.

VIII

Ulises aguarda en el consultorio donde, según se le informó de muy malos modos, tendría la primera entrevista con su psicóloga asignada.

Está cansado y nervioso. Pasó su primera noche en la clínica sin ser capaz de pegar un ojo, a pesar de que la enfermera le aseguró que la pastilla que le daba era para que pudiera descansar bien.

En la soledad de una habitación diminuta, con apenas el espacio para dos camas y dos pequeños estantes bajos que hacían las veces de mesitas de noche, y un baño más precario aún, Ulises se sintió envuelto por un manojito de fantasmas y sombras, de ruidos repentinos y voces en tonos de lamentos. Aunque al momento de su llegada agradeció que la cama extra estuviera vacía, deseó con todas sus fuerzas que alguien irrumpiera en el medio de la noche para traer algún nuevo interno y, de ese modo, no tener que ser el único que enfrentaba todos aquellos espectros desconocidos en completa soledad.

Desde que lo trasladaron de la seccional, no había interactuado con nadie, más que con unas enfermeras a las que no les dirigió la palabra y la psiquiatra que le había hecho un pequeño cuestionario y un escueto resumen de cómo serían sus días allí.

Fue tan poca la información que Ulises dio como la insistencia de la psiquiatra.

–Ya hablarás más en detalle con la terapeuta que se te asigne –le dijo con parquedad, cómo si en la breve conversación él le hubiera dado algún detalle en realidad.

La mente de Ulises es un siniestro laberinto. Le duele la cabeza de tanto pensar y, cada tanto, aprieta con fuerza sus ojos tratando de despertarse de aquella pesadilla en la que vive hace más de una semana. Pero todas sus fuerzas están enfocadas, ahora, en que aquel torbellino de emociones que sacuden su interior no salga a la luz. Debe mantener la compostura. Es tiempo de actuar y salvar su pellejo.

Sus antebrazos fuertes y desnudos descansan sobre el filo carcomido y sucio del escritorio. Sus manos, entrelazadas, suben y bajan en un balanceo leve, rítmico y lento; caprichosas, desaffian la gravedad y se frenan para no tocar la superficie de madera. Se oye el golpeteo de su pie que marca en el suelo el compás sistemático del ritmo que han impuesto las manos. Atónico, el torso de Ulises se encorva y se despega de la silla ahuecando su pecho. Los hombros caídos hacen que su espalda se vea diminuta. Sus cabellos caen sobre su frente y ocultan la expresión de sus ojos.

El consultorio es pequeño y la espera parece consumirle el aire. No hay en donde fijar la atención, donde buscar un punto de distracción. No hay más que un escritorio, la silla sobre la cual su cuerpo se desploma amorfo, otra que espera vacía frente a él, un dispenser con agua y un viejo y maltrecho fichero de metal sobre el que una pequeña planta intenta, sin éxito, darle un toque de vida al lugar.

A sus espaldas, de pie y con sus brazos cruzados, un enfermero robusto lo vigila alerta. Parece petrificado, simulando ser una estatua de mármol viviente que, amenazante, mira con seriedad a Ulises y lo examina sin perderse ningún movimiento.

La puerta del consultorio se abre y Mariana entra sonriente. Trae unas carpetas en la

mano, su cartera colgada al hombro y su impoluto guardapolvo blanco abrochado con prolijidad. unos pantalones negros se dejan ver, ahí, donde el guardapolvo muere sobre las rodillas y unas chatitas de un color rosa pastel que envuelven sus pies diminutos. Ulises no se percata de su llegada y sigue ensimismado en sus propios pensamientos.

-¡Buenos días, Eugenio!

-¡Buenos días, Licenciada Echeverry!

-¡Mariana, Eugenio! Podés decirme Mariana.

Sonriente, apoya su mano en el antebrazo robusto del enfermero que asiente con timidez. Aquel diálogo arrancó a Ulises de su ensimismamiento. Levanta la vista, voltea un poco para verlos, entorna los ojos y los observa con recelo. Con la habilidad que da su profesión, Mariana se percata inmediatamente de su reacción, pero lo ignora.

-Podés irte nomás, Eugenio. Yo me encargo...

El enfermero asiente una vez más y se dirige a la puerta.

-Voy a estar a unos pasitos de acá. Cualquier cosa, no dude en llamarme...

El hombre le echa una última mirada rigurosa a Ulises y abre la puerta. Mariana detiene su salida.

-Eugenio... avísame, por favor, cuando llegue la Doctora Tominsky

-Por supuesto, Licenciada.

Mariana exagera su simpatía para chequear la conducta de Ulises, aun sabiendo que tendrá que aclararle después, al desconcertado enfermero, que aquel había sido el comienzo de su entrevista diagnóstica y no un coqueteo.

-¡Mariana! ¡Por el amor de Dios, decime Mariana!

El enfermero se sonríe, asiente con la cabeza y se marcha. Ulises examina a Mariana con evidente enfado en su mirada y niega levemente con la cabeza. Ella, al encontrarse con sus ojos fastidiosos, inclina unos centímetros la cara, le levanta una ceja e interroga su actitud en silencio. Él retoma de inmediato la postura inicial y se sumerge, nuevamente, en el balanceo rítmico de sus manos acompasado al golpeteo de su pie.

Mariana, cuelga su cartera en el respaldo de la silla, apoya en el escritorio las carpetas y se sienta frente a Ulises sin dejar de mirarlo.

-Buenos días, Ulises, mi nombre es Mariana Echeverry, yo voy a ser tu terapeuta y, junto con otros colegas que se irán presentando oportunamente, vamos a tratar de ayudarte...

Ulises no emite reacción alguna, sigue con su jueguito nervioso.

-Mientras dure tu internación, vamos a vernos todos los días acá, para ir conociéndonos y encaminar las sesiones de acuerdo con tus necesidades. Puede que incluso, de ser necesario, nos encontremos más de una vez al día, o junto a otros colegas también.

Mariana abre una de las carpetas y saca el expediente de Ulises. Lo abre, pasa algunas páginas, aunque su vista está fija en Ulises que continúa ignorándola.

-Bien, empecemos... ¿Podés decirme qué fecha es hoy? -Ella lo examina con atención. Ulises no le responde, pero Mariana insiste- ¿En qué año estamos? -sus palabras parecen rebotar en la nada misma- ¿Sabés a dónde estás, Ulises?...

La dulzura de la voz de Mariana resuena en el consultorio sin llegar a tocar a su paciente. Ante la falta de reacción, Mariana lanza otro intento.

-Ya estuve leyendo algunos de tus datos, sé que tenés veintitrés años, estudiás arquitectura, trabajás... casi un currículum, pero lo que necesito saber para poder ayudarte es quién sos. ¿quién es Ulises?...

Él no levanta la vista, no pronuncia palabra. Hasta podría decirse que su ser no se encuentra presente en la habitación, si no fuera porque ve su cuerpo moviéndose frente a ella.

-¿Nada? ¿una palabra? ¿Algo que me quieras decir? -ella se niega a renunciar- ¿querés contarme cómo llegaste acá?

Las manos y el pie de Ulises frenan de golpe su movimiento. Levanta unos centímetros la cabeza y clava su mirada profunda y seria sobre Mariana.

-¿Te acordás? -ella le habla con suavidad, inclina un poco la cabeza, con su rostro relajado, pero le mantiene firme la mirada. Ulises, sin descruzar sus manos apoyadas sobre el filo del es-

critorio, estira los brazos, sus músculos se bañan en tensión, se le delinean en los antebrazos. Reclina su espalda sobre el respaldo de la silla y despliega la anchura de su torso masculino. No aparta la intensidad de sus pupilas oscuras, que parecen repletas de rencor, de los ojos de Mariana, pero permanece aferrado a un silencio sepulcral. Ella mira el expediente unos instantes para escapar del peso de su mirada. Cuando vuelve a él, Ulises continúa mirándola sin emitir un solo sonido.

-¿Hay algo de lo que te gustaría hablar? ¿Algo que quieras que charlemos?

Nota que la mandíbula de Ulises se tensa al escuchar la pregunta. Ella no puede evitar la incomodidad que le producen tanto sus ojos como el silencio y regresa a buscar un breve refugio en el expediente. Sus miradas vuelven a chocar. Ulises respira profundo, mientras examina en detalle los ojos de Mariana. A ella le cuesta demasiado sostener la potencia inmensa de esa mirada y se ve obligada a esquivarla una vez más para tomar fuerzas y volver a su encuentro.

Ulises gira la cabeza con lentitud en dirección al dispenser de agua, permanece observándolo unos instantes y vuelve la vista hacia Mariana. Ella acompaña con sus pupilas cada milimétrico movimiento que él hace. Luego de unos momentos, Ulises rompe, al fin, el silencio sin una sola gota de expresividad en su voz.

-Me gustaría tomar un poco de agua.

-¡Por supuesto!

Mariana se levanta titubeante y se coloca a un lado del dispenser, sin darle la espalda a Ulises. Toma un vaso plástico y sirve agua. Camina con lentitud la distancia que la separa de él. Ulises persiste en su empecinada tarea de no apartar sus ojos de ella.

Ella apoya el vaso frente a él al darse cuenta de que Ulises continúa con las manos cruzadas y sin mostrar intención alguna de agarrarlo. Con rapidez, Mariana regresa a su lugar. Él mira el vaso, lo observa fijamente pero no lo toca.

Mariana permanece en silencio, observa a Ulises más relajada al notar que la atención de él está puesta, ahora, en el vaso con agua y se libra del peso de sus pupilas inquisitivas.

-Ulises, ¿alguna vez hiciste terapia o tuviste una entrevista con algún psicólogo o psiquiatra?

Ulises hace un sutil movimiento y niega con la cabeza, sin dejar de mirar el vaso.

-Bueno... quiero que sepas entonces que éste es un espacio muy íntimo y que acá,

conmigo, puedes decir y hablar de cualquier cosa, no importa lo que sea o lo que cuentes, existe entre nosotros, entre el médico y su paciente, plena confidencialidad. Lo que quiero decir con esto es que lo que vos me digas quedará siempre entre vos y yo, a no ser que algo ponga en riesgo tu vida o la de otra persona. En ese caso vamos a tener que conversarlo y tomar algunas medidas. ¿Entendés?

Ulises toma el vaso de agua y comienza a beber. Sus ojos asoman por el borde redondeado del plástico blanco y sus pupilas apuntan, calculadoras, con la precisión de un arma a punto de disparar, directo hacia Mariana. Él no deja de beber hasta que el vaso queda vacío. Al terminarlo, aparta su mirada y su atención se pierde por completo en el vaso que sostiene en su mano. Lo mira con detalle. Lo gira hacia un lado y lo vuelve a girar; observa cada centímetro. Mariana, desanimada ante la falta de respuesta, intenta captar su atención.

-¿querés contarme algo de vos, Ulises? ¿De cómo está compuesta tu familia? ¿Con quién vivís?

Él no muestra el más mínimo interés en sus preguntas, pero ella dispara una más.

-¿qué haces, Ulises? ¿qué te gusta, qué te divierte?

Ulises se sonríe escueto y ella se asombra al ver cuánto ha cambiado su semblante. La rigidez y fiereza absoluta abandonan su rostro para darle lugar a la belleza. El rostro de Ulises, ahora suavizado por una sonrisa que deja asomar sus perfectos dientes blancos, cautiva a Mariana. Animada por el gesto lo vuelve a interrogar.

-¿Te gustan los detalles?

Ulises borra la sonrisa repentinamente y la mirada oscura y profunda regresa a sus ojos. Mariana se da cuenta que equivocó el rumbo y trata de llevarlo nuevamente al punto anterior.

-Te lo pregunto por cómo observás el vaso...

-¿Le gusta que la miren? -Ulises la interrumpe. Sin apartar su mirada de Mariana, estruja el vaso de plástico que queda atrapado en el interior de su puño. Mariana se retuerce incómoda en la silla.

-¿A vos, te gusta mirar?

-No me contestó

-No estamos acá para hablar de mí, sino de vos. Ulises suelta el vaso estrujado sobre el escritorio.

-No hay nada de qué hablar... ¿Me puedo ir?

-¿De la clínica? -Él amaga una pequeña sonrisa y niega con la cabeza.-¿Del consultorio?

Ulises la mira fijo y asiente con parsimonia.

-Si es lo que querés, podés irte... Ulises, rápidamente se pone de pie, empujando su silla para atrás y se dirige a la puerta sin titubear. Toma el picaporte. Mariana lo detiene, elevando un poco el tono de su voz.

-Pero mañana nos vemos otra vez... tenemos que encontrarnos todos los días, no vas a poder negarte a eso. Lo sabés, ¿verdad? Ulises no contesta, abre la puerta, sale y la cierra de un portazo.

Marina se deja caer con frustración contra el respaldo de la silla, suspira hondo, se pierde en sus pensamientos y se queda contemplando la puerta cerrada.

IX

La luz de la mañana se cuele por las ventanas enrejadas de la sala de visitas y rebota contra el blanco ajado de las paredes descuidadas. Dos sillones y una maltrecha mesa de madera hacen las veces de living, en su intento de hacer cálido un lugar que es frío, solitario y sin color.

A los laterales, bajo las ventanas, algunas pequeñas mesas redondas, cada una con un par de sillas, aguardan con esperanza la llegada de la visita. Algunos de los internos, los que se encuentran en mejor estado, caminan nerviosos por el corredor. Van y vienen en un recorrido casi frenético, mordiéndose las uñas, frotándose las manos, con la ansiedad de la espera angustiante, preguntándose si tendrán hoy la fortuna de que sus seres queridos hagan, por una hora, más placentero el día y puedan olvidar, por algunos momentos, el angustioso aislamiento al que han sido confinados.

En una de las paredes, un viejo pizarrón se ha convertido en el confesor donde los pacientes plasman sus emociones. Hay mensajes optimistas, con la fe de que todo estará bien. Otros reflejan el angustiante vacío de los que ya han perdido ese tren.

Algunos culpan al destino, otros a las drogas como el veneno demoníaco que los ha poseído. Hay quienes culpan a la crueldad del amor, pero la mayoría de esos mensajes, escritos con letras desprolijas y palabras temblorosas, dan testimonio de que la mayor culpable es la soledad. A menudo puede verse a los familiares leyendo con angustiante sorpresa aquellas confesiones que los toman desprevenidos y les pegan en los lugares más hondos del alma; preguntándose en silencio si alguna de esas letras les resulta familiar.

Dos enfermeras ayudan a sentarse, junto a una de las ventanas, a una joven con su pelo largo y enmarañado, que se tambalea de un lado al otro. Frágil y pálida, posee la apariencia de un débil palillo de cristal a punto de quebrarse. Tiene la cabeza gacha y la mirada perdida en algún lugar distante a su cruel realidad. Luego de sentarla, las enfermeras se marchan y ella se queda inmóvil, rígida, desentendida de sí misma y de todo cuanto hay a su alrededor. Ulises está de pie, junto a una improvisada y pobre biblioteca. La observa inexpresivo mientras hojea un libro viejo y amarillento. Trata de mantenerse lejos de todos, evita el contacto tanto con el personal como con los internos. Siempre callado y alerta. ¡Todo lo que ve le parece tan ajeno a sí mismo! Considera que aquel recinto no es más que una jaula para locos perdidos y que, por supuesto, nada tiene que hacer él allí.

una de las enfermeras regresa desde el pasillo, llega a la sala y detrás aparece la figura de Alfredo. La enfermera le señala la ubicación de Ulises que no los ve llegar. Alfredo hace un leve gesto con la cabeza, agradeciéndole que le haya enseñado el camino, y comienza a avanzar lento hacia el lugar donde se encuentra su hijo. La enfermera los observa unos instantes y luego se marcha.

Alfredo trae en sus manos una bolsa de supermercado y un bolso pequeño. Llega a su encuentro. Apoya con suavidad su mano añeja sobre el hombro de Ulises que gira sorprendido. Al verlo, una mueca de emoción y profunda sorpresa bañan su rostro.

-¡Papá! ¡Viniste!

Ulises amaga un abrazo. Pero Alfredo lo detiene, inclina unos centímetros su cuerpo hacia atrás y le palmea con suavidad la mejilla. La emoción abandona de inmediato el rostro de Ulises, dejando paso a la resignación y a lo sombrío. Contempla, con decepción, como su padre pasea la vista por el lugar. Lo ve detener sus ojos, que no pueden simular el espanto, en la joven que está sentada en la silla sin que se distinga en ella una forma definida. Es un saco de huesos y carne abandonado e inmóvil. Tratando de esquivar su incomodidad, Alfredo avanza unos pasos y le señala a su hijo la mesa más alejada emprendiendo el camino hacia ella.

Ulises deja el libro en la biblioteca. Se pasa la mano por el cabello tratando de emprolijarlo, aprieta con nerviosismo los puños al costado del cuerpo y va al encuentro de Alfredo. Ambos se sientan, uno frente al otro. Alfredo apoya el bolso en el suelo, coloca sobre la mesa la bolsa de nylon y la empuja con suavidad hacia Ulises. Aquello le facilita la tarea de iniciar una conversación con su hijo. El joven mira en el interior con un ápice de curiosidad. Alfredo habla con la voz cargada de apatía y evitando hacer contacto visual con él.

-Te traje desodorante, shampoo, pasta de dientes, cepillo... te había traído una maquinita de afeitar, pero me la sacaron; dicen que no se permiten esas cosas acá.

Ulises, en cambio, lo mira directo a los ojos. Estira uno de sus pies por el costado de la mesa y le muestra su zapatilla sin cordones.

-Tampoco se permiten los cordones.

Alfredo mira el pie de su hijo e ignora la crueldad de aquella imagen con su parca indiferencia.

-En el bolso hay algo de ropa limpia que te guardó tu madre.

-¿Ella no vino...?

Alfredo repasa el lugar con la mirada e inclina la cabeza con un gesto de desprecio.

-¿Te parece raro? ¿Para qué exponerla a un lugar como éste? ¿No creés que ya sufrió bastante?

-¡Fue ella la que me puso acá! -como un río de amargo resabio que desborda de sus labios, las palabras de Ulises rebotan fuertes y hacen eco sobre las paredes blancas.

Alfredo se altera elevando la voz.

-¿Ella?... ¿Ella, me decís? ¡Vos solito te metiste en ésta!

La joven, que permanece sentada inmóvil, alterada al escuchar las voces subidas de tono y cargadas de violencia, comienza a sollozar. Alfredo la mira y baja la voz.

-Pobre tu madre... ahora pasa más tiempo en esa iglesia; y cuando no está rezando, está llorando.

Ulises, con una frialdad absoluta, mira hacia la ventana y deja colgando en el aire un reproche.

-No creo que llore por mí... ¡Seguramente llora a su maldita hija muerta!

Alfredo, invadido por la indignación, no puede controlar su ira e, impulsivo, le acierta un cachetazo. Ulises queda paralizado y mira a su padre con angustia y rabia a la vez.

-¡No te atrevas a insultarla!

Nadie parece haber visto aquel inaceptable acto de violencia exceptuando a la joven que comienza a balancearse en su silla y el débil sollozo se transforma en un llanto agudo que

crece a cada segundo. Alfredo la mira y frunce el ceño con desprecio. La enfermera entra rápidamente en la sala. No por el terrible arrebató violento de Alfredo. Su presencia responde, simplemente, al habitual brote de la muchacha. Sin percatarse del semblante enfurecido de Ulises, se acerca a la joven y trata de calmarla. Ésta, cada vez que la toca, reacciona violentamente, sacudiendo los brazos y haciendo más intenso su llanto.

Ante tal espectáculo, Alfredo se pone de pie. Rápídamente llega una segunda enfermera trayendo una jeringa en la mano, a sabiendas que el sedante será lo único capaz de calmarla. Ambas enfermeras forcejean con la pobre muchacha, que se encuentra fuera de sí y se resiste cada vez más perturbada.

–¡qué lugar de locos! –susurra Alfredo, mirando impactado como luchan las dos mujeres por calmarla. Ulises lo mira con desprecio.

–¿qué pensabas? ¿qué me habían dejado en un hotel cinco estrellas? ¡Es así como paso mis días gracias a ustedes!

Su padre ignora por completo el sarcasmo de sus palabras y sigue con los ojos llenos de espanto ante el forcejeo que no cesa. unos momentos después, una de las enfermeras logra aplicarle la inyección. La lucha cesa lentamente y regresa la calma. Ambas enfermeras toman de los brazos a la joven y la levantan. El cuerpo débil, y ahora sedado, parece haber perdido su osamenta. Sus pies cuelgan arrastrándose y las enfermeras hacen fuerza para llevársela de allí. una de ellas voltea y con una enorme sonrisa dirige su voz suave a Ulises y Alfredo

–¡Disculpen el escándalo! ¡Ya pasó!

El rostro de Ulises se enfurece al ver su sonrisa y se retuerce en su silla. Respira hondo y aprieta sus puños sobre la mesa. Alfredo voltea para verlo y la expresión en el rostro de su hijo le paraliza la sangre.

–¡Esto es demasiado para mí, ahora! –se excusa cobardemente. Apoya su mano en el hombro de Ulises y se marcha sin decir nada más.

Ulises lo ve alejarse. Permanece inmóvil, sentado en su silla, con la respiración agitada, el cuerpo en su totalidad tensionado y los puños apretados. La mandíbula se le dibuja en el rostro de tanta presión y sus ojos, que miran hacia el frente, arden en fuego y acumulan el veneno que su boca no le permite escupir.

X

Otra noche amarga, triste y solitaria recorre cada rincón de la clínica. La mezquina y pálida luz mortecina de la madrugada se cuela a través del enrejado de la pequeña ventana de la habitación y envuelve la figura de Ulises. Duerme. Está abrazándose a sí mismo, en posición fetal, rodeándose con sus propios brazos, como si fueran, los suyos, los únicos brazos capaces en el mundo de cuidarlo.

Está abrigado nada más que con la fina sábana blanca que apenas lo cubre y deja ver la triste delgadez del colchón que se apoya sobre una precaria cama metálica con la pintura castigada por el tiempo y el uso.

El silencio se apuñala, por momentos, con algún quejido lejano. Cada tanto se escucha un golpe seco proveniente del exterior de la habitación. Después, todo permanece en un abismal silencio.

El semblante dormido de Ulises se ve pálido. Pareciera que imita a la muerte misma, aunque sus facciones demuestran que está vivo; se endurecen y se relajan por momentos. Toman la rigidez del miedo, se cubren de ella y la sueltan. Sus ojos, que rebotan bajo sus parpados cerrados de un lado al otro. Son lo único que se mueve. La respiración comienza a acelerársele y su frente se baña de gotas que absorben el color azulino de la noche.

Está sumergido en un profundo sueño del cual su mente se vuelve prisionera.

Se ve a sí mismo caminando lentamente por el corredor vacío de la clínica. Sus pasos van haciendo eco en el silencio dormido de la noche. Todo es tranquilidad. No hay nadie a la vista.

Al fondo del pasillo, un reflejo de luz proveniente de la sala de enfermería dibuja en el piso un prisma perfecto en las baldosas claras e impolutas. Ulises avanza hacia la luz, como atraído por ella, y se detiene ante la puerta abierta. Mira hacia el interior. Presiona con fuerza sus puños cerrados y entra.

Dentro de la enfermería, un mostrador alto y en forma de C completa la totalidad de los bordes de la sala, exceptuando la pared donde está la puerta. Sobre él hay un fichero pequeño, algunas carpetas, una computadora y una taza humeante de café. El frente del mostrador es la frontera que divide el espacio abierto entre la sala de visitas, que está completamente en penumbras y desierta, y la sala de enfermería. En uno de los laterales hay una enfermera joven que escucha música con los auriculares puestos mientras juega con su celular. No se percató que Ulises entró y, muy cerca de ella, la observa con desprecio.

Dos pequeños pasos le bastan para quedar justo detrás de ella. La sombra de su figura se dibuja sobre el escritorio y le advierte a la enfermera de su presencia. Ella da un pequeño salto atemorizada. Se quita los auriculares y se lleva, consternada, la mano al pecho. No puede contener su risa nerviosa.

- ¡Ulises! ¡Casi me matás del susto!...

Él inclina unos centímetros la cabeza para uno de sus costados, la mira fijamente y sonrío de medio lado, pero no le dice nada.

-¿qué hacés despierto? Sabés que a esta hora los pacientes no pueden salir de la

habitación. ¿Necesitás algo?

Ulises asiente con macabra lentitud y clava su sádica mirada directo en los ojos de la enfermera. La joven comienza a sentirse incómoda por la cercanía y la intensa mirada de Ulises. Desconoce cuáles son sus intenciones, pero su conducta misteriosa la inquieta. Para tratar de distender su tensa postura, apoya, amigablemente, su mano delicada sobre el antebrazo fornido de su paciente desvelado. Él acompaña su movimiento con la mirada y fija la vista en la mano que lo sujeta. Instintivamente, al notar su reacción, la enfermera lo suelta. Y le habla con un tono de impaciencia.

–¡Dale! ¡Vamos! ¿qué querés?

Ulises vuelve su mirada hacia los ojos inquietos de ella y su voz, tranquila y glacial, sorprende el silencio de la noche.

–¡Castigarte, quiero!... ¡Vos te lo buscaste!

Ella lo mira sorprendida y, antes de que pueda reaccionar, Ulises la toma de los cabellos y, sin que ella sea capaz de emitir ni un solo grito de auxilio, comienza a golpearle la cabeza contra el filo del escritorio. una y otra vez. Despiadado y sádico, con la frialdad de un monstruo asesino. Su rostro se ilumina y se llena de goce.

La sangre, que brota a borbotones de la cabeza de la joven, dibuja un pequeño río serpenteante que llega hasta la humeante taza de café y envuelve su base.

Ulises continúa, inalterable, con su fatal tarea. Hasta que una sombra, proveniente de la sala de visitas, se dibuja en el escritorio.

Él se detiene inmediatamente ante la duda de no estar solo. queda contemplando a su alrededor, sujetando en alto la cabeza ensangrentada de la enfermera agonizante, que mantiene agarrada con firmeza de los cabellos.

Súbitamente, los ojos de Ulises se abren ante la sorpresa y el pavor. Suelta inmediatamente a su víctima y permanece con las manos en alto. En una fracción de segundo se escucha el golpe seco del cuerpo de la enfermera al caer en el suelo.

Frente a él, tras el mostrador, la figura de Cecilia lo mira fijo, con ojos de hielo. Con su rostro bañado en un completo gesto de seriedad y sin decir una sola palabra comienza a mover sutilmente la cabeza, de un lado hacia el otro, con lentitud y desaprobación, juzgando la conducta inhumana de su hermano.

Ulises se despierta sobresaltado y de un salto se sienta en la cama. Está bañado en sudor y el pánico lo envuelve. Otra vez ella ha aparecido en sus sueños, en medio de la noche oscura y solitaria. Desesperado, Ulises se cubre la cara con las manos, se balancea acunándose a sí mismo y solloza desgarrado. ¿qué busca?... ¿Por qué lo hostiga con sus ojos glaciares?... ¿qué pretende?...

La realidad de sus sueños le quitan el aire y le erizan los sentidos. Primero, la sensación plena de poder y goce ante sus víctimas desprevenidas; luego, la fría puñalada en su alma ante la aparición de su hermana que llega a juzgar cada movimiento y le arrebató el placer de la victoria alcanzada. Es tan fuerte lo que siente... tan vivido... tan tangible, que su ser se quiebra en mil pedazos. Ulises está completamente abatido.

Abandona lo adulto de su ser para convertirse en un niño desamparado.

XI

Sentada y pensativa en su consultorio, con la mirada perdida en la pared, Mariana hace girar unos centímetros su silla de un lado al otro. Entre sus dientes blancos, el capuchón de su lapicera sufre las pequeñas laceraciones que su mordida nerviosa le impregnan. Lleva horas pensando en cómo abordar a su nuevo paciente.

Su inexperiencia le transmite inseguridad, pero su tenaz juventud está obstinada a no dejarse vencer. Tiene que encontrar la manera de llegar a él y lograr que la fuerza de su mirada no la intimide.

Se despertó demasiado temprano, repasó una y mil veces el expediente tratando de encontrar algo que le marcara el camino a seguir. Aún no sabe bien cuál será su estrategia pero lo está esperando, confiada en que la sesión de hoy traiga alguna señal de donde agarrarse. Sabe que sólo necesita buscar la forma de entrar, de lograr que él baje la guardia unos segundos y entonces arremeter con todas sus armas.

El suave golpeteo en la puerta la arranca de sus pensamientos. La puerta se abre. Mariana hace girar la silla hasta quedar enfrentada a la puerta. Se saca la lapicera de la boca y la deja caer sobre el escritorio. Mira el pequeño reloj que hay sobre él. Son las 10:05 AM. La cabeza del enfermero se asoma y la saluda.

–¡Buenos días, Licenciada! Traigo al primer paciente.

Mariana niega con la cabeza y se sonríe. No le gusta que le digan “licenciada”, no logra acostumbrarse a ese título.

–¡Buenos días, Eugenio! Gracias... Déjalo pasar...

El enfermero asiente y se aparta un poco para que su paciente pase. Ulises entra, bruscamente, mirándolo de reojo y haciendo demasiado ruido al golpear con un hombro la puerta para abrirla más al pasar. Ignora la presencia de Mariana. Eugenio bufa, cansado de la actitud altanera del nuevo paciente, y se marcha tras cerrar la puerta.

Mariana observa a Ulises que permanece de pie sin hacer contacto visual con ella. Nota que tiene los puños cerrados y apretados con fuerza a los lados de sus piernas. No puede verle la expresión del rostro porque su cabeza está inclinada y su pelo lacio, que cae sobre su frente, dibuja un velo espeso que oculta hasta la mitad de su nariz.

–¡Buenos días, Ulises! Podés sentarte...

Él separa de mala gana la silla del escritorio, la aleja unos centímetros y se deja caer en ella, tosco y con desgano. Sus manos quedan apoyadas sobre el filo de sus rodillas. Tal vez sin percatarse de ello, las abre y las cierra compulsivamente. ¿Será un tic nervioso o estará descargando la tensión con las que las apretaba hace unos momentos? Mariana medita mientras observa el gesto.

–¿Cómo estás? ¿Cómo te sentís?

Él ignora su pregunta. El movimiento de sus manos cesa; los puños quedan cerrados, pero, esta vez, sin tensión. Mariana permanece expectante, observándolo. Aguardando una respuesta que no llega.

Luego de unos instantes, respira hondo e inclina su torso, apoya uno de sus codos sobre

el escritorio y utiliza el dorso de su mano para descansar su mentón. Mira fijo a Ulises, con la mirada relajada pero persistente.

–Parece que hoy tampoco me querés hablar...

Su voz se pierde en la indiferencia de Ulises. La última letra que vibra con suavidad en sus labios entreabiertos pone el punto final a su breve monólogo. El silencio de ambos envuelve el consultorio. Sólo se oye el sonido ambiente, lo que proviene desde otro lugar. un murmullo lejano, una puerta que se cierra, el ruido cotidiano de la clínica que expresa su bagaje de emociones. En el consultorio, sólo hace eco el silencio que rebota entre Ulises y Mariana. Inmóviles, parecen dos almas congeladas en el tiempo. un tiempo que pasa con su manto de indiferencia sin ser visto.

Los ojos de Mariana abandonan la parquedad muda de Ulises. Mira el reloj. Hace un nuevo intento.

–¿Vivís con tus padres? –Nada... –¿Te llevás bien con ellos? –Nada. Prueba una vez más... –¿Tenés una hermana? –Ulises se retuerce un poco en la silla. Mariana lo nota e insiste–¿querés contarme algo de tu familia? –Nada... No hay una sola palabra como respuesta–¿Preferís quedarte callado? En algún momento vas a tener que hablar. Sobre todo, si te interesa estar bien para poder volver a tu casa, a tu trabajo, a tu vida. Si no tenés diálogo con nosotros no podemos ayudarte.

Él no se inmuta, ni siquiera levanta la vista. Ella, desanimada, piensa en cómo arrancarlo de su mutismo. Pero no se le ocurren más que triviales preguntas. Está enojada con ella misma por no ser capaz de crear una conexión con su paciente.

Los minutos discurren entre los pensamientos de ambos y los silencios.

Cuando Mariana vuelve a mirar el reloj, nota que ambos se han perdido en los laberintos de sus propios adentros. Marca las 11:00 AM. Ella arrastra en sus palabras una frustrante monotonía.

–Terminó nuestro tiempo por hoy. Podés irte.

Ulises levanta por fin la cabeza, la mira fijo unos instantes, se pone de pie y se dirige hasta la puerta. La voz dulce de Mariana le coarta la salida. –¡Hasta mañana!

Ulises abre la puerta y se va; su única respuesta es el estruendo de un portazo.

Ella, desanimada y enfadada, pone ambas manos sobre el filo del escritorio, empuja con fastidio y su silla la desplaza hacia atrás. Apesadumbrada, deja caer sus brazos al costado de su menudo cuerpo. Sus ojos se pierden en la puerta cerrada. Otra sesión sin absolutamente nada.

Esa misma tarde, mientras Mariana camina por el pasillo de la clínica hacia la sala de enfermería, una paciente joven la detiene. Se ha acordado algo de la última sesión que tuvieron y le urge comentárselo. Se la ve notablemente ansiosa. Mariana le apoya la mano sobre su hombro, le sonrío y se queda, a un costado, hablando con ella en voz baja.

A unos pasos hay un hombre de mantenimiento, con su mameluco azul, subido sobre una escalera. Está cambiando el foco de una de las luces del techo que, hace días, dejó de funcionar.

Muy cerca, al pie de la escalera, otra paciente lo observa curiosa. Es una mujer mayor, de unos sesenta años y algo excedida de peso, vestida con un jogging gris de algodón, completamente desalineada y con su cabello revuelto. Lo mira casi hipnotizada mientras se frota la oreja derecha con las yemas de los dedos en forma sistemática.

La doctora Tominsky llega por el pasillo, completamente indiferente de su alrededor. Camina con su celular en la mano y mueve los dedos con extrema velocidad sobre la pantalla brillante, frunciendo un poco la nariz para que los lentes que hacen equilibrio en ella, no se caigan. No ve a Mariana, ni a las pacientes, ni al hombre de servicio, ni a la escalera que, afortunadamente, no golpea porque la mujer, desesperada, extiende ambos brazos y, con las palmas abiertas, grita para intentar detenerla.

-¡Cuidadooo!...

Todos los presentes se sobresaltan. La doctora, después del susto, baraja su celular en el aire para no dejarlo caer, el hombre de mantenimiento suelta sobresaltado una pinza que rebota en la escalera y golpea de lleno contra el suelo. Mariana y la joven voltean de golpe.

-¡Cuidado... cuidado... cuidado... cuidado! -repite en voz baja la mujer, con la vista fija en el suelo. Frotando, ahora, su oreja derecha de manera más rápida y compulsiva. Beatriz le palmea con suavidad la espalda para llevarle un poco de serenidad y, enseguida, una enfermera llega y se la lleva despacio, sabiendo que aquello puede terminar en un brote histérico.

Beatriz suspira fastidiosa y comienza a caminar. Al ver que se marcha, Mariana se disculpa amablemente y se aleja de la joven.

Apura el paso. Necesita hablar con ella. Tiene que alcanzar a Beatriz ahora que está libre al fin. Había intentado ya toda la mañana cruzar con ella unas palabras, pero siempre estaba atendiendo a algún paciente o en medio de una reunión.

-¡Dra. Tominsky!

Beatriz voltea unos instantes para ver que Mariana se acerca a ella a toda velocidad y regresa la mirada para chequear la pantalla de su celular.

-Echeverry... -le dice sin despegar la vista de su teléfono, aunque Mariana ya está a su lado.

-Doctora, necesito intercambiar unas palabras con usted. - Beatriz asiente, pero continua sin levantar la vista del celular- Es acerca de Ulises Esquivel, llevo dos sesiones...

Beatriz la detiene. Levanta el dedo índice para frenar su discurso sin dejar de mirar el celular. Mueve con rapidez sus dedos sobre la pantalla luminosa, escribiendo una respuesta a los mensajes que parecen no dejar de llegar. Mariana, con la boca entreabierta, la mira desconcertada y pone en blanco sus ojos con un inmenso fastidio. Los dedos de Beatriz se detienen, sus ojos leen en la pantalla que se ilumina y le trae una nueva devolución, se sonríe y guarda el celular en el bolsillo de su guardapolvo blanco que lleva desabrochado. Por fin mira a Mariana, que hábilmente ha borrado la mueca de su rostro y la mira con un gesto de total neutralidad, escondiendo todo lo que piensa, sobre todo el enojo que le provocó que utilizara su dedo índice para callarla.

-Ahora sí... ¿Me decías?

-quería robarle unos minutos para hablarle de Ulises. Quiero comentarle que no tuve un solo avance...

La cara de Beatriz no denota sorpresa, asiente con la cabeza.

-Van dos sesiones. En ninguna pude sacarle una sola palabra. Hoy estuvimos la sesión casi completamente en silencio.

-¿Y eso me compete a mí porque...?

Mariana hace otro esfuerzo por ignorar su altanería.

-Estuve pensando que la medicación puede afectar su predisposición.

-La dosis que le están dando es mínima, simplemente para mantenerlo tranquilo, dudo que sea esa la causa de su silencio. Yo lo he entrevistado dos veces y se lo ve completamente lúcido.

-¿Le habló de algún aspecto personal? ¿De por qué está acá?

-Hablamos de cómo sería el inicio del tratamiento. Se mostró colaborador. Pero no, ninguna de las dos veces dijo nada de índole personal. Se limitó a contestar mis preguntas, nada profundo -Mariana permanece pensativa mientras la escucha.

-¿Vos no lograste ninguna interacción?

-Casi nada. Bueno... salvo una pequeña reacción. En la primera consulta me contestó una pregunta con otra pregunta, pero... -¿Y qué fue lo que te preguntó?

-que si me gustaba que me miren...

-¿Notaste que te lo preguntó en un tono violento?

-Inquietante, diría yo; pero no violento. Me lo dijo mirándome de una manera extraña.

-¿qué decía en el informe del ataque? ¿qué dijo él?

-Alegó que la chica lo había provocado, que...

Beatriz la interrumpe; eleva la palma de su mano a la altura de la nariz de Mariana. un gesto de soberbia y superioridad bañan a Beatriz e iluminan su semblante ajado por los años y el cansancio. Sus tantos años de ejercicio de su profesión la han hecho hábil, aunque a veces trascienda su campo y se envuelva en el de sus colegas, no puede negarse que posee gran talento en cuanto a lecturas de pacientes.

-No debería decírtelo pero... ¿Tal vez podrías pensar en una proyección? Tomalo solamente como una sugerencia.

Mariana frunce el ceño; hay duda en su mirada. Beatriz respira hondo y cierra los ojos fastidiada. Comienza a caminar y deja a Mariana atrás. Sin voltear, eleva el tono y le dice antes de perderse en el pasillo:

-¡Pensá, Echeverry!... ¡Pensá!

Mariana se queda parada en medio del pasillo totalmente desconcertada y confundida. El hombre de mantenimiento se acerca con la escalera plegada entre los brazos y duda por cuál de los lados pasar; amaga para un lado y después para el otro, no se decide. Mariana está petrificada en el medio del camino.

-Permiso, doctora... ¿Me dejaría pasar?

Mariana se sobresalta al escuchar su voz grave y rasposa.

-¿qué? Ehhh... sí, pase... Perdón...

El hombre se aleja y su figura se pierde en el pasillo. Mariana susurra; asiente con la cabeza.

-¿Pensar...?

XII

Está arrodillada en el suelo, con los antebrazos apoyados en el borde de la cama, vestida con un camisón ancho y blanco y con su rosario en la mano.

Solemne y con los ojos cerrados, con su rostro sumergido en el misticismo de su creencia, reza.

Su cuerpo se balancea en un baile sutil que sigue el compás del movimiento de sus labios. Su religión es su único refugio. El lugar donde ha volcado por completo los intereses de su existencia. Donde ha vaciado sus emociones más íntimas, donde se pierde y se encuentra a la misma vez.

La tenue luz proveniente de la lámpara que está sobre la mesita de noche envuelve de un tono lánguido y amarillento la figura de Carmen.

¡Cuánto sentimiento ha sabido enterrar en lo profundo de su alma! ¡Cuánto llanto no derramado seguramente inunde sus adentros! ¡Cuántos silencios...! Su Dios se convirtió en su único interlocutor. Para él van dirigidas todas sus palabras, todas sus inquietudes llegan hacia el cielo donde ella espera, ansiosa, encontrarse entre los brazos del altísimo algún día.

Lo demás, lo terreno, lo miserablemente humano, ha perdido todo significado.

¡Así está bien! ¡Es así como debe ser! Se convence a sí misma. Para ella, lo que reste de su existencia está abocada, nada más, que al camino de su Dios.

En el corredor, el cuerpo desganado de Alfredo se asoma cuando sube el último peldaño de la escalera. Pulsa el interruptor que está a su lado y apaga la luz. El pasillo queda en una penumbra que se quiebra por la debilidad de las llamas titubeantes y amarillas de las tres velas encendidas sobre el mueble donde están las fotos de Cecilia, las flores y las tres estatuillas religiosas. Aquel altar parece siempre expectante e inalterable.

Escucha la voz de Carmen. La oye rezar como siempre. Apesadumbrado, niega con la cabeza. ¡Se siente tan solo en aquella casa! Su vida carece de significado alguno.

Su familia se ha desmembrado parte a parte y él no fue capaz de protegerla. ¿Dónde había quedado el hombre que solía ser? ¿En qué momento perdió todo aquello que tuvo alguna vez?

Ya no se anima siquiera a dirigirle la palabra a su mujer. La última vez que lo intentó se encontró con los ojos de Carmen, que con una fija mirada glacial lo obligaba a callarse.

–Carmen –le había dicho– no podemos quedarnos cruzados de brazos mientras la vida de Ulises se hace añicos. Tenemos que ayudarlo. Tratar de entender lo que le pasa.

–¡Tranquilo! Él está a salvo ahí.

–¿A salvo? Carmen, no te imaginás lo que es ese lugar. Está encerrado ahí, rodeado de locos. ¡Sos la madre! ¿Cómo podés estar tan tranquila?

–Porque confió en la decisión de Dios.

–¡Otra vez tu Dios! quizás ese Dios del que hablás hace tiempo que no mira hacia este

lado. ¡Ulises tiene razón! ¿Dónde estaba tu Dios cuando mataron a nuestra hija?

La mirada penetrante de Carmen lo dejó mudo. No pudo sostenerla. Sintió que el peso de aquellos ojos negros era demasiado fuerte.

–¡Ella también está a salvo, ahora, querido! –su voz sonó firme como una sentencia. Le palmeó el hombro a su marido y comenzó a subir las escaleras dejándolo sin la posibilidad de responder.

Alfredo quedó petrificado, casi mareado en la nebulosa de sus miles de pensamientos.

Desde la escalera Carmen aniquiló el silencio y su conciencia.

–¡quizás, vos también deberías rezar por tu salvación, Alfredo!

Después de aquella mañana, no había sido capaz de dirigirle la palabra otra vez. Estaba tan conmocionado, tan roto por dentro que recurrir al silencio le pareció lo mejor.

Parado ahora en el sombrío pasillo, mientras escuchaba los rezos de su mujer, sintió que no podía acostarse a su lado, aunque estuviera abatido y cansado. Simplemente no podía hacerlo.

Avanzó, entonces, con paso lento, como si sobre sus espaldas cargara el peso del mundo entero. un mundo triste y gris que lograba bañar su semblante del mismo tono. Inexpresivo, cierra la puerta del cuarto vacío de Ulises. Avanza un poco más. Llega, parsimonioso, frente a la habitación de Cecilia y se detiene. Mira la puerta abierta. Sus ojos se pierden en el interior de la habitación que está a oscuras por completo. Sólo se aprecia el marco de la puerta que dibuja un rectángulo relleno de un negro denso e impenetrable. Allí se queda rígido, inmóvil. Parece que el mismo universo se ha detenido, allí, frente a esa puerta. Con las pupilas colgadas de esa oscuridad, el cuerpo se le encorva aún más, sus hombros caen y su pecho se le ahueca. Permanece rígido, en silencio.

Luego de varios minutos, tras un viaje turbulento por las emociones más íntimas, tras navegar las tormentas de sus adentros, sus ojos se humedecen y sus ojos se inundan de dolor y sal. una lágrima que rebalsa rueda por su mejilla y esquivo los surcos de su mueca de tristeza. Da unos pasos, entra y su figura se diluye en la oscuridad de un negro infinito.

XIII

Mariana está sola en su departamento. La noche y el silencio que la rodean la ayudan a pensar. Sentada en la alfombra del living, junto a su mesa ratona, despliega apuntes y repasa libros de psicología. Cada tanto le da un mordisco a una porción de pizza que pidió, no porque tuviera hambre, sino para sentirse mejor al destapar su segunda lata de cerveza.

Hace días que no piensa en otra cosa más que en Ulises. Ya ha pasado una semana entera y no ha sido capaz de entablar una conversación con él, ni nada que se le parezca en lo más mínimo. Después de siete sesiones completas solamente pudo arrancarle esporádicos monosílabos, algún gesto vago y nada más. El silencio continuaba siendo la única elección de su paciente y ella era incapaz de lograr quebrarlo.

Su cabeza da mil vueltas tratando de encontrar la puerta para llegar a él. Se sabe el expediente de memoria y ya ha barajado mil teorías posibles acerca de su comportamiento y su persona, del porqué de su accionar. Pero hay una que le resulta inquietante y particularmente atractiva. una idea que se ha formado tras sus largas horas de desvelo y que no logra apartar de su mente. Buscó en los libros, consultó diagnósticos y patologías y cada vez esa teoría toma más y más fuerza en su interior.

¿Podría Ulises tener algo que ver con la muerte de su hermana?

Ya había tenido varias veces la tentación de contactarse con los investigadores del caso e interrogarlos. Pero sabía que no podía hacerlo.

Aquella idea no era más que una loca ocurrencia. No tenía nada certero que justificase aquella fantásica teoría. Ni siquiera había podido entablar con él un diálogo como para tener alguna herramienta que respalde tal locura. Pero no podía evitar el pensar que, definitivamente, era por ese camino por el cual quería llevar su terapia.

quería que Ulises hablara de su hermana, quería conocer sus sentimientos, lo que aquella pérdida había provocado en él. Si algo de su muerte se relacionaba con el ataque de Ulises a aquella joven.

¿Era ese deseo parte del plan terapéutico, o su morbosa necesidad de sentirse dentro de un caso criminal?

Bebió un sorbo de cerveza y algo sacudió su mente.

Se levantó de prisa y buscó su computadora portátil. Volvió con ella y se sentó otra vez. Corrió los papeles y la caja de pizza bruscamente y apoyó su notebook. La abrió y, ansiosa, ingresó en el buscador de internet el nombre de Cecilia Esquivel.

No tardó en aparecer en la pantalla lo que buscaba. Varios links de noticias sobre la misteriosa muerte de una joven en el barrio de Avellaneda hacía un año atrás.

Entró en todos y cada uno de ellos y los leyó con detenimiento. Algunos mencionaban a los integrantes de la familia pero, simplemente, como un detalle más.

Nada acerca de Ulises. Ningún dato que ayudara en algo.

Era un caso extraño y sin resolver. No había sospechosos, no había testigos, ni tampoco un motivo. Simplemente la asesinaron a sangre fría.

¿Cómo de golpe había pasado de ser simplemente una psicóloga a meterse en el intrincado mundo policial? ¡qué locura! Estaba yendo demasiado lejos buscando una turbia y enredada historia cuando, tal vez, lo único que sucedía era que su inexperiencia se estaba excusando y ocultándose detrás de algo más, para no dejar en evidencia su propia incompetencia.

Fastidiada y enojada con ella misma, cerró de un golpe la computadora y llenó su vacío con otra porción de pizza que ya estaba demasiado fría. Apuró de un trago lo que quedaba de la lata de cerveza y hasta se dio el permiso de sentirse ruda y eructar.

Sintiendo vergüenza de su patético accionar durante toda la noche, se levantó y fue hasta su dormitorio. Se cepilló sin ganas los dientes y se tiró en la cama.

Los ojos intensos de Ulises fue la última imagen que tuvo antes de caer rendida al sueño.

Hubiese querido soñar con él, que fuese él mismo quien le diera el indicio de cómo comenzar, pero al despertar se dio cuenta que quien había intervenido había sido la cerveza de la noche anterior. No había escuchado el despertador de su teléfono, que aún sonaba cada diez minutos, bajo una pila de papeles en la alfombra del living.

Mariana lanzó una maldición al aire. ¡Estaba llegando tarde a la clínica! Saltó de la cama y comenzó a vestirse luchando con la torpeza que se tiene cuando se quiere hacer las cosas demasiado deprisa.

Es un nuevo y rutinario día en la clínica psiquiátrica y Ulises aguarda sentado en el consultorio, apático e inexpresivo como siempre. Tiene la mirada puesta en la silla vacía que está frente a él.

La puerta del consultorio está abierta. Hay una enfermera apoyada en el marco. Nerviosa, se muerde la uña del dedo pulgar y mira hacia ambos lados del pasillo. Está impaciente y resopla con fastidio. No le gusta que la hayan dejado con él.

Lleva años en la institución y está acostumbrada a lidiar con todo tipo de pacientes. Pero éste... con él es distinto. Hay algo en él que hace que se le ericen todos los pelos del cuerpo. Su mirada fija y la fuerza oscura que nota en sus ojos cuando la mira la incomodan. Aunque trata de disimularlo es consciente de que mira a Ulises con notable temor.

Mariana por fin aparece por el pasillo, llega con paso apresurado hasta su consultorio y la enfermera se lleva la mano al pecho aliviada.

–¡Buen día, Laura! –Mariana la saluda casi sin aliento.

La enfermera omite la respuesta a su saludo. En cambio, arrima unos centímetros su cara hacia la de Mariana y le susurra.

–¡Menos mal que llegó! Eugenio estaba ocupado y este pibe me da escalofríos.

Mariana se sonríe, sólo por cortesía.

–Te libero. Podés irte, nomás.

La enfermera se va, Mariana cierra la puerta dándole la espalda a Ulises y le habla con voz suave y dulce, pero aun recuperando el aire.

–¡Buen día, Ulises!

Él no contesta. Mariana voltea y se acerca a su lugar. La prisa la obligó, esta mañana, a no estar impecable, según su criterio, como acostumbra a estarlo.

Su guardapolvo blanco está desabrochado y aquel descuido deja ver su ropa. Trae una

camisa negra de una tela muy fina. Los tres primeros botones de la camisa están desabrochados y dejan expuesto desde su fino cuello hasta la delicada línea donde los pechos se juntan. un pantalón entallado hasta la altura de sus rodillas dibuja la forma de sus caderas y unas finas sandalias coronan sus pies pequeñitos. Lleva, apenas, un sutil maquillaje y sus ojos claros resaltan en su rostro. Tiene una delicada hermosura.

Poco a poco va recobrando el aliento y la calma. Se pone de costado y abre el cajón del viejo fichero para buscar su cuaderno de notas, esperanzada en que hoy sí tendrá algo que escribir en él. Ulises levanta un poco la mirada y la observa moverse. Recorre la figura de Mariana, que por primera vez se muestra, con ojos lascivos. Aprieta los puños que descansan sobre sus piernas, accionando todos los músculos de sus brazos.

Mariana saca finalmente el cuaderno del fichero y se inclina inocentemente para apoyarlo sobre el escritorio. El movimiento abre unos centímetros el escote de su camisa y la tersura de sus pechos jóvenes asoma apenas unos milímetros. Ulises, sin apartar sus ojos de ella, tensa la mandíbula y los pómulos le resaltan, contracturados.

Mariana levanta la cabeza y lo mira. Sus ojos claros y tranquilos chocan contra los de Ulises, encendidos y oscuros. Ella le sostiene la mirada, sólo por capricho, sin ser consciente de que su cuerpo ha provocado en él una reacción. Es Ulises el que, incómodo, se retuerce en la silla y la esquivo. Con un gesto de satisfacción en el rostro, Mariana se sienta. Ha sido capaz, esta vez, de ganar la contienda de miradas.

Ella abre el cuaderno que sacó del fichero y comienza a hojearlo. Ignora por completo a Ulises. Está pensando que la estrategia de hoy será mostrar poco interés. Ya no le mostrará su ansiedad para que hablen.

Ulises, ante el silencio desconcertante, endereza su postura, la mira y aclara su garganta. Mariana, sin mirarlo, inclina la cabeza, toma una lapicera del escritorio, que lleva hasta la altura de su cara y, apoyando el codo sobre el filo del escritorio, juega con ella. Simula leer mientras la lapicera gira entre sus dedos, hacia un lado y hacia el otro. Ulises se tensiona más y se pasa la mano por la frente con nerviosismo.

El silencio sólo se agita cuando ella da vuelta una página del cuaderno. Él se está alterando por completo. Mariana, sin quererlo, esta vez, casi por costumbre, se lleva la lapicera a la boca y aprieta con suavidad el extremo de la misma entre sus dientes. Ulises explota.

-¡Le divierte lo que hace!... ¿Verdad?

Mariana se sobresalta y levanta la mirada. Se encuentra con los ojos de Ulises que, bañados en furia, la observan de arriba abajo y, sin querer, se detienen en el escote de su camisa. Ella, tratando de hacer el esfuerzo para vencer su propia incomodidad, intenta contestarle con naturalidad y finge no saber a lo que se refiere. Respira hondo y le contesta tranquila.

-¿Te referís a mi trabajo?

-¡Sabe bien a lo que me refiero!

Mariana apoya los antebrazos sobre el escritorio simulando un gesto de inquietud, cuando en realidad su intención es que sus brazos tapen un poco su torso expuesto por descuido.

-No, no lo sé... ¿A qué te referís, Ulises?

Ulises la señala y dibuja un círculo grande con la mano abierta.

-¡A esto!... ¡A este jueguito suyo, me refiero!

-Sigo sin entender.

Ulises aprieta los puños, se pone de pie con brusquedad y la silla cae al suelo. Mariana, inmediatamente, pone todos sus sentidos en alerta y se reclina contra el respaldo de su silla.

Él se pasa nuevamente la mano por el pelo, como si intentase con ese gesto apartar no sólo su cabello sino las oscuras ideas que nublan su mente. Comienza a caminar frente al escritorio de un lado al otro y sus puños, entumecidos, se abren y se cierran a cada paso.

-Les encanta, lo disfrutan... -la voz de Ulises es un susurro sentencioso.

Mariana lo observa fascinada; sin quererlo ha abierto la puerta. Todavía no sabe por qué se abrió ni hacia donde conduce, pero es evidente que algo ha sido el disparador para que Ulises esté tan molesto y comience a hablar, aun cuando ella no tenga idea a qué se refiere.

-¿quiénes? -duda, pero sabe que tiene que entablar con él una conversación para llegar a algún sitio.

-¡ustedes!

-¿ustedes? ¿A quiénes te referís?

-¡Las mujeres como usted! -hay desprecio y descalificación en sus palabras.

-¿qué es lo que hacen las mujeres como yo? -Mariana sabe cómo jugar ese juego y está lista para mover las piezas del tablero.

Ulises apoya, con furia, ambas manos sobre el escritorio y la mira con sus ojos centelleantes de odio.

-¡Provocan... buscan... tientan todo el tiempo!

-¿qué buscamos? - Mariana hace su jugada. No abandona la suavidad de su voz, aunque vea que él se altera cada vez más. Tiene miedo. En el fondo, también está cubierta de dudas. Ya ha visualizado la manera de salir del consultorio si la cosa se pone fea, pero continúa. Tiene que aprovechar esta oportunidad que ha surgido. Ulises se aleja del escritorio. Pasa la mano por su pelo, que se niega a quedarse en su lugar. Desconcertantemente, su furia se convierte en un gesto de angustia. La hombría bestial parece abandonarlo y se queda inseguro de sí mismo. Parece como si alguien hubiese desactivado en él algún mecanismo. Es otro. Ahora da pequeños pasos vacilantes de un lado al otro.

unos momentos de silencio vuelven pesada la atmósfera de la habitación.

-No sé... que alguien haga algo -su voz es insegura y se quiebra ante sus propias dudas.

-¿Sentís que alguien tiene que hacer algo?

-Sí -la angustia crece notablemente en su interior- Creo... no sé. -¿qué es lo que creés que hay que hacer, Ulises?

Él permanece en silencio. Su cuerpo se balancea unos centímetros haciendo equilibrio, como si todo su ser estuviera parado sobre una superficie inestable que se desmorona lentamente a sus pies. Mariana lo observa en silencio, piensa en cuál será su próxima pregunta, pero le da el espacio suficiente para que responda la anterior.

El silencio se hace demasiado largo. Ulises tiene la mirada perdida y lentamente el balanceo se detiene.

-Ulises... ¿qué es lo que hay que hacer?

Él gira para mirarla; su semblante volvió a transformarse. Ya no parece inseguro ni titubeante. El joven fuerte y recio volvió y vuelve a cargar el peso de su mirada sobre su terapeuta. Da unos pasos y se acerca a su silla. Se sonríe levemente y niega un poco con la cabeza. Se vuelve a sentar y retoma su postura habitual.

Mariana se pierde unos instantes en su cautivador atractivo. Cada vez que sonríe ella no puede evitar fascinarse por dentro. Es tanto lo que cambia su semblante, es tan atractivo... Ella se obliga a volver a su sitio profesional. Aclara la garganta, apenada y rogando que su paciente no haya sido capaz de leer en ella su breve momento de humana debilidad.

-¿Ulises? -ella trata de invitarlo a retomar la conversación, pero evidentemente la conexión se ha roto. Él se ha vuelto a cerrar.

Tras vanos intentos por recuperar, inútilmente, el diálogo, otra sesión llega a su fin, dejándole a Mariana el sabor amargo en los labios de haber estado tan cerca de avanzar y no haber sido capaz de cruzar el umbral.

XIV

Mariana repasa en su mente, una y otra vez, cada sesión con Ulises. Trata de encontrar respuestas, de leer entre líneas. Por momentos le gana la ansiedad y la frustración y se maldice a sí misma.

Sabe que hay algo... algo que no está viendo, algo que se le está escapando... el tiempo pasa velozmente y ella no consigue ayudarlo. No ha podido lograr el clima de confianza necesario para que él se sienta seguro y se permita abrirse a ella y a la terapia.

Está agotada. No descansa bien y su mente gira todo el tiempo en torno a él y a la intensidad de su mirada que la sorprende a cada momento. Ulises se ha convertido en algo más que un desafío profesional. Está decidida a llegar al fondo y desenredar la madeja de este joven misterioso y lleno de puertas cerradas.

Estuvo toda la semana esquivando a su jefa. Prefirió no cruzarse con ella y su altanera superioridad. Lo último que necesitaba, ahora, era la soberbia de Beatriz Tominsky desplegada sobre ella haciéndola sentir más pequeña e inútil de lo que ella misma se sentía. Se había limitado, simplemente, a entregar sus informes por escrito y a ocuparse tanto durante toda su jornada laboral para no tener que toparse con ella. Por suerte y hasta el momento lo había logrado.

Ulises, mientras tanto, sigue con su rutina habitual. Se mantiene alejado del resto de los pacientes, adoptando una actitud contemplativa, preocupado por sus propios pensamientos e intentando no flaquear ante el profundo sentimiento de soledad que lo invade.

Su padre no ha vuelto a visitarlo, tampoco ha recibido una llamada telefónica. Ha perdido todo contacto con el mundo exterior. Solamente las ventanas enrejadas le dan un pequeño atisbo de que el mundo real continúa girando afuera, lejos de aquellas paredes blancas y tristes, lejos de la locura, del sufrimiento y del limbo existencial que atormenta a quienes están tan vacíos y atrapados en aquella clínica como él.

Sus sueños oscuros siguen torturándolo; ella continúa persiguiendo y juzgando cada sádico placer que aquietta, por momentos, su sed criminal. Ulises siente que su fortaleza se está desmoronando. Y su cordura, si es que la tiene, amenaza con diluirse dentro de aquella institución mental.

–¡Basta de jueguitos! –lo sorprende Mariana con su tono de voz firme y severo. Ésta es la décima sesión con él y está harta de sentirse atascada en el mismo sitio– ¡Hasta acá llegaste!

Ulises la mira sin saber cómo reaccionar. Pero su tono de voz lo perturbó y aprieta fuerte sus puños.

–¡Cuidado! No querrá hacerme enojar-le dice, mirándola directo a los ojos, desafiante.

–¡Te dije que se acabaron los juegos! Estás equivocado si creés que te tengo miedo. Es tu futuro lo que está en juego acá. No es mi vida la que va a cambiar con tu silencio, sino la tuya. Me basta con hacer un informe que diga que pienso que tu silencio esconde una

peligrosa psicopatía para que vos no salgas nunca más –Mariana lo provoca con el último y el peor de los recursos: la amenaza.

Ulises larga una carcajada exagerada.

–Esa tonta costumbre de creerse que pueden manejarlo todo a su antojo. ¡Yo no soy tu títere! –le dice mirándola con desprecio. –Yo no dije que lo fueras, no intento manejarlo sino ayudarte.

–Todas intentan manejarnos.

–Veo que insistís con el plural ¿Todas? ¿A quiénes te referís?

–Volvemos a lo mismo... –Ulises, casi susurrando, niega y agacha la cabeza. quizás no sea del todo consciente de lo que acaba de decir o tal vez sepa perfectamente hacia dónde quiere llevarla.

–¿Lo mismo? –Mariana parece desconcertada. quizás debería releer mejor su cuaderno de notas.

Mariana se deja caer sobre el respaldo de su silla y sonrío. Se cruza de brazos y lo mira fijo levantando una de sus cejas. Ulises entorna los ojos y tensa la mandíbula.

–¿Me está provocando?

–¿Por qué creés que lo hago? ¿De qué forma pensás que te provoco?

–De la misma y burda manera que lo hacen todas... –¿Todas las mujeres?

Él asiente y sus ojos en llamas intentan consumirla. Ella está tan empeñada en llegar al fondo de esto de una vez por todas que no mide el peligro ni las consecuencias que puede causar su accionar. Mariana sigue:

–¿Y qué genera en vos la provocación?

Ulises se retuerce en la silla y se lame sutilmente la comisura de los labios. Ya no aguanta las ganas de soltar todas las palabras que se le amontonan y se le atorán en la garganta.

–Enojo, bronca... –¿Deseo de hacer algo?

–Sí. Alguien tiene que hacer algo... –¿Algo como qué?

Ulises suspira hondo. queda pensativo unos momentos y aparta por fin la mirada de Mariana. Se suelta, rompe la represa de su interior.

–¿Castigarlas...? –susurra con un dejo de vergüenza.

Mariana, con el semblante resplandecido.

–¿Y quién tiene que castigarlas?

–Los hombres fuertes... Los que no ceden... Los que no se dejan engañar –su vista está clavada en el suelo.

–¿Hombres como vos?

Ulises, en un susurro...

–Sí... Yo... ¡Yo tengo que hacerlo...! –contradictoriamente, su cabeza niega con un lento movimiento lo que afirman sus palabras.

–¿Castigarlas? ¿Cómo? –Mariana siente que está abrazando el triunfo, que se acabaron las noches enteras pensando en cómo llegar a él. ¡La puerta está abierta!

Ulises mantiene su voz en un hilo débil y quebradizo.

–Matándolas... antes de que sea tarde.

El corazón de Mariana da un brinco. Siente la adrenalina correr por sus venas. Para no romper la conexión inexplicable que ha logrado, lo imita y baja su tono de voz.

-¿Tarde? Ulises se pone de pie; está visiblemente consternado. Da pequeños pasos hacia un lado. Luego se detiene.

-Tengo que hacerlo... -él asiente. A un ápice de ser inaudible, convenciéndose a sí mismo. -¿Para encontrar el placer? Ulises frunce el ceño y niega con la cabeza. Vuelve a susurrar.

-Para... salvarlos.

-¿Salvarlos? ¿A quiénes tenés que salvar, Ulises?

El tono de Ulises es ahora un quejido angustiante que parece consumir sus adentros.

-¡A los que son débiles y caen enceguecidos! Salvarlos... antes de que sea tarde... Ulises se quiebra. La fuerza abandona su cuerpo y deja un montón de carne y huesos apelmazados que, a duras penas, pueden sostenerse en pie. Se tambalea. Mariana se levanta con lentitud y, con cuidado, guía a Ulises para que se siente. El cuerpo de él se encorva. Mariana sirve un vaso de agua y se lo ofrece. Él niega con la cabeza. Ella lo apoya con suavidad sobre el escritorio y regresa a su lugar.

Pensativa, lo observa detenidamente. Está quebrado. Guarda unos instantes de silencio y le da tiempo a que se recupere lentamente. Mira el reloj. La sesión está a punto de terminar. No tiene caso seguir presionando; es mejor que vaya de a poco. Ya tiene la punta del ovillo entre sus manos. No hay por qué apresurarse. Con palabras suaves lo invita a regresar a la calma. Le recuerda que está a salvo y que puede confiar en ella. Él pide irse del consultorio, como lo hace siempre, y ella asiente en silencio.

-¡Diste un paso muy grande hoy, Ulises! ¡De verdad!

Él no la mira y se marcha. Las últimas palabras de Mariana resuenan en su interior. No está seguro por qué, pero algo se siente diferente. Es como si su carga ahora pesara menos. Mientras camina hacia su cuarto, borrando la angustia de su rostro, anhela sentirse ligero otra vez.

XV

-¿Cómo estás hoy? -Ulises se encoje de hombros- Te noto cansado... ¿Puede ser?

-No estoy durmiendo bien -Mariana nota que, desde que entró, él esquiva hacer contacto visual con ella.

-¿Pasó algo?

-¿qué le hace pensar que necesito alguna excusa más además de estar en este inmundo lugar para no dormir como se debe? -el gesto recio de Ulises es el mismo, pero hay algo diferente en su tono de voz y ella lo nota. Parece triste más que enojado.

-Puede ser, pero ya llevás un tiempo acá y es la primera vez que te noto así.

-No todos los locos asimilan la mierda de la misma forma.

-¿Considerás que estás loco?

-Hasta donde sé, aceptar algún nivel de locura es una clara señal de que se está lejos de ella.

Ella se sonríe, aunque él no lo nota porque continúa evitando mirarla.

-Interesante teoría, aunque no sé si demasiado real.

-¿Entonces puede que sí esté loco?... ¿Ser loco es agotador? -Ulises parece tener, hoy, por algún motivo, la guardia baja. Mariana sabe que es el momento adecuado para retomar el punto en donde se quedaron la última sesión.

-No. No estás loco, Ulises. La última vez que nos vimos te angustiaste mucho. A veces enfrentarse a situaciones dolorosas nos agota tanto emocional como físicamente -Ulises suspira profundo y guarda silencio. Mariana piensa unos segundos y continúa- Considerar que es uno el que tiene que implantar castigos también debe ser agotador... ¿Verdad?

Ulises levanta la cabeza y la mira fijo.

Mariana duda cómo seguir, pero no puede vencer el impulso de preguntárselo, aunque sepa que se está apresurando.

-El otro día mencionaste la necesidad de castigar a algunas mujeres... ¿Es eso lo que querías hacer con la chica de la facultad? ¿Castigarla? -Ulises endurece su gesto y sus ojos se encienden. Sin apartar la mirada fija en ella, asiente con lentitud. Mariana habla tranquila y pausadamente- ¿Pensaste en castigar a alguien más?... -él asiente otra vez- ¿Pensás muy seguido en eso?

-Todo el tiempo.

-¿Y en quién más pensás?

-Ahora... en usted.

un escalofrío recorre la espalda de Mariana de punta a punta y se estremece. Trata como puede de disimular la sensación que le provocó lo inesperado de su respuesta.

-¿En mí?... ¿Y por qué?

-Por todo... por lo que hace. -¿qué es lo que hago, Ulises?

Ulises habla y deja que sus palabras caigan, a pesar de lo débil

del tono de su voz, con un gran desprecio que rebosa de sus labios.

-¡Mírese! Mire como se viste, como se maquilla, como sonrío siempre... provocando.

-¿Vos considerás que una mujer que se arregla y que sonrío está provocando? -Él asiente- ¿Y merece ser castigada? -Ulises asiente una vez más. Mariana esquiva las sensaciones que recorren su cuerpo y continúa interrogándolo - ¿Castigaste a alguna de ellas?

Él mueve rápido la cabeza de un lado al otro negando esa posibilidad.

-Sólo en mi cabeza... y en mis sueños... -¿Soñás que castigás a una mujer?

-Sí.

-¿Siempre es la misma?

-No.

-¿Y el sueño?... ¿Es el sueño el que se repite?

-Es la manera...

-¿La manera de castigarlas es la que se repite? -Ulises asiente- ¿Y cuál es esa manera?... ¿De qué forma las castigás?

Ulises le devuelve una sonrisa oscura y casi macabra. La mira fijo y permanece en silencio. Mariana hace una pausa y piensa. Cambia el curso de su interrogatorio. No puede permitir que el lazo se rompa.

-¿Hace mucho que tenés estos sueños, estos pensamientos? Él niega con la cabeza, lentamente, sin dejar de mirarla. -Desde que me di cuenta cómo juegan. Antes no lo veía... -¿qué cosa no veías? ¿Cuál es el juego?

-La manipulación y el poder. Actos que tienen consecuencias. Provocaciones...

-¿Y quiénes juegan? -Mariana está fascinada en ésta lluvia de preguntas y respuestas.

-Todas.

-¿Todas?

-Sí... Todas... usted... Ella... ¡Todas!

-¿Las mujeres?... ¿Las de tus sueños? -casi tiene que obligarse a dejarlo contestar antes de lanzarle otra pregunta.

-Las que son culpables... Por fin me di cuenta... -la vista de Ulises abandona los ojos de Mariana y se pierde en el vacío, en las imágenes lejanas que refleja, en sus pupilas, su propio pensamiento. Mariana percibe que Ulises está lejos del consultorio.

-¿De qué te diste cuenta, Ulises?

-¡que era culpable!

-¿quién es culpable? -su voz baja, trata de no alejarlo de ese lugar donde parecen estar todas las respuestas.

-Ella... -evidentemente el inconsciente de Ulises le ha jugado una mala pasada y deja ver mucho más de lo que Mariana esperaba y él está acostumbrado a permitirse. Hábilmente, su terapeuta aprovecha su falencia.

-¿Ella? ¿quién es ella?

-usted no entiende... Todas son ella.

-¿quién es ella, Ulises? -insiste ansiosa.

La mirada de Ulises, fija en cualquier parte menos en la realidad de aquel consultorio, se nubla en lágrimas. Su voz, tenue y débil, es apenas un suspiro.

-Cecilia... todas son Cecilia...

Después de pronunciar su nombre, que hace eco entre las paredes, Ulises se quiebra como un frágil cristal y rompe en llanto. Mariana, sorprendida, se queda perpleja. No puede creer lo que acaba de escuchar. ¡Entonces, tal vez, su teoría no estaba equivocada! Su hermana, tal vez él... Mariana hace un esfuerzo por controlar la excitación que le corre por las venas. Se obliga a calmarse y a volver a las preguntas, pero no puede. Aquella escena es demasiado fuerte, extraordinaria y desgarradora a la vez. Ulises parece desdoblarse en dos. El hombre recio, duro y distante que contrasta con el joven frágil e inestable al que ella ve desmoronarse, ahora, frente a sus ojos. Por fin, Mariana logra escapar de su asombro y es capaz de reaccionar, aunque no está segura de lo que hará. Se pone de pie. Se acerca a él y duda. Sabe que no debe tocarlo; se muerde el labio inferior sin saber qué hacer.

De inmediato, Ulises se incorpora y la sorprende. Su figura masculina recupera la tonicidad. Él la mira y se acerca. Ya no llora. En su rostro están las huellas de sus lágrimas. Mariana retrocede instintiva. Él la sigue, avanza y ella retrocede unos centímetros más hasta que su cuerpo golpea contra el fichero. Está asustada.

Ella abre levemente la boca y Ulises, adivinando sus intenciones de pedir auxilio, apoya sus dedos con fuerza sobre sus labios para evitar que algún sonido salga. Los ojos de Mariana amenazan con salirse del rostro y la respiración se le agita. Él da un paso más y su cuerpo queda en su totalidad pegado al de ella.

Ulises acerca su nariz y recorre suavemente con ella el contorno de la tersa mejilla de Mariana. Ella contiene la respiración. Él inspira profundo y absorbe su delicada fragancia. Cierra los ojos con fuerza. Los abre. Su expresión es otra; es dura e intimidante. Su voz aparece ahora con firmeza y le habla cerca del oído.

-¡La sesión de hoy terminó!

Ulises se aleja de ella. Mariana queda petrificada, con su cuerpo aún pegado al fichero. Él borra de sus mejillas las huellas de sus lágrimas sobre su piel, camina hacia la puerta, sale y da un portazo.

Mariana exhala con fuerza, para darle paso a su respiración agitada. Con la mirada clavada en la puerta, por fin su cuerpo se afloja y deja salir un gemido que se pierde en el silencio absoluto del consultorio.

XVI

Beatriz mira pensativa hacia afuera, apoyada en el marco de la ventana de su oficina. En una de sus manos sostiene un cigarrillo encendido. El humo dibuja en el aire hilos serpenteantes y plateados que absorben la luz de la mañana. Da una pitada y rompe de un soplo los dibujos verticales que se transforman en una nube gris que enturbia el aire y opaca la claridad. Está hastiada de la monotonía de sus días, de su rutinaria vida y de su soledad. Hace años que se divorció y, sin embargo, le sigue costando demasiado dormir sola por las noches. Su único hijo decidió, al cumplir los veintiuno, que seguiría a su padre a España; al fin y al cabo, si su padre había progresado tanto y podía ofrecerle alojamiento y trabajo... ¿qué tenía que perder? A Beatriz le hubiese encantado que se percatara que, lo que perdería, era la cercanía con su madre. Pero así era la vida. Los pichones vuelan bien lejos del nido cuando aprenden a volar, aun cuando el corazón de su madre quede hecho trizas.

Los insistentes golpes a la puerta la arrancan de la melancolía de sus pensamientos. Cierra los ojos con fastidio; no logra hallar un momento de paz. Ni siquiera ha acabado su cigarrillo.

Mariana abre la puerta con lentitud y asoma la cabeza. –Permiso, doctora. ¿Puedo pasar?

Beatriz responde con malhumor...

–Ya tenés medio cuerpo adentro, así que... –Mariana se frena desconcertada ante tal respuesta– Sí... pasá, Echeverry... pasá...

Beatriz apaga el cigarrillo, con enojo, en el cenicero que hay en su escritorio. Mariana entra con timidez.

–Perdón que la moleste, pero como me pidió que la tuviera al tanto de...

–Sí... sí... no te preocupes, tomá asiento.

Las dos se sientan. Beatriz le levanta el mentón a modo de interrogatorio. Mariana interpreta el gesto de inmediato y comienza su relato.

–Seguí su consejo, pensé mucho en cómo hacer para abrir la puerta y así, de golpe, hoy funcionó...

Beatriz se sonríe de lado con soberbia mientras piensa que después de diez días ya era hora de que al fin avanzara algo. Mariana, acelerada por la emoción, no lee su gesto.

–¡Logré romper la barrera! Me dijo muchas cosas. Me habló de sus pensamientos y de sus sueños violentos, de su necesidad de castigar a mujeres que él siente provocativas... Lo que más me sorprendió fue que comparó a su hermana con todas esas mujeres. Me dijo: “¡Todas son Cecilia!”.

Beatriz abre los ojos y levanta las cejas.

–A ver, muchacha. Bajame un poco la ansiedad y vamos por parte –Mariana asiente como una niña. –¿qué es eso de los sueños?

-Al parecer tiene sueños en los que se ve agrediendo mujeres.

-¿Cómo las agrede? ¿Sexualmente?

-No. Bueno... no lo sé... no me lo dijo. Me dijo que siempre era de la misma forma, pero no llegamos al cómo -Beatriz la mira visiblemente decepcionada- Me vi obligada a cambiar el rumbo del cuestionario por unos momentos. Después se angustió y me dijo que tenía que ser él el que hiciese algo para salvar a los hombres débiles que caen. Se terminó esa sesión pero, a la siguiente, retomando el tema, manifestó que todas eran culpables; como que en todas las mujeres que provocan ve a su hermana. ¿Me entiende? No sé por qué, pero hace ya unos días, mientras buscaba una estrategia para el tratamiento, me surgió la idea de que él podría tener algo que ver con lo que pasó con su hermana. ¡Y hoy me dice esto!

-¿O sea que vos creés que mató a su hermana?

-No, no sé... Creo. Me dijo que las castiga en su mente. Y que todas son Cecilia ¿Castigó a Cecilia? Es la primera pregunta que me surge.

-A mí me surge otra... ¿quiere castigar a Cecilia?

-Pero atacó a la chica de la facultad... Hay una clara intención...

-Creo que te estás apresurando demasiado. Estás dando muchas cosas por sentadas y sabés que no es así como funciona. Recién hoy encontraste la punta del ovillo, ahora tenés que tirar de él, despacio, sin forzar, para que no se rompa.

-Creo que su patología se desencadena por la muerte de la hermana. Siento que la culpa, que la cree responsable de lo que le pasó. No sé... tengo la impresión de que hay algo más. ¿Y si pensaba matar a la chica de la facultad?

-Pero, Echeverry... la piba se escapó. No sabemos lo que hubiera hecho Ulises con ella si no tenía la suerte de escaparse...

-Supongo que no se le iba a declarar. La agarró a la fuerza. ¿Acaso el ataque no es un crimen?

-Sí. Pero no es a eso a lo que me refiero. No podés basar tu estrategia en algo de lo que todavía no sabés nada. Esto está muy verde todavía. Sos psicóloga, no policía.

-¿usted no cree que sea capaz?

-No lo sé, pero lo considero inocente hasta que se demuestre lo contrario... ¿No es así como tiene que ser la cosa?

-Lo del ataque está más que comprobado, Doctora.

-Mi consejo, Echeverry: andá con pie de plomo, dale tiempo a que confíe en vos y cuidate de su carita encantadora. No permitas que te engañe.

-Creo que su cara la engañó más a usted que a mí.

Beatriz lanza una carcajada mirando a Mariana. Sabe que es joven y entusiasta pero también que su impulsividad puede jugarle una mala pasada.

Mariana observa con recelo su reacción y se queda pensativa. Agradece no haberle contado como finalizó la sesión de hoy. Todavía, el pensar en la cercanía, en el roce de su cuerpo y en su respiración mezclándose con la de Ulises, le agitaban el cuerpo y la mente. quería negarse a sí misma que aquello, además de peligroso e inquietante, le había parecido extremadamente excitante, pero en verdad no podía hacerlo.

Al notar la seriedad de Mariana, sus años de experiencia le dicen a Beatriz que tiene que advertir a su joven y entusiasta colega. Hace una pausa, piensa un instante y arremete en

un tono firme tratando de ayudarla con su advertencia.

-¿Sabés que si cruzás su línea de seguridad con las preguntas, la cosa se puede poner peligrosa? ¿No?

-Sí, lo sé.

Otra pausa en silencio en la que los pensamientos de ambas rebotan de un lado al otro; entre la duda y el desconcierto.

-Imagino que ya estuviste buscando... ¿qué hay de la muerte de su hermana?

-Nada claro. La encontraron desnuda, en un baldío, cerca de su casa. No hubo violación, ni torturas, ni causa aparente. Se inclinan por un crimen pasional, pero no hay novio, ni amante, ni nadie a quien culpar. Murió por fuertes traumatismos en la zona occipital...

Beatriz tuerce la cara en una clara mueca de disgusto al oír la parte final del relato. Y luego observa que un gesto de inseguridad cubre el rostro de Mariana.

-¿Necesitás que intervenga? Si esto te excede yo puedo...

-¡No! Para nada. Sólo necesito fortalecer el vínculo con él. Lograr ganarme su confianza. ¡Necesito que hable!

Beatriz asiente.

-Probá traspasar el muro otra vez, pero con cuidado. Si este pibe te da mala espina estate alerta en todo momento. Después vemos cómo seguimos. ¿Te parece?

-Sí. Es lo que tengo pensado hacer -Mariana se pone de pie Gracias, Doctora. No le robo más su tiempo.

-Si lo ves muy irritado podés hablar con psiquiatría para subirle la dosis.

-Todavía no. Lo necesito con las emociones a flor de piel -Mariana se dirige hacia la puerta.

-¡Ojo, Echeverry!... ¡No metas la cabeza en la boca del león!

Mariana se ríe y contesta jocosa.

-No se preocupe. Tengo el látigo y la silla preparada.

Mariana se va y cierra la puerta tras ella sintiéndose toda una triunfadora. Beatriz suspira. Toma un cigarrillo, lo enciende. Da una pitada honda y exhala el humo junto con sus palabras.

-Látigo y silla... Sí... Sí... ¡Te van a comer cruda, pichona!

XVII

El salón de visitas se va llenando, de a poco, de murmullos y algunas risas que se mezclan, indefectiblemente, con las lágrimas de familiares y pacientes. Todo es un duro y arduo proceso. Las dudas, los miedos, las culpas y la incertidumbre se baten todas en un cóctel de emociones sumamente poderosas. No hay personas preparadas para asumir la enfermedad de un ser querido. Primero, la negación se hace presente levantando murallones invencibles; después, lo difícil de dar el paso que nadie está apto para dar. La internación en una institución psiquiátrica asusta, avergüenza y, en ocasiones, lastima demasiado. Tanto, que la recuperación del ser querido pasa a estar en un segundo plano. El estar ahí es tan duro para los pacientes como para los familiares. Algunos pueden llevar la carga con más hidalguía que otros; habrá quienes sepan disimular el tormento y los oscuros pensamientos que rodean a una enfermedad de la mente, pero, inexorablemente, siempre todos quedarán marcados por el paso en una institución mental.

Así que tanto las miradas de los pacientes como las de quienes van a visitarlos, rehúyen inquietas al contacto directo con la realidad amarga que les tocó en suerte a cada quién.

Ulises espera sentado en la mesa de siempre, la más apartada. Mira por la ventana como luce el jardín reverdecido y bañado por el sol. Su piel anhela el calor del aire libre, de este noviembre templado que promete un verano encantador.

De tanto en tanto, su mirada busca hacia el pasillo, con la esperanza de reconocer la silueta de su padre. Aunque no espera que Carmen se presente, en el fondo de su corazón aloja el deseo de que así lo haga, que lo sorprenda y lo abraze fuerte.

Una enfermera se acerca a preguntarle si necesita algo, si quiere una revista o un libro mientras espera. Él simplemente niega con la cabeza y vuelve la vista hacia la libertad que hay tras el enrejado de la ventana.

Mariana camina por el pasillo, ya casi es la hora de irse a casa. Terminó con la última entrevista del día y les acerca a las enfermeras los informes de hoy.

Bromea unos instantes con una de ellas y, realmente le envidia la taza humeante de café. Se promete a sí misma que cuando salga de la clínica hará una parada en su bar favorito y se permitirá el lujo de una succulenta merienda.

Antes de marcharse ve a Ulises.

-Laura... -su tono no puede esconder su preocupación- ¿No vino ningún familiar de Esquivel?

-Todavía no -le contesta la joven enfermera.

-¿Recibió algún llamado?

-No... no que yo sepa. ¿quieres que me fije en el registro?

-¿Me harías ese favor?

-Claro... ya te digo -la enfermera abre el libro de registros y busca unos instantes- No... nada. No hay nada, sólo una visita a principios de la semana pasada.

Mariana entorna los ojos y no puede evitar sentir pena. Mira su reloj. Todavía queda

media hora del turno de visitas y hace un esfuerzo para convencerse a sí misma que alguien aún puede llegar.

-Me voy a quedar un rato más en mi consultorio, terminando unos papeles -le miente a la enfermera- En caso de que nadie llegue a verlo, te pido que me avises.

-Andá tranquila que yo te informo. Igualmente, a esta hora, ya no creo que venga nadie. ¡Pobre pibe!

Mariana asiente sin decir nada y vuelve a su despacho.

Los minutos pasan. Ulises ve a los otros pacientes hablar con sus familias. Algunos están tomando mate y comiendo facturas. Otros ya se están despidiendo.

El estómago se le retuerce de dolor. Le echa una mirada recelosa al reloj que está sobre el mostrador de enfermería y el vacío que siente en su interior amenaza con devorárselo. Trata de disimular la pena que siente, se pone de pie y se dirige al pasillo. La enfermera lo frena.

-Ulises... ¿A dónde vas?

-Al dormitorio -le responde él de malos modos.

-Sabés que durante el horario de visita los dormitorios permanecen cerrados.

-Faltan cinco minutos -su tono es agrio e impaciente.

-Bueno -le dice ella- entonces hasta dentro de cinco minutos no podés ir.

Ulises se acerca a ella desafiante. Cierra los puños al costado de su cuerpo y la expresión de la cara se le baña en una oscura mueca de disgusto. Hace contacto visual directo. Laura vuelve a sentir ese miedo que le provoca desde el primer día en que lo conoció.

-Ulises... espera en la sala, por favor.

Él no se mueve ni deja de mirarla.

-Ulises... ¿querés que lo llame a Eugenio para que te acompañe? -la amenaza es su único recurso.

Ulises sonrío; sabe que la intimida.

-¿Por qué?... ¿No preferís acompañarme vos?

Afortunadamente para Laura, Mariana aparece. Al verla, Ulises cambia instintivamente su postura.

Mariana detecta el miedo en el rostro de la enfermera.

-Hola, Ulises ¿Todo bien? -los ojos de Mariana rebotan entre los de Laura y los de Ulises. Él asiente con la cabeza lentamente y, por fin, saca sus ojos de los de Laura -¿Cómo estás? -continúa Mariana mientras le hace un gesto sutil a la enfermera haciéndole saber que ella tomará el control.

Él encoje los hombros con desgano.

-¡Tremendamente ocupado atendiendo a la enorme comitiva que vino a visitarme hoy! -su ironía no es suficientemente fuerte para ocultar la amargura que siente.

Mariana le sonrío tiernamente.

-Me quedan algunos minutos antes de irme... ¿Tenés ganas de que charlemos un rato?

-A mí me quedan unos minutos antes de que pueda ingresar al calabozo -eleva el tono a propósito y vuelve a mirar a Laura.

Mariana interviene nuevamente para tratar de suavizar los ánimos.

-Ya que tu carcelero aún no ha venido por vos... ¿Te parece si nos sentamos un rato? -

Ulises se encoge de hombros una vez más- ¿quieres que nos sentemos en aquella mesa? – Mariana le señala el lugar donde antes lo vio sentado. Sin decir nada, Ulises camina hacia allá; mientras lo hace, repasa la sala con la mirada. Se sienta. Mariana ocupa la silla frente a él.

Ulises pone su mirada y su atención en sus propias manos, las que apoya sobre la mesa. Rasca constantemente con la uña del pulgar izquierdo la yema de su pulgar derecho.

–Es duro cuando uno está aquí y las visitas que espera no llegan –le dice con suavidad Mariana sin dejar de observarlo.

–¿Y usted cómo lo sabe? ¿Acaso alguna vez estuvo internada aquí?

–No. Pero paso la mayoría del tiempo ayudando a jóvenes como vos y sé lo que sienten.

–¡Ninguno de estos monos desquiciados es como yo!

–¿Y cómo sos vos?

–¡Yo no estoy loco!

–¡Tampoco ellos lo están! ¿Y qué pasó con eso de que el loco niega estar loco? ¿Me cambiaste la teoría? –Mariana sonrío, pero él no responde. Está molesto y ella lo sabe. Baja un poco el tono, llevando su voz hasta la complicidad– ¿quién esperabas que te visite hoy? ¿Tus padres?

–Suponía que ella no iba a venir, pero creo que pensé que tal vez la culpa de haberme puesto aquí... Pero a ella no le importa... ¡Yo no le importo!

–¿Te referís a tu mamá? –Ulises asiente con la cabeza como un niño– ¿Por qué decís que no le importás?

–Porque es la verdad... porque así fue siempre.

–¿Y tu padre? ¿Con él tenés una relación más estrecha?

–Si por relación se refiere a compartir unas horas en el trabajo con él sin dirigirnos la palabra...

–¿Y él? ¿Por qué crees que no vino?

–Supongo que por lo mismo, sólo que pensé que al ser tan correcto no permitiría que la gente se enterará de que no ha venido a verme.

–¿Y cómo te hace sentir esto?

–No sé... vacío... solo... supongo...

–Y con tu hermana... ¿También eran así de distantes?

Ulises aparta la vista de sus manos y se pierde en la imagen que muestra la ventana. Afuera, la tarde está cayendo y todo se tiñe de un cálido color anaranjado. Mariana nota que sus pupilas se humedecen de tristeza.

XVIII

Mariana está sentada en el borde de su escritorio. Hoy luce radiante. Tiene en el rostro la luz que irradia la determinación. Hoy se ha levantado con una certeza.

¡Va a descubrir lo que hay en el interior de Ulises! Y para ello usará todas sus habilidades, su conocimiento, su intuición, sus instintos de mujer... esa percepción especial que sólo las mujeres tienen. También está dispuesta a usar su belleza. Lo había pensado mucho y, aunque supiera que no era demasiado ético y además podía ser peligroso, recordó que la puerta entre ellos se abrió el día que Ulises la vio con el guardapolvo desabrochado. Fue su cuerpo de mujer el que despertó en él la incomodidad. Y esa incomodidad le trajo a Mariana respuestas.

Asique hoy luce una remera de escote en "V", apenas ceñida al cuerpo, y un jean entallado. Sobre ella, su guardapolvo blanco desabrochado. Preparada para conseguir más respuestas, está cruzada de piernas y sus manos se entrelazan y sujetan una de sus rodillas. Aunque le gustaría negarlo, está nerviosa. Inquieta, balancea su pie rítmicamente. Usa unas sandalias bajas de color crudo que hacen que sus pies parezcan desnudos. Tiene el pelo recogido con una cola de caballo que cae hacia sobre su hombro. Ese peinado la hace parecer más joven.

Se reclina un poco hacia atrás, hace equilibrio para no caer y chequea la hora en el reloj. Son las 10:08 AM. Se endereza, se impacienta y suspira. El balanceo de su pie acelera el ritmo.

Por fin golpean la puerta. Se sobresalta un poco. Su ansiedad le está jugando una mala pasada. De un respingo, se incorpora. Duda si abrochar su guardapolvo ¿Estará yendo demasiado lejos?

La puerta se abre. El enfermero se asoma. Trae un sobre en la mano. Tras él, se ve la figura de Ulises que ingresa. ¡Ya es demasiado tarde para echarse atrás!

–Buen día, Mariana...

–¡Sííí! ¡Logré que me tutearas! –al momento que sus palabras salieron de su boca, se sintió avergonzada. Estaba exagerando en su actuación.

El enfermero se sonroja. Ella también.

–Llegó este sobre para usted.

Mariana toma el sobre y niega con la cabeza.

–¡qué poco te duró, Eugenio!

El enfermero se sonríe y gira para marcharse. Sale y le hace un gesto seco a Ulises para que se corra de la puerta y poder cerrarla. Ulises lo mira serio y se corre. Eugenio cierra la puerta.

–¡Buen día, Ulises!

Él la mira de arriba abajo. Sorprendido, obnubilado con su aspecto y le contesta naturalmente sin pensarlo.

–Buen día.

Mariana sonríe complacida ante la respuesta del saludo. Le indica que se siente y él lo hace. Ella rodea el escritorio y se sienta también.

– C mo est s?... –Ulises se encoje de hombros– Seguís cansado.

–S , lo estoy.

– Todav a no est s durmiendo bien? –Ulises niega con la cabeza y baja la vista–  M s pesadillas?... –le pregunta ella empatizando con su paciente. Ulises hace un movimiento minúsculo para decir que s  –  quer s contarme?

–Simplemente necesito dormir...  Puede recetarme algo?

–Yo no me encargo de las medicaciones, pero puedo dejar asentada tu inquietud para que los médicos evalúen si es necesario.

Ulises, con un gesto de frustración, suspira profundo y niega con la cabeza.

–Pero podemos hablar de lo que te pasa, del por qué estas durmiendo mal.

–Ya le dije que usted no puede ayudarme.

– Y por qué estás tan seguro de eso?

–Si no puede darme algo para dormir, no puede ayudarme.

–Pero podemos hablarlo. Hablar ayuda. No te sentiste mejor cuando hablamos un poco en la sala de visitas.

–Sólo mataba el tiempo –le miente.

–Bueno, hoy tenemos una hora completa a la que matar –en el momento en que pronuncia aquellas palabras se siente una idiota. Sin embargo, Ulises sonríe al escucharla Mariana deja rápidamente atrás su desafortunado comentario y sigue la conversación– Estábamos hablando de tu relación con tu familia cuando nos interrumpieron. Me qued  pensando en eso que me dijiste de tu madre. que consider s que no le importás.  Realmente creés que sea así?

– No fue lo que le dije, acaso?

–Sí, fue lo que dijiste. Lo que quiero saber es si realmente lo sentís así –Ulises asiente– quiero que me hables de ella.

– De mi madre? No hay mucho que decir.

–Hablame de lo que sepas de ella. De cómo es.

–Supongo que es como puede ser. una mujer que se cri  sola, en un hogar infantil, en Corrientes. La criaron unas monjas.

– Y su familia?

–Nunca supo nada de ellos. Las monjas la cuidaron desde bebé. A los diecisiete se vino para Buenos Aires y al tiempo conoció a mi padre. Se casaron, tuvieron hijos... Lo normal... –su tono está cargado de ironía– la apasionante historia de una familia en la que casi no se conoce nada del otro.

–Me hablás de una mujer que quizás sufrió mucho.

–Todos sufrimos, pero ella... ella considera que el dolor la acerca a su Dios. Su religión es lo único que le importa.

– Es muy creyente?

–No s  si la describiría como creyente. Es más bien una obsesión.  qu  madre no se indigna con la muerte de su hija porque la considera una voluntad divina?  Eso no le parece enfermo?

–Todos tienen una manera diferente de afrontar una muerte.

-¡Mi hermana no se murió! ¡A mi hermana la mataron! -Ulises levanta el tono y golpea la mesa.

-¿Y vos? ¿qué te pasa a vos con eso?

-No quiero hablar de ella.

-¿Te enoja su muerte?

La pregunta descoloca a Ulises. Se mueve incómodo en la silla.

-Dije que no quiero hablar de eso. Tampoco de mi familia

-¡Está bien! Hablemos de vos, entonces. Hablemos de tus pesadillas.

Ulises suelta un soplando de fastidio. Mueve el cuello de un lado a otro y lo hace sonar. Se le nota la tensión en todo el cuerpo.

-Nada de esto tiene sentido. Estoy cansado y me duele la cabeza. Y sus malditas preguntas me aburren demasiado.

-Ulises... intento ayudarte, pero para que pueda hacerlo tenés que hablar conmigo y contarme lo que te está pasando.

-¡Estoy prisionero en este loquero! ¡Eso es lo que me está pasando!

-¿Y por qué creés que estás acá?

-¡Por culpa de mi madre!

-No, Ulises. Estás acá como consecuencia de tus actos. Por algo que vos hiciste. Por algo que a vos te está pasando, no por tu madre.

-Ulises la mira con rencor, Mariana le sostiene la mirada, pero la de ella es un lago de calma con la que trata de apaciguarlo- ¿Por qué no confías un poquito en mí y me contás de tus pesadillas?

-¿Para qué?

-Para que juntos encontremos el origen de esos sueños.

-Son sólo sueños -Ulises afloja su postura y se encoge de hombros.

-Pero esos sueños te perturban -Ulises asiente tímidamente- ¿Ves? Entonces no son simplemente sueños. ¿Soñás siempre lo mismo?

-¿usted no lleva nota de lo que yo le digo? -su tono denota que está molesto.

-Sí, hago anotaciones de cosas que me parecen relevantes.

-¿Y no le pareció relevante cuando le dije que no son siempre los mismos sueños, sino que lo que se repite es lo que yo hago en ellos? -a pesar del tono despectivo con el que Ulises le habla, está dándole detalles sin ser consciente de ello.

-Mirá, en ocasiones los sueños, aunque cambien el escenario o las personas que están en ellos, pero repiten el accionar, siguen siendo recurrentes. Los sueños recurrentes suelen ser una especie de mensaje; la manera que el inconsciente usa para enviarnos alguna información que, por lo general, no queremos ver. Ulises la mira con una expresión sádica en su rostro, con los ojos encendidos en un fuego entre pasional y macabro.

-¿Y usted quiere que yo se los cuente?

-Sí. Me ayudaría mucho a entender lo que te pasa, lo que sentís, lo que hay en tu interior.

-¿Y qué cree que vamos a ver?

-No lo sé. Para eso tenés que contarme cómo son tus sueños.

-¿Está segura de que quiere saber?

-Por supuesto, es una manera de poder ayudarte. Ulises se ríe y la mira fijamente.

-Mi sueño de ayer fue con usted -la pone a prueba hábilmente.

Mariana se retuerce nerviosa en la silla. Hace un esfuerzo por mantenerse neutral.

-¡Bueno! ¡Podés contarme de todas maneras!

Él lanza una pequeña carcajada.

-¿Por qué está tan segura de que puede ayudarme?

-Porque estudié para eso, porque tengo mucha experiencia y porque de verdad me interesa ayudarte...

Esas últimas palabras parecen mover los cimientos de aquella fortaleza en donde Ulises se siente seguro, ahí donde las emociones no lo tocan. Su rostro pierde la dureza y sus ojos tiemblan mirándola directo a los de ella. Mariana lo nota y aprovecha su flaqueza. Usa un tono suave y dulce.

-Ulises... sé que puedo ayudarte... sólo tenés que dejarme hacerlo... tenés que hablarme... confiar...

-Cuando lo haga voy a parecerle despreciable.

-¿qué te hace pensar eso?

Ulises se inclina y se acerca al escritorio. Mira intrigante a Mariana directo a los ojos.

-No estamos hablando de sueños blancos, dulces... estamos hablando de sueños oscuros, violentos... le aseguro que va a sorprenderse.

Mariana se inclina y sigue el juego desafiante de Ulises.

-Tal vez estés subestimando mi capacidad de sorpresa... ¿Por qué no me probás?...

En un acto reflejo, instintivo y desde su deseo más salvaje, Ulises se relame los labios. A ambos les brillan los ojos. Mariana regresa su espalda al respaldo de la silla, levanta una ceja y lo desafía.

-¡Te escucho!

Él la mira fijo, se sonríe de lado. Se recuesta lentamente en la silla y estira sus piernas. Es evidente que él ha aceptado el juego. Repasa con la mirada el ancho del escritorio, lo señala y da dos pequeños golpecitos, sobre él, con las manos.

-Acá... sobre el escritorio.

Mariana lo mira desconcertada.

-¿qué?... ¿qué pasa con el escritorio?

Él le clava la mirada. Mariana traga saliva, natural e inexpresiva, en un esfuerzo por digerir, además de la fuerza de lo que esos ojos le provocan, lo que Ulises dice sin dejar de intimidarla.

-Ayer, en mi sueño, la tiraba sobre él y le desgarraba la ropa con fuerza. Sus tetas aparecían redondas y rosadas. Hermosas... Ulises, con cada palabra, provoca en Mariana una ola ardiente de calor que la inunda desde el interior de su sexo y rebalsa en sus mejillas sonrojadas. La respiración se le entrecorta. Él continúa su relato sin apartar sus ojos de los de ella.

-Con una de mis manos la agarraba fuerte de los pelos, sujetándola desde atrás de la nuca para que no se moviera. Igualmente, no parecía querer hacerlo. Tenía los labios entreabiertos, como si lo disfrutara, como si el dolor la endulzara... Con la otra rompía su falda y sus piernas se abrían invitándome a entrar... Mariana, entrecortando, las palabras

lo frenan.

-¿Fantaseás con una violación? Ulises se sonríe y niega lento con la cabeza.

-Eso no era una violación. usted estaba provocando. Lo estaba pidiendo sin decir nada.

-A ver si entiendo... en una sesión anterior dijiste que considerarás que las mujeres que se arreglan o son simpáticas están "provocando" y, por lo que referís de tu sueño, la forma de castigar eso que sentís como provocación es violarlas, someterlas sexualmente... Ulises niega una y otra vez con la cabeza.

-El sometimiento para ellas no es un castigo, sino una recompensa... Es lo que buscan...

-Entonces... ¿Cuándo llega el castigo?

-Cuando la agarro fuerte de ambos lados de la cabeza y comienzo a golpearla una y otra vez contra el escritorio... hasta que...

La voz de Ulises se entrecorta, baja la vista y aprieta sus puños. Mariana interviene ansiosa y con suavidad. Casi lo tiene, no quiere que se le escape ahora.

-¿Hasta qué...? -Ulises permanece encerrado en un témpano de frío silencio que empalidece su rostro- ¿Te despertás?

-Ese no es el final... así no terminan mis sueños. Nunca terminan así.

Mariana, atrapada entre su incomodidad y su excitación.

-¿Terminan cuando me matás? ¿Cuándo las matás? -se corrige inmediatamente.

Ulises levanta la cabeza y sus ojos se pierden en la ausencia. Mira hacia el frente. Su vista vaga perdida y se ahoga en las lagunas de la nada misma.

-No...

-¿No? ¿Y cómo termina?

Ulises susurra con la voz quebrada y los ojos empañados por un manojito de lágrimas que se sujetan con fuerza a sus pestañas para no caer.

-Nunca termina... Ella no deja que terminen... -¿Ella?

Ulises balbucea entre lágrimas. Sus palabras se caen desde el borde de su propio infierno y hacen eco en los oídos de Mariana.

-Aparece y me mira fijo... con sus ojos fríos... me tortura... me reclama... Ulises es un niño acobardado que se encorva y se deshace en miles de lágrimas. Frágil, débil, sumiso. Mariana deja salir sus palabras que hacen equilibrio en el hilo delgado de su voz.

-¿quién aparece? ¿quién te tortura, Ulises?

Él niega compulsivo e intensifica su llanto con gemidos ahogados. Balbucea desde lo profundo de su angustia.

-¿Por qué?... ¿Por qué, Cecilia?

Los ojos de Mariana se cubren de asombro y de lágrimas que no puede contener al verlo tan frágil, tan lastimado por dentro. Temblorosa, una de sus manos cubre la sorpresa de sus labios. Se pone de pie y vacila. Ulises convulsiona en su llanto incesante, que desborda de sus ojos cerrados, con la fuerza de un río. Mariana ha traspasado el umbral. Lo desarmó por completo. ¡Lo hizo!

Al ver como él se quiebra y se desarma en pequeños pedazos se olvida de sus obligaciones, de las normas y la ética. Se olvida de su profesión, de los procedimientos, del bien y del mal. No puede evitarlo y se acerca. La mujer sensible es más fuerte que la psicóloga que le grita con todas sus fuerzas que se detenga, que no avance hacia a él con ternura. La psicóloga sabe que no debe hacerlo, sabe que está yendo contra toda lógica,

contra toda regla, pero la mujer se niega a ser pragmática. No puede. Está conmovida.

Se inclina conmovida y queda a la altura de su cabeza. Con suavidad le acaricia el cabello. Ulises afloja la tensión de una de sus manos y la abre. Mariana, con lentitud, desliza la suya, hace el recorrido lento, desde la palma hasta sus dedos y deja que los suyos se cuele entre los huecos arbitrarios que delimitan los dedos de Ulises que, al sentir el roce, se abren para darle paso.

una lágrima rueda por la mejilla de Mariana y ella cierra los ojos para impedirle el paso a otras nuevas que pugnan por salir. Con lentitud, la otra mano de Ulises se abre con parsimonia y se acerca con sutileza a la cabeza de Mariana.

La angustia y la empatía de Mariana envuelven la atmósfera con la intensidad de los violines de una ópera que gritan su advertencia, ante un peligro inminente. Mariana es incapaz de percibirlo. Tontamente se dejó llevar por sus emociones.

En un zarpazo ágil y violento, Ulises la sujeta del cabello. La cola de caballo de Mariana le permite el enganche perfecto. Ella ahoga un grito. La otra mano de Ulises se cierra con fuerza y aprisiona los frágiles dedos de Mariana.

Con su fuerza masculina y violenta la obliga a ponerse de pie. Ella no grita. Está bañada en sorpresa, miedo y dolor. El cuerpo de Ulises se pega al de Mariana obligándola a caer de espaldas sobre el escritorio. En la violencia del movimiento, ella golpea fuertemente su cuerpo contra la madera.

Papeles, el reloj y un lapicero caen al piso. Mariana abre los ojos y lo mira fijo. El niño desvalido ya no está. Ulises es, ahora, un hombre con pupilas inyectadas en salvaje veneno que la mira fijo. Ella, con la voz ahogada y las palabras que caen entrecortadas, trata de buscar un cambio en él.

– Ulises, yo no soy Cecilia...

Los párpados de Ulises se abren. Su respiración agitada se corta. El pecho que se expande y se achica compulsivo es el de Mariana. Él está petrificado, su fuerza no cesa. Ella sigue atrapada por el peso de su cuerpo y la insistencia de sus manos violentas. Mariana intenta una vez más, a pesar del miedo y del dolor que le recorren el cuerpo y se reflejan en su rostro.

– ¡Ulises! ¡quiero ayudarte! ¡Dejame ayudarte!

Los ojos de Ulises tiemblan y toda esa furia que navega desbocada por su interior, explota. Se acerca a Mariana y la besa. Ella forcejea con vehemencia. Después de unos momentos de lucha, derrotada, se entrega a la candencia y a la fuerza de sus labios.

La mano de Ulises libera el cabello de Mariana para atacar con rapidez la tela de su remera que, ante el tirón, cede y se levanta sin oponer resistencia. Los pechos redondos de ella se asoman entre el corpiño y el torso de Ulises que, por momentos, se levanta. Su boca feroz abandona los labios extasiados de Mariana y arremeten contra esa redondez perfecta, colmándola con su lengua y sus labios. Ella, sin ser capaz de controlarlo, está perdida en su excitación. La mano de Ulises desciende hasta los botones de su pantalón que se doblan ante la fuerza de sus dedos. Su mano se cuele habilidosa entre la ropa interior y la piel tersa de Mariana. Ella lanza un gemido, arquea la espalda y se entrega. Él respira agitado y su brazo acompaña el movimiento de su mano que cala en el interior de Mariana. Los labios de Ulises regresan a colmar de humedad a los labios de ella que los reciben abiertos y dispuestos a que sus lenguas se entrelacen en una danza pasional. Él desabrocha su pantalón, baja el de ella y expone su desnudez sin liberarla de su peso ni de

su mano que le sostiene la muñeca. Mariana está completamente perdida en el éxtasis y la excitación. Él la penetra y comienza con un vaivén salvaje y rápido. Ella no se resiste; se entrega.

Mariana tiene su brazo extendido hacia atrás, sobre la cabeza. Él, que sujeta su muñeca, cede su fuerza y la libera. Las huellas por la presión se hacen evidentes, las menudas muñecas de Mariana han quedado bañadas de un intenso color rojizo.

Los dedos de él se deslizan por la palma abierta de Mariana hasta llegar a sus delicados y finos dedos. Al entrar en contacto, se entremezclan y se aprietan con fuerza. Ambas manos entrelazadas se deslizan en el escritorio en un vaivén acompasado a los gemidos que Mariana y Ulises se permiten liberar.

Minutos después, cuando el torbellino de pasión quedó atrás, aún recostados sobre el escritorio, respiran agitados.

Él se incorpora para mirarla. Las mejillas de Mariana arden con el calor del éxtasis sexual. Deja escapar una pequeña sonrisa que le dedica al joven que la mira directo a los ojos.

-Lo provocan, porque lo quieren... -Ulises le clava sus palabras como una daga. Se incorpora rápidamente, se acomoda la ropa y se va.

Mariana, aún recostada sobre el escritorio, sin ser capaz de salir de su asombro, se encoje como una niña y rompe en llanto, mientras trata inútilmente de cubrir su desnudez y su humillación.

XIX

Mariana se lava la cara con fuerza. El agua arrastra las últimas huellas de excitación que reflejan sus mejillas enrojecidas y el centenar de lágrimas que parece no cesar. Toma del surtidor varias toallas de papel y se seca la cara con ellas. Las hace un bollo y las tira al tacho de basura. Está agotada. Tanto física como mentalmente.

Cometió un error. uno terrible, del que no sabe cómo salir. Es consciente de que ha traspasado un punto límite del que no hay retorno. Se siente despreciable. Las últimas palabras de él aún repiquetean en su mente. ¿Cómo se dejó manipular de tal manera? ¿Cómo fue tan débil? ¿Tan poco profesional? ¿Cómo pudo ser tan estúpida?

Apoya sus manos en la mesada de mármol y se pierde en el espejo. Mira fijo la imagen que le devuelve de ella misma. Está desalineada, despeinada y de sus ojos continúan brotando lágrimas que se reparten entre la bronca, el miedo y la angustia. Niega con la cabeza y se reprocha a sí misma.

–¿qué hiciste, estúpida?... ¿qué hiciste?...

Sus ojos no le dan tregua y le devuelven sólo reproches. Baja la cabeza con el peso de su propia vergüenza. Abre el grifo y se lava la cara otra vez. Borra el recorrido de sus lágrimas. Se incorpora y repite el movimiento para secarse la cara y las manos.

Se acomoda el cabello; trata de que los pelos que se escapan de su cola de caballo vuelvan a su lugar. Toma su cartera. Respira hondo y saca de ella el rímel. Con él, intenta disimular la tristeza de su gesto y de impostar una mueca relajada. No lo logra. Bufa con fuerza. Tiene ganas de golpearse a sí misma, de destrozar el espejo que parece escupirle su patética verdad.

Una doctora entra al baño y la saluda. Como puede, trata de disimular lo desastroso de su estado. Agradece en silencio que la mujer no le preste atención y que, con prisa, sólo se dedique a hacer lo que fue a hacer.

Guarda el rímel en su cartera, se rocía un poco de perfume, lo guarda y se marcha. En su camino de salida, susurra lanzándole al reflejo del espejo un insulto final.

–¡Idiota!

Con la cabeza gacha y tratando de esquivar a todos, vuelve rápidamente a su consultorio.

Recoge la pila de papeles y todo lo que ha quedado desparramado por el suelo tras el inaceptable brote de pasión. Vuelve cada cosa a su lugar y luego se desploma sobre su silla. Ve que su guardapolvo está desabrochado y, en un arranque de furia contra ella misma y sus locas ocurrencias, se lo abrocha.

Piensa en Beatriz. Se pregunta si debe hablar con ella y contarle lo ocurrido. ¿qué le diría? ¿Cómo justificaría el hecho de que se dejó tentar? ¿Cómo explicar que Ulises despertó en ella una profunda excitación que no fue capaz de controlar?... Inmediatamente niega en su cabeza tal posibilidad. Puede imaginarse la cara de Beatriz y su gesto fulminante. Su altanera manera de decirle que se lo había advertido, que sabía que ella no

podía manejarlo, que debió apartarla del caso... ¡que es una maldita niña inmadura y sin experiencia que ha echado todo a perder! Esta observación final no la imaginó saliendo de los labios de Beatriz, no era más que la propia definición de sí misma.

Se restriega la cara. No sabe qué hacer ni como seguir. Su próximo paciente no tardará en llegar.

Medita en que tal vez su mejor opción sea pedirse el resto del día libre, excusarse por algún motivo e irse a casa a refugiarse en su cama. ¡Sí! eso es lo que debe hacer. No puede quedarse allí ni un segundo más. Sólo la idea de cruzarse con Ulises la aterra.

¡Y ni hablar si Beatriz aparece pidiendo los avances del día!

Definitivamente tiene que salir de allí. Toma sus cosas y sale del consultorio. Se dirige hasta el mostrador de enfermería y le da aviso a una de ellas que va a marcharse porque no se encuentra bien.

Es hora del almuerzo y agradece que los pacientes estén en el comedor y que ninguno deambule por allí, especialmente Ulises.

–Clara –le dice a la enfermera que apunta su salida– ¿Podés dejar asentada esta nota para psiquiatría? El paciente Esquivel refiere dificultades para dormir, que consideren alguna medicación que lo ayude con este problema.

–¡Andá tranquila! Yo los notifico. Y descansá... ¡Tenés una cara terrible!

Mariana asiente y piensa que su interior luce aún más aterrador que su rostro. Saluda y se apresura a salir del edificio.

En la seguridad de su casa, metida en la cama, Mariana no hace más que torturarse y repasar, paso a paso, todo lo que sucedió con Ulises. Sin dejar de reprocharse su accionar.

Aunque no puede evitar que la teoría que originalmente tuvo acerca de él ronde por su cabeza y ahora tome más fuerzas.

Definitivamente piensa que Ulises ha tenido algo que ver con la muerte de su hermana.

un escalofrió le recorre de punta a punta la columna vertebral. ¡Había tenido sexo con un psicópata asesino!

Se tapa con las sábanas hasta la cabeza y llora como una niña asustada por una fuerte tormenta.

XX

Ulises está sentado, como siempre, en la misma mesa junto a la ventana. Su vista está fija en el exterior. Los colores vivos de las primeras horas de la mañana se reflejan en su cara.

Tiene una expresión suave en el rostro. Está tranquilo. Sus manos entrelazadas se apoyan en el borde de la mesa. En su cabeza se alinean una lista de preguntas. Entre ellas, si hoy vendrá su padre a verlo. Aunque le cueste asumirlo, lo extraña. Extraña su trato recio, su voz, hasta sus palabras condescendientes y despectivas.

Es que allí dentro, aislado de todo, se siente tan solo, tan indefenso. Inclusive se ha encontrado pensando en Tina, en la última vez que la vio y en sus lágrimas ennegrecidas por el rímel. Repasó una y mil veces en su mente la dulzura con la que ella trató de reconfortarlo. Sin duda alguna, había sido un monstruo con ella. Todavía era capaz de sentir la piel suave del cuello de Tina latiendo entre la presión de sus manos. Sus ojos mirándolo con espanto y su voz... su voz sentenciándolo: "¡Vos no estás bien, flaco!"... Y cuánta razón tenía aquella pequeña mujercita frágil e invencible a la vez. Ulises no podía negar que de alguna forma la apreciaba, pero aquel sentimiento le generaba pánico.

Él no era un buen hombre, no debía aferrarse a nada ni a nadie. Pero por alguna razón, estando allí, su mente lo hacía pensar en sentimientos, en emociones, en todas esas cosas que él trataba de tapar con todas sus fuerzas.

También pensaba en ella y, cada vez que lo hacía el corazón se le estrujaba. Todo había cambiado desde aquel día... ¡Todo se había vuelto tan oscuro y tan sin sentido!

Mariana llega por el pasillo y lo ve; sentado allí, sólo, tranquilo y pensativo. Titubea. Sabe que tiene que hablar con él, pero tiene miedo. No sabe bien qué decir. Respira hondo y se convence de que es mejor enfrentarlo que huir. Toma coraje y se acerca lento.

Él no la ve llegar; su vista está puesta en todo lo que hay tras las rejas. En el mundo exterior donde la vida no se detuvo por su ausencia, ni la de ella.

Cuando llega junto a él, Mariana le habla con voz suave.

-Ulises... -él gira la cabeza con lentitud y la mira. La mira cómo no la ha mirado nunca. Sus ojos están serenos, luminosos. Mariana siente que un nudo enorme le comprime el pecho. Aun así, le señala la silla vacía que está frente a él- ¿Puedo? -él asiente con la cabeza y su vista vuelve a fijarse en la ventana- Ulises... tenemos que hablar... -él ignora sus palabras. Mariana apoya sus antebrazos en la mesa y se inclina hacia él para quedar más cerca- Ulises... ¡Mirame! -él no le contesta- ¡Mirame, Ulises! ¡Por favor te lo pido!

Sin dejar de mirar por la ventana, él hace un pequeño movimiento con la cabeza, negándose a su petición. Sus pupilas tiemblan y se humedecen.

-Ya sé lo que vas a decir...

-¿Sabés lo que voy a decir?

-Sí... -Mariana tuerce la cara y levanta una ceja con impaciencia. No está de humor para sus jueguitos de manipulación. No va a caer en la trampa otra vez- ¿No vas a decirme, acaso, que lo que pasó en el consultorio fue un error, un terrible error? ¿que no se va a

repetir? ¿que me vas a abandonar vos también?...

Mariana, abrumada, se frota la frente con la mano.

-¡Sí! Fue un error. un error de los dos que no podemos dejar que se repita... -él sonrío con melancolía. Mariana mira nerviosa para todos lados y luego, con suavidad, apoya su mano sobre la de Ulises. Lo mira con ternura y baña de sinceridad sus palabras- ¿Por qué decís que voy a abandonarte?

Ulises hace con ella un contacto visual directo y profundo.

-¿No es lo que vas a hacer, acaso?

-Yo no voy a abandonarte...

-¿No?

-No. -Ulises suspira hondo y regresa su vista hacia la ventana. Mariana, aunque no quiere, retira con cuidado su mano. No puede permitir que nadie la vea teniendo contacto físico con él- ¿Seguís sin creerme?

-Es lo que habitualmente sucede. Estoy acostumbrado a eso.

-¿A qué te abandonen? -él asiente- ¿quién te abandonó, Ulises? -Todos.

La nostalgia y la desazón se reflejan en el rostro de Ulises. Parece otro. Como si la fiera que habita en su interior estuviese dormida.

-¿quiénes son todos? Ulises suspira hondo y susurra.

-Todos... -el silencio lo abraza y la angustia le tapa la boca.

-Ulises... quiero ayudarte. Más que nada en este mundo. Pero si vos no confías en mí, si no te abrí y me hablás yo no puedo hacer nada.

Ulises tiene los ojos enmarcados por lágrimas espesas y la voz quebrada. Su cuerpo imita la fragilidad de un pájaro herido.

-Estoy perdido, Mariana ¿Cómo creés que vas a ayudarme? ¿Vas a quitarme la ira y los deseos de matar? ¿Vas a hacer que desaparezcan los sueños? ¿que todo vuelva a ser como antes? ¿que ella ya no me acuse? ¿que vuelva?

Mariana entra en alerta.

-¿Ella? ¿quién es ella, Ulises? ¿Tu hermana?... -él asiente con la vista nublada y el tono opaco de una nube, que cubre el sol que entraba por la ventana, le tiñe la mirada- ¿Tu hermana te persigue? ¿Su recuerdo?

-No.

-¿La ves?... -Ulises asiente y la mira. Mariana mueve sus ojos, señalando a ambos lados. Chequea con ellos la amplitud de la sala -¿La ves ahora?

Ulises resopla con fastidio. Se sonrío y le contesta irónico. -¡Buenísimo! ¡La doctora cree que veo fantasmas! ¡Hemos hecho un gran avance!...

Mariana tuerce la cabeza y lo mira severo. Ulises respira hondo y cambia su actitud. La seriedad se transforma en angustia a medida que el relato avanza.

-Aparece en mis sueños, en mis pensamientos... Cada vez que me encuentro saciando esa oscura necesidad que siento de castigarlas, todo se transforma. Ella llega de la nada y me mira fijo, me juzga, me... me desgarras con sus ojos.

-¿En todos los sueños aparece? -Ulises asiente con la cabeza- ¿Cuándo soñaste conmigo también apareció?... -él asiente otra vez. Mariana traga con dificultad, pero continúa interrogándolo, manteniendo el tono suave, para que él sienta la complicidad- ¿Está desde el principio de los sueños? -Ulises niega- ¿Y en qué momento aparece?

La voz de Ulises hace equilibrio en un hilo. Su angustia crece, parece estar asustado.

-Siempre es igual, llega en el mismo momento... -¿En qué momento?

-Cuando... Cuando... -Ulises se quiebra y ya no puede sostener las lágrimas que desbordan de sus ojos.

-¡Tranquilo, Ulises! ¡Vos podés decirlo!... ¿Cuándo?

El levanta la cara y la mira a través de su manto de llanto; lleno de vergüenza, lleno de dolor, lleno de culpa...

-Cuando estoy tratando de matarlas... -suelta sus palabras como quién suelta toneladas de peso que se encadenaban a sus manos.

Mariana, aunque está visiblemente afectada, no puede darles tiempo a sus emociones. Piensa y, sin dejar que la conexión se rompa, le pregunta.

-¿Por qué decís que ella te persigue?

Ulises, al escuchar la pregunta, se altera, se acelera. Hay enojo en sus palabras y su tono de voz se eleva.

-¡Porque se mete en mis pensamientos, en mis sueños y me hostiga con su mirada de hielo! ¡Porque me juzga, porque no me deja...! una enfermera se acerca a interrumpir la magnífica conexión que, sin esperarlo, Mariana había logrado con Ulises. Al verla aparecer, inmediatamente Ulises cambia su postura, se limpia las lágrimas con las manos y sus rasgos se endurecen. Mariana mira a la enfermera con muchísimo desprecio. La enfermera percibe su enojo.

-Disculpe que la interrumpa -dice con gran incomodidad- pero Ulises tiene una visita y el señor me dice que tiene prisa.

Ulises voltea y ve a su padre de pie frente al mostrador de enfermería, mirándolo fijo y con algo de desconcierto grabado en su rostro. Ulises se pone nervioso y aclara su garganta. Espera que no lo haya visto llorar. Vuelve a pasarse las manos por la cara para asegurarse que ha borrado todos los rastros del llanto. Mariana también voltea para ver a ese hombre mayor, alto y robusto que los mira fijamente.

-¿quién es, Ulises? -le pregunta Mariana sin ser capaz de esconder la frustración que siente. ¡Habían avanzado tanto!

-Mi padre -le contesta él bajando la vista.

-Gracias -le dice Mariana a la enfermera, cuando en realidad por dentro la insulta con cuantas injurias se le ocurren. Le hace un gesto con la mano a Alfredo para que se acerque. La enfermera se marcha. Ulises se retuerce en su asiento-Tranquilo, Ulises. Después seguiremos conversando. Ahora relájate y disfrutá de una charla con tu papá.

Ulises la mira con recelo y el hombre rudo otra vez se hace presente en él. Cambia su postura, su cuerpo vuelve a la tensión y su cara adquiere el semblante intimidante al que Mariana ya estaba acostumbrada.

Alfredo llega junto a ellos y Mariana se pone de pie inmediatamente. Le extiende la mano y está lista para presentarse cuando Ulises se le adelanta.

-¡Papá! ¡qué bueno que viniste! Llegaste justo a tiempo para conocer a mi nueva novia.

Alfredo y Mariana lo miran estupefactos. Sosteniéndole la mano, Alfredo la mira fijo y frunce el ceño.

-Ignore el sarcástico humor de su hijo, me disculpo en su nombre. Soy la licenciada Mariana Echeverry, la terapeuta que atiende a su hijo.

-¡Sí, me atiende muy bien por suerte! Te la recomiendo -Ulises disfruta de la incomodidad de ambos, sobre todo del color púrpura en las mejillas de Mariana.

Ella le devuelve una mirada fulminante y él se sonríe sádicamente.

-Alfredo Esquivel, un placer conocerla.

-Te recomiendo que le des un poco de tiempo, es tímida al principio antes de revelar su lado salvaje -Ulises no cede en su juego.

-¡Ulises! No es gracioso. ¿Podés terminar ya con tu sarcasmo? -lo increpa Mariana

-¿quién dijo que era gracioso? ¡Es enfermizo! ¡Como todo en este lugar!

Alfredo sigue desconcertado mirando a ambos. Está incómodo y no puede articular palabra.

-Sepa disculpar este mal momento. Yo los dejo para que charlen tranquilos.

-¡Yo tenía razón! ¿Viste con la facilidad con la que podés abandonarme? -Ulises la mira desafiante.

-¡Vos y yo, después, seguiremos hablando! -la mirada de Mariana es tan intensa que logra incomodar a Ulises- Fue un placer conocerlo, señor Esquivel. Seguramente, volveremos a vernos. Ahora los dejo solos.

Mariana se marcha rápido, sin darle oportunidad a ninguno de los dos de decir una sola palabra. Siente el ardor en sus mejillas y está verdaderamente enfadada.

Alfredo, aún sorprendido, se sienta frente a Ulises.

-¿qué fue todo eso, hijo?

-Nada, un pasatiempo... nada más... -sus ojos siguen el paso de la figura de Mariana mientras se aleja.

-¡Ulises, no seas chiquilín y no te hagas el vivo con los médicos! Andá a saber que coctel de pastillas pueden darte si los haces enojar. Después te dejan hecho un zombi para que no andes molestando. Tenés que hacer buena letra y salir lo antes posible.

Ulises se sonríe irónicamente.

-Te acordaste un poco tarde de darme tus sabios consejos de padre.

-No empieces... -Alfredo se apura a cambiar de tema- ¿Cómo estás?

-Bastante bien para estar en un loquero... ¿No te parece?

-Vine de pasada, para ver si te hacía falta algo.

-De pasada... -repite Ulises en un tono que rebota entre la sorpresa y el reproche- ¡quédate tranquilo! ¡No necesito nada! Siempre me las arreglé solo y esta vez no va a ser la excepción.

-¡No es mi culpa que estés acá!

-¿Seguro? -Alfredo lo mira con sorpresa e incomodidad- ¿No fuiste vos, acaso, el responsable de traerme a este mundo de mierda?

-Es imposible hablar con vos...

-¿Cuántas veces en veintitrés años lo intentaste? -la rigidez en los ojos de Ulises, lastima a Alfredo.

-Yo no hice el sacrificio de venir hasta acá para recibir gratuitamente tus ataques.

Su orgullo aguantó mucho más de lo que puede soportar antes de explotar. Ulises se pone de pie, mira a su padre, palmea su hombro y le dice antes de marcharse.

-¡Andá tranquilo, yo no necesito que hagas ningún sacrificio por mí!

-Ulises... no quise decir eso... esperá... ¡Ulises!

Las excusas de Alfredo llegan demasiado tarde. Ulises camina por el final del pasillo hacia su habitación.

XXI

Mariana espera impaciente en su consultorio. Está nerviosa y ansiosa a la vez por retomar el camino que empezó a recorrer con Ulises. Está fascinada con la forma en la que la dejó entrar, con la fluidez que pudo conducirlo. Piensa en sus cambios físicos repentinos, en cuáles son los detonantes que lo ponen en guardia. Ataca rápidamente cuando se siente vulnerable y su cuerpo y su actitud le sirven de escudo. Se trata de convencer a sí misma que quizás pueda dejar atrás su grave error y usar la cercanía para ayudarlo.

Mira el reloj y lanza un insulto al aire. Son 10:15 y Ulises ya debería estar ahí.

Toma el teléfono y marca el interno de enfermería.

–Sí... soy Echeverry. ¿Me podés informar si Esquivel sigue con visita? –escucha la respuesta que le dan del otro lado del teléfono– Entonces decime... ¿Por qué nadie lo trajo todavía a sesión? –la justificación que le dan parece no colmarla– ¡Hacé que alguien lo vaya a buscar ya! –Mariana cuelga el teléfono alterada.

Se pone de pie y camina nerviosa por el consultorio. Tiene que calmarse o no va a ser capaz de hacerlo correctamente. Respira hondo y relaja sus hombros.

Se acerca al escritorio y su mirada se pierde en él. Pasa sus dedos por los vértices de la madera lustrada. Sus ojos brillan. Rememora cada detalle. Su piel vuelve a sentir la fuerza de él presionándole el cuerpo. Su aroma, sus labios... Siente, sin poder evitarlo, el calor de sus manos varoniles rozando su cuerpo. Se estremece y el recordarlo dentro suyo humedece su intimidad. De todas las veces que estuvo con un hombre, sin duda aquella había sido una de las experiencias más excitantes y adrenalínicas de su vida.

En su mente resuenan las palabras de Ulises que, inmediatamente apartan la excitación de su cuerpo cediéndole paso a su profesión. *“Lo provocan porque lo quieren”*... Piensa en el sentido de aquella frase, en la charla de esta mañana y en la muerte de Cecilia.

Su análisis se ve interrumpido cuando Eugenio golpea y abre la puerta trayendo a Ulises.

Sintiendo que la han sorprendido en acción, Mariana no es capaz de frenar su reacción y, elevando el trono, le reprocha a Eugenio.

–¡La próxima vez esperá que te conteste que podés pasar!

Avergonzado y sorprendido por su reacción, Eugenio asiente y baja la vista.

–¡Deberías! –arremete Ulises con su ironía– ¡Podés sorprenderla teniendo sexo sobre el escritorio!

–¡No seas irrespetuoso, pibe! –se indigna Eugenio y se acerca a Ulises intimidante.

Mariana le clava la mirada llena de rencor a Ulises y él sonrío mirando a ambos.

–Despreocupate, Eugenio. Ya me voy acostumbrando a sus juegos. Podés irte.

Eugenio sale aún indignado y, antes de cerrar la puerta, se disculpa con Mariana por su falta anterior. Ella acepta sus disculpas y él se va.

Ulises se sienta. Mariana camina hasta su lugar, suspira profundo y se deja caer en la silla.

Lo mira y niega con la cabeza. Ese Ulises que ve frente a ella no es el mismo con el que habló hoy temprano. –Llegaste tarde –le recrimina Mariana –No pensaba venir.

–¿Y por qué no?

–una sesión al día me parece suficiente.

–Si te referís a la charla de hoy, no fue una sesión y, en tal caso, no sos vos el que decide el manejo de las sesiones.

–Me da igual.

–Voy a dejar pasar tus impertinencias por esta vez, pero basta de ironías y comentarios desubicados. Creo haberte aclarado las cosas esta mañana. Somos adultos... ¿Verdad? – Ulises la mira fijo, pero no dice nada. Mariana ocupa su lugar y trata de volver a su papel de terapeuta. No puede permitirse más debilidades– ¿Cómo te fue con la visita de tu papá? – trata de empezar con su trabajo.

–Maravillosamente.

–¿Tan mal estuvo? –Ulises se descoloca. El tono suave de Mariana y su mirada comprensiva lo desencajan por completo de su irónico papel. Ulises suspira hondo y Mariana lee en sus gestos que de a poco baja la guardia– ¿querés contarme?

–No

–¿Pasó algo? Te lo pregunto porque vino fuera del horario de visita.

–Así puede hacer más rápido el trámite.

–¿Creés que visitarte a vos es un trámite para él?

–Lo dejó completamente claro –¿Él te lo dijo?

–Te dije que no quería hablar de eso.

–Muy bien... ¿De qué querés hablar?

–De nada.

–Creí que ya habíamos superado esa etapa –Ulises se sonríe y su hermosa sonrisa se transforma en un bostezo enorme y profundo. Trata de contenerlo, pero a ese le sigue otro más– ¿Seguís sin poder dormir? –él asiente.

–Me duele un poco la cabeza... quiero acostarme. ¿Me puedo ir?

–Me gustaría que te quedaras y hablemos un poco más. Total, sólo nos quedan unos pocos minutos –él se encoje de hombros resignado.

–Ayer te indicaron una medicación para que te ayude a dormir, ¿por qué creés que aun así no pudiste dormir?

–No sé... estaba con la mente inquieta, supongo.

–¿Con la mente inquieta?

–Sí... con los pensamientos desordenados.

–Entiendo... ¿Y en qué pensabas?

–En nada y en todo a la vez. Es como si mi cabeza rebotara de un lado al otro sin control.

–¿Pensabas en tus sueños?

–Sí.

–¿Y en las mujeres de tus sueños?

–Sí.

–¿Y en Cecilia?... –el semblante de Ulises se endurece; la tensión de sus mandíbulas se dibuja en su rostro. Asiente– ¿Y en nuestra charla de ayer?... Ulises se aleja de inmediato de

su rígida postura y lanza una pequeña carcajada. Mariana no puede evitar el sonreírse— ¿qué pasa?... ¿Por qué te reís?

—Me causó gracia que sólo me preguntaras por la charla de ayer. —¿Y por qué otra cosa debería preguntarte?

Ulises la mira con intensidad, directo a los ojos y acaricia el escritorio. Ella se incomoda y sus mejillas se tiñen de un color rosado.

—¿Por nosotros? ¿Por lo que hicimos ayer?... Aunque no quieras preguntármelo también pensé en eso.

—Ulises... ya te lo expliqué. Pero, si necesitás conversar acerca de lo que pasó... Ulises la interrumpe.

—¡No! No quiero hablar de eso...

Aunque se alivia, a Mariana la sorprende su respuesta.

—Ok... ¿Te parece entonces que retomemos el punto donde nos quedamos hoy, en la sala de visitas? —Ulises frunce la frente, confundido— Cuando me contabas que tu hermana aparece en tus sueños y vos sentís que te persigue... ¿Te acordás?... —él asiente y aparta la vista. Su cabeza gira hacia un costado y su mirada se pierde en el suelo— Cuando te pregunté por qué decís que te persigue, me contestaste que no te deja. ¡que no te deja! ¿qué significa eso para vos?

Ulises se restriega los ojos y la cara con las manos abiertas. Está agotado.

—No sé... es como que no me dejara seguir. No puedo hacerlo cuando ella me ve —se angustia y su voz tiembla.

—¿qué es lo que no podés hacer ante sus ojos?

—Matarlas... —su voz se convierte en un susurro tan débil que pareciera que no quiere siquiera que las paredes se hagan eco de aquella palabra.

—Entonces, cuando decís que no te deja... ¿Lo que sucede, en realidad, es que aparece para impedir que las mates? —Ulises la mira con lágrimas en los ojos— ¡No te deja, Ulises! ¡Ella no te deja! ¿Entendés?

Él abre los ojos y la mira con desconcierto. Tratando de encontrarle sentido a esas palabras. Frunce un poco la cara, abre sus manos y se las queda mirando.

¿Será eso posible? Se pregunta a sí mismo para sus adentros. Niega con la cabeza y se lleva las manos a las sienes. Las frota tratando de exprimir sus pensamientos. No lo logra y la cabeza le punza. Siente un dolor agudo que va de lado a lado, atravesando su conciencia y su razón.

—Me duele mucho la cabeza... ¿Puedo irme por favor? —su voz le implora a Mariana que lo libere del tormento, al menos por hoy— Necesito dormir... ¡Hacé que me hagan dormir!

Mariana asiente con preocupación.

—¡Andá tranquilo! Yo ahora me ocupo de que te den algo para que puedas relajarte y dormir unas horas. Ulises le hace un pequeño gesto de agradecimiento con la cabeza, se levanta y sale del consultorio.

Mariana queda unos segundos pensativa, con la vista en la puerta.

—¿qué es lo que escondés, Ulises? ¿qué es? —suelta al aire su interrogatorio.

Toma el teléfono y llama a enfermería.

—Sí, Echeverry otra vez. Necesito que contactes urgente a la psiquiatra que atiende a

Esquivel. Decíle que digo yo, que el paciente refiere una imperiosa necesidad de dormir, está muy consternado y visiblemente agotado. que considere un inyectable. Cualquier duda que me contacte. Gracias.

Cuelga y toma notas en su cuaderno dejando asentado lo más relevante de la sesión. Con la lapicera remarca dibujando varios círculos sobre la última frase que escribe. *No me deja...* y lo corona con un gran signo de pregunta.

XXII

-¿qué edad tenés?

-¿No están todos mis datos en la ficha?

-Sí, están. Pero yo quiero que seas vos la que me hable.

Mariana entrevista por primera vez a Lucía. Llegó a la clínica hace dos días y la asignaron a su cargo. Tiene apenas veinte años y cree tener los motivos suficientes para acabar con su vida.

Trae la mirada vacía, pero su menudo rostro, enmarcado por su rubia y lacia cabellera, no puede esconder la tersa belleza que hay en ella. Es muy alta y delgada. Su cuerpo se pierde dentro de su sweater gris de algodón, demasiado ancho. Las mangas, que esconden sus muñecas vendadas, le llegan casi a la punta de sus dedos. El jean desgastado apenas marca sus huesudas piernas.

-Cumplí veinte en abril -contesta sin ganas y se encorva más en la silla.

-¿Estudiás?

-Dejé...

-¿Y qué estudiabas?

-En el Instituto Superior de Ballet del Colón -mientras lo dice se mordisquea la uña del pulgar derecho.

-¡Wow, una bailarina! ¿Y disfrutabas de bailar?

-Al principio... a veces... después resultó una tortura -contesta sin ganas.

-¿una tortura? ¿Por qué?

Lucía se encoje de hombros y sus dientes no le dan tregua a su uña.

-Supongo que perdí la pasión... no sé...

-¿Cuánto hace que dejaste?

-Seis meses -suspira fastidiada.

-Y la pasión... ¿Cuándo sentís que se fue?

-ufff... hace años... -¿Y por qué seguiste?

-Para complacer a mi madre, para no decepcionarla... -Mariana toma notas en su cuaderno. Mientras lo hace, Lucía la mira con recelo.

-¿Creés que el hecho de que dejaras el baile la decepcionó?

-El baile siempre fue lo único que le interesó de mí. Sólo por eso me veía.

-¿A qué te referís con que te veía?

-¡A eso! Sólo me prestaba atención cuando bailaba. Ni siquiera le interesó cuando recibí la mención de honor al egresar del Saint Patricks.

-No es nada fácil recibir una mención de honor. Tengo entendido que es un colegio muy exigente -Lucía vuelve a encogerse de hombros- ¿Y a tu papá? ¿A él también le gustaba que bailes?

-No creo que le importe que existo; a ninguno de ellos -frunce la cara como si sintiera

asco.

-¿Por eso decidiste hacer lo que hiciste?

-No. Eso lo hice por mí.

-¿Por vos?

-Me rompe las pelotas el jueguito este de las preguntas y respuestas.

-No es un jueguito, Lucía. Es parte de la terapia. -Lucía hace una mueca condescendiente y mira hacia el piso- ¿qué te hizo pensar que tenías que hacerlo?

Lucía la mira, suspira hondo, baña su rostro de un gesto de desprecio y la señala con la mano.

-¿usted es la única psicóloga acá adentro?

-No. Somos un grupo de terapeutas... ¿Por qué me lo preguntás? -¿Y quién decide que es usted la que me tiene que atender?

-Cuando ingresa un paciente, dependiendo el caso y la disponibilidad del profesional, se asigna al que se considera más adecuado.

-¿Y si yo no la considero adecuada para mí?

-¿Te pasa eso?

-La verdad que sí -Lucía la mira desafiante.

-¿Podés decirme por qué? Tal vez podamos solucionarlo.

-¡Lo dudo!

-Bueno, quizás si lo charlamos... -Lucía la interrumpe con un tono violento.

-¡No quiero charlar! ¡No me interesa seguir perdiendo el tiempo acá, sentada con usted!

-A veces es normal que en la primera sesión no te sientas a gusto, pero...

-¡Me cae mal! ¿Entiende? ¡usted me cae muy mal! Y no pienso contestar más sus estúpidas preguntas. Ni hoy ni nunca.

Mariana respira hondo y, cuando está llenándose de paciencia para tratar de convencer a Lucía, ella se levanta, abre la puerta y deja salir en un soplo un insulto dirigido a la psicóloga a la que acaba de abandonar.

-¡Imbécil!

Atónita, Mariana permanece inmóvil mirando la puerta unos instantes. Después se rasca la cabeza y bufá.

-¡Necesito que alejen de mí a los manipuladores caprichosos! ¡Dios! -le dice al mismo aire, abre el cajón de su escritorio y revuelve en su interior- ¡Y un cigarrillo! ¡Necesito un maldito cigarrillo!

XXIII

Falta algo menos de una hora para que el día de trabajo de Mariana se termine, lo cual, para ella, hoy es una bendición. Fue un día difícil y aún está irritada.

Ha estado pensando en Ulises. En ese que es desafiante y amenazador, el que, en el mismo día, había insinuado en dos oportunidades y con personas diferentes, que los dos tenían un *affaire*. Era consciente de que lo hacía para enfadarla, pero... ¿qué sucedería si aquello se convirtiera en un rumor? Es el tipo de material que las enfermeras adoran recibir para agregar sus propios condimentos y hacer de una simple frase toda una novela. Decidió que, en la siguiente sesión, hablaría con él y le explicaría como aquel juego inocente los perjudicaba a ambos.

Cada tanto le surgían reproches para con ella misma; la facilidad con la que cayó en sus redes, lo rápido que se vio atrapada entre sus manos y como, sin oponer demasiada resistencia, cedió al placer. Se preguntó si su vida era tan poco interesante como para entrar en el juego de un joven atractivo y manipulador que, además, era su paciente. Sin dudar, se contestó a sí misma automáticamente: ¡Sí lo era! Su vida era sumamente aburrida y solitaria.

Mientras se torturaba con sus auto reproches, se dio cuenta que tenía que hablar con Beatriz e informarle que no había sido lo suficientemente buena como para complacer los caprichos de su nueva e irreverente paciente.

Con fastidio, se refregó la cara y se puso de pie. Seguramente tendría que soportar a su jefa criticándola por no haber sido capaz de manejar a una chiquilla rebelde. Desganada, se dirigió a la puerta. Aprovecharía el viaje para preguntarle a las enfermeras si Ulises había podido dormir.

Al llegar al mostrador de enfermería, encontró a Laura acomodando las órdenes médicas del día.

-Laurita, perdóná que te moleste. ¿Sabés si Esquivel recibió la medicación que pedí?

-¡Sí! ¡Durmió como un bebe toda la tarde! Ahora anda haciendo de Romeo con la nueva.

-¿qué?

-Ahí los tiene... -Laura señala con la cabeza en dirección a la sala de visitas. Mariana voltea y se sorprende al ver a Ulises y Lucía, sentados en una mesa, conversando sonrientes- Hace más de una hora que no paran de hablar y de reírse. ¡Parece que el recio encontró novia! ¡Siempre hay un roto para un descocado!

Mariana no puede evitar que la indignación desborde su interior. Aunque sabe que no debería, se acerca a ellos con determinación.

-¡Hola, Ulises! -mira con recelo a la joven- Lucía... -Lucía suspira y revolea los ojos.

-¡Doc! ¿Se conocen? -Ulises mira a Mariana con una pícara sonrisa. Ella asiente desinteresada y se dirige a él, omitiendo el desplante de Lucía.

-Me dijeron que pudiste dormir ¿Te sentís mejor?

-Sí. ¡Estoy en mi mejor momento! ¡Y por fin encontré alguien interesante con quién

hablar! –Lucía se sonríe disfrutando de su comentario. Mariana arquea las cejas.

–Me alegro.

–¿De verdad? –a él le encanta incomodarla.

–Sí, de verdad –a Mariana le cuesta ocultar su fastidio y él lo nota.

–¿Le gustaría acompañarnos? Hay una silla vacía –Ulises golpea el asiento invitándola.

–No, Ulises. Ya estoy por irme. Mañana te veo en sesión y charlamos.

–¡usted se lo pierde! –dice Lucía mientras deja salir una risita irónica.

–Seguramente... –le contesta Mariana, mirando a ambos seriamente– los dejo para que sigan disfrutando, entonces. Nos vemos mañana, Ulises.

Mariana se va, ofuscada. No puede creer que Ulises esté hablando con esa chiquilina. No es normal que él se acerque a alguien y mucho menos a una mujer. Algo no encaja. Algo de todo eso le hace ruido en su interior. Por unos segundos se pregunta si son celos lo que siente.

¡No! Se convence, inmediatamente, callando aquella duda. Simplemente, algo no encaja,

Va directo a la oficina de Beatriz. Sin ganas, golpea la puerta. Rueda que ella ya se haya ido y que se ahorre la charla densa que sabe que tendrá. Lamentablemente para ella, Beatriz abre la puerta.

–¡Echeverry! Justo estaba pensando en vos. –a Mariana se le hace un vacío en el estómago que amenaza con tragársela– Pasá y cerrá la puerta –Mariana asiente, hace lo que le pide y se sienta– ¡qué día de locos, por favor! ¡No doy más! –Beatriz se desploma en su silla. Observa a Mariana que le devuelve una mueca que intenta ser una sonrisa– Por tu cara adivino que tu día no fue mejor que el mío.

–¡Para nada! De hecho, vengo a decirle que la paciente nueva rechaza que sea yo su terapeuta.

–¡Me imaginé que la princesita sufrida nos iba a dar más de un dolor de cabeza! ¿Te dijo por qué?

–Básicamente porque le caigo mal –Beatriz lanza una ruidosa carcajada que hace que Mariana sonría y se afloje un poco– Aunque estaba media reacia, empezamos a hablar. Contestó un par de preguntas y después se brotó.

–¿Por algo en particular?

–Hablábamos de sus padres. Ella plantea un desinterés por parte de ellos y, cuando la interrogo sobre el por qué del intento de suicidio, inclinándome a ese motivo, ella refiere que lo hizo por ella misma. Al repreguntar estalló.

–¿Pudiste sacar algo en limpio?

–¿Además de que le caigo mal? Parece depresiva y, en cuanto a la auto agresión, fue muy poco lo que pude leer, pero me suena más a un llamado de atención que a un deseo real. Pero sabemos que cuando se pasa al acto, es difícil de saber y menos con lo poco que logró que diga.

–¿Tenés alguna sugerencia sobre a quién la tengo que transferir?

–Rodríguez, tal vez, o Pineri, creo que un hombre puede tener mejor llegada, fue muy poco lo que charlé con ella como para poder asegurártelo. Pero quizás, con una figura masculina, logra sentirse más a gusto... Bueno... de hecho... –a Mariana se le caen las

palabras, sin pensar, con el mismo tono confidente como el que se suele escuchar en enfermería –acabo de verla muy interesada, teniendo una conversación, entre risas, con Ulises. Laura me dijo que llevaban ya un buen rato sentados juntos.

Beatriz la mira y se sonríe.

–¡Dios los cría y nosotros los amontonamos! ¡un asesino frustrado y una suicida fallida!
–Mariana frunce el ceño y tuerce la boca en señal de desagrado. Beatriz nota su incomodidad– ¡querida!... te aseguro que cuando tengas tantos años como yo en esta profesión y hayas pasado demasiado tiempo en lugares como estos, vas a sentir la necesidad imperiosa de buscar un poco de humor aún en lo más macabro. Forma parte de mantener cierta distancia. una cuota de frialdad hace que tu mente no te deje involucrarte. Sino, tarde o temprano, sos carne de cañón.

Mariana piensa para sus adentros que el consejo le llegó demasiado tarde y se dice a sí misma:

–La mecha ya está encendida, apunten... ¡fuegooo! ¡Y Mariana se despedaza por los aires!

Beatriz nota la tensión de Mariana. Abre el cajón de su escritorio y saca un atado de cigarrillos. Se lo ofrece. Mariana asiente, pero duda si es correcto tomar uno.

–¡Dale! ¡Lo necesitás tanto como yo!

Ambas disfrutan la primera pitada como si fuera el primer trago de agua después de una larga caminata bajo el sol. Beatriz se pone de pie y abre la ventana que da al jardín.

Afuera, el sol se despide y tiñe el cielo de un color ocre, salpicado, de vez en cuando, por manchones de nubes grises. Hay una brisa suave y un silencio que sólo trasmite paz. Ambas están pensando que desearían estar en otro lugar. Cada una con su propia elección. una en soledad y otra rodeada de la compañía que perdió. Pero ambas lejos, muy lejos de ese lugar.

Beatriz voltea luego de unos instantes y mira a Mariana. un pensamiento ha cruzado por su mente perturbando la calma.

–¿Creés que Ulises puede ser peligroso? ¿que puede intentar hacerle daño a Lucía?

Mariana abre la boca para contestar, pero le gana la duda.

–No lo sé, todavía no lo sé...

XXIV

Mariana entra desesperada a la habitación de Ulises. La cama está aún tendida, la puerta del baño abierta y él no está ahí. Piensa unos instantes y sale de prisa rumbo a la sala de visita. Los pasillos están desiertos, es de noche y a esa hora todos duermen.

Laura está tras el mostrador. Se asombra al verla llegar.

-¡Mariana! ¿qué haces acá a esta hora?

-Esquivel... ¿Lo viste a Esquivel?

-¿qué?

-Ulises... no está en su habitación... ¿Lo viste?

Laura niega desconcertada sin entender la desesperación de Mariana.

-La habitación de Lucía... llévame a la habitación de Lucía.

Mariana la apura con un gesto; Laura da la vuelta y sale al pasillo con paso apresurado para guiar a Mariana. Después de recorrer un pasillo, que pareció interminable, Laura al fin le señala una puerta. Mariana la aparta y se adelanta.

Abre con ímpetu la puerta y su mayor temor se confirma.

Lucía está tirada en el suelo, con la cabeza toda ensangrentada e inclinada con la vista en dirección a la puerta. Sus ojos, inmóviles y yertos, parecen acusar a Mariana.

Ulises está sentado en el piso junto a ella. Completamente calmado. Recostando su espalda contra el borde de la cama. una de sus manos está cubierta de sangre, apoyada sobre su rodilla flexionada. La otra, también teñida de un brillante carmesí, sostiene un cigarrillo. Sin asombro al ver entrar a Mariana, sonrío y deja salir una bocanada plateada que envuelve la satisfacción de su rostro.

-¿¡qué hiciste, Ulises!?! -grita Mariana desgarrada.

-Yo quería matar, ella quería morir y vos no hiciste nada por salvarnos a ninguno de los dos...

Mariana se despierta sobresaltada, agitada por el miedo y la realidad extrema de su pesadilla. Su psiquis le ha devuelto, reflejado en un macabro sueño, los peores miedos que estuvo desmembrando antes de dormir.

Definitivamente necesitaba hablar con Ulises y dilucidar, de una vez por todas, quién era él. qué había detrás de sus sueños y sus deseos; si había tenido algo que ver con la muerte de su hermana; qué escondía en su sombrío interior, sobre todo, quién era ese hombre que tanto la atraía y del que no podía librarse.

Volver a dormir era imposible. una sensación amarga y escalofriante le recorría el cuerpo.

Lo pensó varias veces, pero al fin cedió a su necesidad irrefrenable de saber que, en *Alpha*, todo estaba bajo control.

Tomó el teléfono y llamó a la clínica. Marcó el interno de enfermería y, cuando escuchó la voz de Laura al otro lado de la línea, se le erizó la piel.

-Buenas noches, Laura -del otro lado la sorpresa de escuchar a esas horas que un profesional llamara fue mayor- Sí, soy Mariana Echeverry. Necesito pedirte un favor. Sé que va a sonarte extraño, pero algo de la sesión de hoy me dejó bastante inquieta. ¿Podrías chequear que Esquivel esté en su habitación?

-No puede estar en otro lugar. Se le aplicó la medicación para que duerma toda la noche.

-Aun así... ¿Podrías chequearlo, por favor? Yo te vuelvo a llamar en cinco minutos... ¡Gracias, Laura!

Mariana colgó el teléfono y quedó mirando el aparato unos instantes, refregándose las manos con nerviosismo.

-¡Por favor que esté ahí!... ¡Por favor que esté ahí! -se repite a sí misma.

Cinco minutos de intriga eran demasiados. Se levantó y fue hasta el living, se sirvió un vaso de agua y encendió un cigarrillo.

En su mente aún reaparecía la imagen de Lucía, tirada sin vida en el piso de la habitación, y la frialdad en el rostro de Ulises.

Sus palabras... aquella mirada culpándola a ella de todo. ¿En verdad no lo estaba ayudando?

Volvió a rogar que todo estuviera bien, que su pesadilla haya sido simplemente un macabro sueño y nada más.

Cuando terminó de fumar su cigarrillo, se dirigió otra vez al teléfono. Marcó el interno de enfermería. Escuchó como sonaba. una vez, dos, tres...

-¡Atendé Laura... ¡Atendé! -seguía sonando y nada. Colgó. quizás debería darle más tiempo.

Caminó inquieta por toda la casa. Fue al baño, se lavó la cara. La imagen que le devolvía el espejo era realmente patética. Parecía una mujer mayor y su inquietud le daba un aspecto desquiciado.

Salió del baño. Tomó otro cigarrillo e inmediatamente descartó la posibilidad de encenderlo. Aún sentía el asqueo en el estómago que le había dejado el anterior. Terminó de un trago lo que quedaba del vaso de agua.

No aguantó más y volvió al teléfono. Llamaba. una... dos...

-¡Dios! ¡Laura! ¡¿Dónde mierda te metiste?! -del otro lado de la línea el timbre continuaba sonando.

Cortó. Se estaba volviendo loca. Volvía a reflejarse en sus ojos aquel color carmesí brillante de las manos de Ulises.

Decidió que no podía esperar más. Se vestiría e iría hasta la clínica que estaba sólo a un par de cuadras de allí.

Fue a su habitación. Se sacó el pijama y, cuando estaba subiéndose el primer jean que encontró a mano, el ruido del teléfono la sobresaltó.

Corrió hacia él y se golpeó el pie. Hecha un mar de insultos y con un dolor punzante atendió.

-¿Laura?

-Sí, Mariana. Soy yo.

-¿Por qué tardaste tanto?

-No va a imaginarse lo que me encontré cuando entré a la habitación.

A Mariana se le heló la sangre. Cerró los ojos. No sabía si estaba lista para escuchar lo

que Laura iba a decirle. Permaneció atrapada en la seguridad de su silencio.

-¿Hola?... ¿Sigue ahí?

-Sí... sigo aquí... -las manos de Mariana temblaban.

-¡Abro la puerta de la habitación de Ulises y me encuentro con que él y la nuevaestán muy acurrucados durmiendo juntos! ¡Te imaginás que los desperté a los gritos! Levanté a la mocosa del brazo y la llevé casi en el aire hasta su habitación. Le avisé al enfermero, que hace las rondas, que los vigile. ¡Lo único que nos falta!... porque estos no tienen cabeza ni para cuidarse -Mariana estaba paralizada. No podía entender lo que acababa de oír- ¡usted se la vio venir! ¿No?... ¡Menos mal que avisó! Si llega a caer Tominsky se arma la podrida.

-¡Sí! -responde titubeante Mariana- Me imaginé que algo así podía pasar, miente.

-quédese tranquila que entre Eugenio y yo los vamos a tener vigilados.

-Te lo agradezco.

-¡que descanse, Doc! Todavía le quedan un par de horas. ¡Aproveche!

-Sí... Sí... gracias.

Mariana cuelga y su vista se pierde en la nada. Hay un sentimiento de alivio en ella pero, a la vez, uno de enojo que no puede descifrar. Entre su sorpresa y su decepción se tumba en la cama, con su jean desabrochado, y se queda mirando al techo, tratando de entender todo lo que estaba pasándole.

XXV

Con la ansiedad desbordándole por los poros, Mariana espera impaciente, en su consultorio, que el reloj marque las 10:00 am y que, por fin, Ulises llegue a darle todas esas respuestas que tanto necesita.

Afortunadamente su presencia no se hace esperar y llega.

Él también parece ansioso por empezar la sesión. Entra solo, sin el acompañamiento del enfermero. Le ha ganado el paso y cierra la puerta tras él con rapidez.

Mariana está sentada en su silla y lo mira con severidad. Él está con el semblante relajado y se sienta mirándola directo a los ojos.

-Podrías haber golpeado.

-No hay formalismos entre nosotros.

-¡Te equivocás! Y no se trata de un formalismo sino de educación y respeto. Y yo creo que me lo merezco -Ulises se sonríe pícaro- ¿qué pasa? ¿Vos no considerarás que sea así?

Él levanta las manos pidiendo tregua.

-Tenés razón, te pido disculpas, tendría que haber golpeado. Simplemente vengo queriendo zafarme del hostigamiento del que sufro desde ayer a la noche. No me dejan solo ni a sol ni a sombra.

-Ya veo... ¿Y tenés idea de por qué? -Ulises vuelve a sonreír.

-Supongo que no quieren que socialice con otros internos.

-¿Socializar? Por lo que me informaron hacías algo más que socializar.

-Pero ¡cómo vuelan las noticias! ¿qué pasa? ¿Estás celosa?

-En esta institución hay reglas, Ulises. Reglas hechas para cuidar la seguridad de los pacientes. Y una de ella es que no está permitido el contacto sexual entre internos.

-¡Pero sí con el personal médico!

-Eso fue un tremendo error de mi parte. Y si no sos capaz de dejar el tema atrás, yo estoy dispuesta a abandonar el caso si considerarás que eso se interpone en el avance de la terapia.

Ulises niega con la cabeza.

-¿Por qué crees que tuve sexo con ella?

-Yo no dije eso.

-Pero lo pensás.

-¿Cómo sabes lo que pienso?

-Preguntame... -¿qué cosa?

-Si tuve sexo con Lucía. ¡Preguntame...!

-No es relevante para mí.

-Pero para mí sí y yo quiero que me lo preguntes.

Mariana suspira; sabe que Ulises quiere meterla en un terreno en el que ella no quiere

entrar.

-Ulises... ¿Tuviste relaciones sexuales con Lucía?) -No.

-Pero sí durmieron juntos.

-Podría decirse.

-¿Podría decirse?

-Sí. Pero yo no la invité. Ella se escabullo mientras yo dormía -Mariana lo mira incrédulo.

-¿No me creés?

-No tengo por qué dudar de tu palabra.

-¿Y te molesta?

-¿qué cosa, Ulises?

-que haya dormido con ella.

-Lo que me molesta es que los pacientes rompan las reglas.

Puede ser peligroso.

-Tenías miedo que la mate.

Mariana se queda mirándolo fijo. Siente que él puede meterse en su interior y navegar en él a su antojo.

-¿Pensaste en matarla?

-No.

-¿Puedo preguntarte por qué?

-No sé... ella no despierta eso en mí.

-¿Y qué despierta?

-¿Lo pregunta la profesional o la mujer?

-¡Basta de jueguitos, Ulises! ¡Necesito que avancemos! ¿No querés salir de acá? -él asiente- Bueno... para salir de acá necesitas avanzar con la terapia, descubrir qué es lo que te pasa, el por qué de tus sueños y tus impulsos.

-¡Nada!... -la interrumpe- ¡Lucía no me despierta nada!... Bueno... avancemos entonces...

Mariana lo mira fijo. Trata de adivinar cuáles son sus intenciones, pero está desconcertada. Se frota la cara y suspira. Está agotada y nerviosa. Abre su cuaderno de anotaciones y busca las notas de la última sesión.

-¿qué te parece si retomamos el punto de tus pesadillas? Donde me decís que sentís que Cecilia aparece y te reprocha, que no te deja. -Ulises cambia su actitud. El simple hecho de escuchar el nombre de su hermana lo vuelve frágil- ¿qué pensás de la posibilidad que te planteé ayer? ¿De que sus apariciones tengan otro significado?... Ulises se encoje de hombros. Mariana lo observa pensativa.

-No lo sé.

-¿Cómo era tu relación con ella? ¿Cómo se llevaban, Ulises?... -Ulises, sin hacer contacto visual, se encoje de hombros- ¿Eran unidos?

Él contesta distante e inexpresivo.

-Lo normal, supongo. Como cualquier par de hermanos.

-¿La querías?

Los ojos de Ulises se empañan. Su mentón tiembla. Respira hondo, contesta en un

susurro y sus palabras caen lentas y acompañan a la lágrima que rueda por su mejilla.

-Sí... Mucho.

Mariana traga saliva y respira para hacer retroceder al agua salada que amenaza con desbordar de sus ojos.

-¿La cuidabas? Ulises seca sus lágrimas. Su tono se vuelve duro.

-Evidentemente, no lo suficiente. De lo contrario, ella estaría viva.

-¿Te sentís culpable de su muerte? -Ulises queda en silencio con la vista puesta en sus manos. Estas descansan sobre sus piernas. Están entrelazadas y su pulgar frota con insistencia a su par opuesto. Viendo que no obtendrá respuesta, Mariana sigue- ¿qué recordás de la última vez que la viste con vida?... -Ulises suspira hondo con actitud evasiva. -Me ayudaría muchísimo que hicieras un esfuerzo y que hables...

-No sé... todo es confuso. Las imágenes se me mezclan... a la madrugada, mi papá me despertó llorando... mi mamá, arrodillada en la cocina, rezando y gimiendo...

-Eso que me contás parece ser después de su muerte... -Ulises está confundido y se nota que siente un profundo dolor al recordar aquel momento- ¿Ulises?

-Sí... Sí... Después... creo... no sé... peleamos...

Mariana abre los ojos con sorpresa y todos sus dotes de analista se ponen en alerta.

-¿Pelearon? ¿Cecilia y vos?

Ulises llora; sus lágrimas, incesantes, brotan de sus ojos. Está completamente inmóvil. Su mirada permanece en sus manos y el único movimiento proviene de su pulgar.

-Creo... Me gritó que saliera...

-¿que salieras?... -Ulises asiente- ¿que salieras de dónde?

Las pupilas de Ulises rebotan de un lado al otro. Parece desesperarse.

-No sé... no me acuerdo... Ulises se angustia; su respiración se agita. Mariana trata de calmarlo.

-Tranquilo, Ulises... está bien... ¡Tranquilo! Respirá hondo... tranquilo... no pasa nada.

Mariana se pone de pie, sirve un vaso de agua y se lo ofrece.

Ulises lo toma. Con lentitud recupera la calma. Ella camina por el consultorio, pensativa.

-¿Te acordás algo de ese día?

-No.

-Creés que haya podido pasar algo ese día que te hizo enfadar con ella?

Ulises levanta la vista y la mira asustado.

-¿Por qué me lo preguntás?

-Es simplemente una pregunta.

-¿Cuál es la verdadera pregunta?

-Ulises... yo estoy acá para ayudarte, para colaborar con vos y guiarte para que juntos podamos reconstruir lo que pasó. De donde viene esta angustia, estas pesadillas y esos deseos de castigar mujeres... -Mariana respira hondo y, con tono suave, por fin se anima a preguntarle- Ulises... ¿tenés algo que ver con la muerte de tu hermana?

Ulises mira al suelo y sus pupilas bailan en desesperación.

-¿Creés que yo...? ¿Vos pensás que yo pude...?

-¿qué es lo que creés vos?

-¡No! ¡Yo no!... ¡Yo no pude!... ¡Yo la adoraba!

-Vamos a ir con calma, tranquilo. Simplemente tenés que pensar en ese día y...

-¡Pero yo no recuerdo nada de ese día!... ¿Por qué no puedo acordarme de nada?

-Bueno... a veces, la mente usa esos lapsos de amnesia para protegernos...

-¿Protegerme de qué? ¿Si yo no...?

El semblante de Ulises palidece repentinamente. Sus ojos suben al encuentro de los de Mariana y la expresión de espanto que le cubre el rostro hace que ella sienta escalofríos

-Su vestido... -la respiración se le agita- ella... su pierna... ¡Me gritó desesperada! ¡Me gritó que saliera!

Mariana lo contempla muda. Su respiración también se acelera; tiene miedo. Ve en él la desesperación de quien no puede recordar, pero aun así tiene miedo.

-¡Ayúdame! ¡Ayúdame, Mariana! ¡Te lo pido por favor! - Ulises es un despojo de huesos sin forma. Tiembla y llora como un niño- ¡Ayúdame a recordar si yo la maté!

XXVI

Ulises está quebrado. La posibilidad de que él haya tenido algo que ver con la muerte de su hermana lo dejó completamente desbastado. Se maldice a sí mismo por no recordar.

una y mil veces trató de reconstruir en su mente aquel día, pero cuanto más lo intenta, más borroso y confuso se le hace todo. Los días se le mezclan. Aparecen imágenes de ella mirándolo fijo, casi como lo hace en sus sueños. Parece que escucha su voz, haciendo eco en su cabeza. Le pide que se vaya.

¿Por qué? ¿De dónde? ¿Cuándo fue todo eso? Son algunas de las preguntas que le surgen, una y otra vez, en las siguientes sesiones en las que Mariana trata de ayudarlo, pero él no es capaz de responderlas.

Pero hay un detalle que le provoca escalofríos y le revuelve el estómago. Tiene miedo, pero Mariana parece ser la única capaz de ayudarlo.

-Hay algo que tengo que contarte... -le dice, varias sesiones después, con la voz quebrada- algo de lo que no me había dado cuenta hasta hoy.

-Estoy acá para eso, Ulises. Podés contarme lo que sea que necesites.

-No estoy seguro qué) significado tiene, pero ahora... ahora todo es distinto -sus ojos envueltos en lágrimas se bañan de miedo.

-Juntos podemos encontrarle un sentido -la voz de Mariana trata de provocarle confianza y transmitirle empatía.

-La primera vez que soñé, cuando toda esta oscuridad surgió en mí, fue la noche anterior a que se cumpliera un año de la muerte de Cecilia -Mariana asiente y lo arenga a continuar; tiene toda su atención puesta en cada palabra y en cada gesto de Ulises- Yo estaba como escondido... -hace una pausa y se restriega la frente haciendo un esfuerzo por recordar los detalles.

-¿Dónde estabas escondido?

-Era de noche... en la calle. Yo estaba como entre las sombras y la veía.

-¿A Cecilia?

-No. No parecía ella. Era una mujer joven, como cualquiera. La veía caminar de espaldas. Recuerdo sentir la necesidad de poseerla...

-¿Sexualmente?

-Sí, supongo... se contorneaba, estaba como seduciéndome.

-¿Ella te veía?

-No. Ella caminaba. Pero yo sentía que me estaba provocando, jugando con su pelo y con sus curvas. El ruido de los tacos en la vereda, repiqueteando en mis oídos... todo me llamaba. Sentí el impulso de atacarla. Y lo hice. La tomé por sorpresa. Ella se resistió. Logré tirarla al suelo y quedé sobre ella. Se le desgarró el vestido y pude ver la redondez de su pecho desnudo. Sentir su olor. Y, entonces... -la respiración de Ulises se vuelve frenética.

-Tranquilo, estamos en el consultorio, sólo me estás contando un sueño. Respirá con

calma –Ulises intenta relajarse. Las lágrimas brotan de sus ojos cerrados. Mariana ve ante sus ojos a un joven indefenso debatiéndose en una lucha interna que lo desarma por dentro, pero ella necesita que continúe. Con su voz lo más serena posible lo invita a seguir–
¿Entonces, Ulises?... ¿qué pasó?

–Dejó de luchar... Fue como si esa mujer se transformara en mi hermana. Era su rostro y sus ojos que me miraban con dolor. Me reconocía, leía mis intenciones inmundas. Y yo, yo... tomé su cabeza y desaté mi ira sobre ella, golpeándola contra el asfalto, sin poder parar. Sentí como sus huesos se rompían entre mis manos. ¡Yo la maté! ¡Yo lo hice!

Mariana siente un hilo de sudor frío que le recorre de punta a punta la espalda. Él llora desconsoladamente y ella no sabe si aquello fue una confesión o un delirio.

-¿Ulises... ¿Esto que me estás contando es un sueño? -él asiente con la cabeza- ¿Estás seguro de eso?

-Sí. Todavía siento el miedo que sentí esa noche al despertar. Empapado de sudor, temblando. Encendí la luz y vi su fotografía. Ahí estaba de nuevo, mirándome- el llanto no cesa y Mariana sigue envuelta en dudas.

-¿Y qué es eso que decís que no habías notado hasta hoy?

-El vestido que llevaba en el sueño, es el mismo que recuerdo de ese día.

-¿Decís que era el que llevaba puesto el día que la asesinaron? -Ulises asiente.

-Pero la encontraron sin ropa -su llanto se intensifica- nunca encontraron nada. La policía dice que el asesino debió llevársela.

-Ulises, ¿Vos fuiste al lugar en donde apareció tu hermana?

-No esa noche; no tuve el valor de verla. Fue mi padre quien la reconoció. Pero sí después. Mil veces entré en ese baldío tratando de encontrar un por qué.

-¿Y ese lugar es como el de tu sueño?

-¡No! En mi sueño es una calle cualquiera, que ni siquiera sé si conozco. El baldío donde apareció está a pocas cuadras de casa... jugábamos ahí cuando éramos chicos... pasábamos horas en él. A veces nos acompañaba mi madre y se sentaba a leer su biblia mientras nosotros nos trepábamos a los árboles y corríamos por todos lados. Era como un parque de juegos. Los pibes del barrio también lo usaban para jugar a la pelota. Entre los vecinos se turnaban para cortar el pasto y emprolijarlo. Después todos crecimos y la gente dejó de ocuparse.

Mariana permanece en silencio y pensativa. Lo observa con detenimiento. Luego de unos momentos le pregunta.

-¿Y en el resto de los sueños? ¿También era ella?

-No. Los otros sueños fueron diferentes. Ella aparecía y me miraba, con sus ojos fijos, despreciando lo que estaba haciendo.

-¿Deteniéndote?

-No sé, pero cuando aparece yo no puedo continuar. Me paralizó ante sus ojos.

-¿Y con la chica de la facultad? ¿qué pasó con ella? -al fin Mariana podía mencionar el tema.

-Supongo que quise hacer realidad aquellos sueños; sentir el placer que sentía al castigarlas.

-Y a esta chica... ¿Por qué la querías castigar?... ¿qué fue lo que hizo?

-No sé... La escuché hablar con unos pibes... me hizo enojar.

-¿que hablara con ellos te molestó?

-La forma en la que hablaba, como los provocaba, como jugaba con ellos...

-Entonces decidiste castigarla por eso... -Sí... supongo que sí.

-¿Y qué pasó? ¿Te arrepentiste?

-No... no... yo tenía claro lo que iba a hacer. Pero... otra vez, ella... -gime; recordar le duele en las entrañas -¿Cecilia?

-¡Sí! De golpe vi su cara en la de ella y me asusté. Fue tan real que me asusté.

-¿Y la chica escapó? -Ulises asiente.

-Estoy enloqueciendo... ¡No puedo más! -se tapa la cara con las manos y trata de barrer con ellas el torbellino de lágrimas que no cesa. Luego de unos momentos, levanta su cara y ve que Mariana lo mira fijo. No hay espanto en su expresión, ni enojo, ni pena. Simplemente lo mira.

-¿qué pensás?

-Pienso en Cecilia.

-¿En si yo la maté?

-No. Pienso en lo que trata de decir. Me pregunto... ¿qué es lo que intenta decirte?

-¡Me culpa, supongo!

-El otro día, mientras hablabas de tus sueños, dijiste algo muy importante.

-¿qué?

-Dijiste que ella no te deja. que sentís que aparece antes de que las mates. Y sus ojos, su presencia no te dejan continuar.

-No entiendo... ¿A qué te referís?

-¡A eso, precisamente! No te está dejando llevar a cabo tus deseos de matar, ni en tus sueños, ni en la realidad -Ulises suspira y queda abstraído en sus pensamientos. Repasa sus sueños, sus alucinaciones y la misma noche que intentó atacar a la joven de la universidad y se da cuenta que quizás Mariana tiene razón.

-Puede ser... Pero qué hay del primer sueño donde la mato a ella. Ella lo permite.

-¿Lo permite o te muestra? -Ulises se pone blanco como si la sangre hubiese abandonado por completo su rostro.

-¿Me muestra como yo la maté? -espantado se tapa la boca como si las palabras que acaba de pronunciar le dieran nauseas.

-Yo no dije eso.

-¿Pero no estás segura si yo lo hice?

-¿Vos creés que lo hiciste?

-No... no sé... no lo sé.

-Bueno... existe una forma de averiguarlo -Ulises la mira aterrado.

-Para eso tenés que confiar en mí y estar totalmente dispuesto.

-Pero...

-¿Realmente querés saber lo qué pasó?

-Sí.

-¿Confiás en mí?

-Sí... pero como... -¿Confiás en mí, Ulises?

-¡Sí!

-¡Entonces vamos a intentar algo en la próxima sesión! ¡Vamos a descubrirlo juntos!

Por primera vez en mucho tiempo, Ulises siente que no está solo.

A la mañana siguiente, durante una nueva sesión, Mariana se enfrenta a la difícil tarea de llegar a lo más profundo de Ulises. La necesidad imperiosa que tiene por conocer la verdad acerca de su hermana es el arma que Mariana tiene a su favor, pero en contra le juega la personalidad recia y la desconfianza de Ulises.

-Ahora necesito que te relajes, que trates de estar lo más tranquilo posible. Yo te voy a

explicar absolutamente todo. Lo que más necesito es tu tranquilidad y tu confianza –le dice ella, invitándolo a dejarse llevar.

–Pero ¿qué es exactamente lo que vamos a hacer?

–quiero que intentemos algo... –el desconcierto de Ulises crece¿Escuchaste hablar de la terapia por hipnosis? Ulises frunce el ceño.

–¿No me digas que querés hipnotizarme?

Mariana se acerca a él, se sienta en el borde del escritorio y endulza su voz.

–En ocasiones, la mente nos oculta vivencias o momentos de nuestra vida para protegernos. Es un mecanismo de defensa. Lo que hace la hipnosis es abrir esas puertas que cerramos sin ser conscientes de eso –Ulises niega con la cabeza y se desanima.

–¡Es ridículo! La magia no va a ayudarme.

–Ulises... esto no se trata de magia. Es un método científico que, bien utilizado, puede ser de mucha ayuda. Yo estudié para poder hacerlo.

–No sé... no creo en esas cosas...

–¿Confiás en mí?... Ulises asiente.

–Sí, pero...

–¿Sabés que quiero ayudarte?

–Sí.

–Dejame intentarlo entonces... Te explico cómo es el proceso y hacemos una pequeña prueba para ver si funciona... ¿Te parece?... –Ulises no se siente para nada atraído por la invitación de Mariana.

XXVII

Mariana necesitó cuatro sesiones, armarse de mucha paciencia, ser víctima de burlas, enojos y hasta portazos de Ulises, tras abandonar furioso el consultorio, para llegar a la calma y la buena predisposición de este nuevo intento. Varias veces estuvo a punto de conseguir que él se distendiera lo necesario para llevar a cabo la inducción, pero, por alguna cosa o por otra, siempre se rompía el clima y todo terminaba en la nada.

Esta vez, ambos habían pactado hacer el mayor esfuerzo posible para mantenerse enfocados y lograr conectarse.

Ulises la mira fijo a los ojos. Las pupilas de ambos se encuentran.

Él está sentado cómodamente sobre un pequeño sillón que Mariana hizo traer específicamente de la sala de visitas. Sus brazos descansan sobre sus piernas y sus manos se entrelazan sobre sus muslos. Mariana está sentada en una silla, frente suyo, con las piernas cruzadas, apenas a un metro de distancia. Las luces del consultorio están apagadas. Sólo una pequeña lámpara en el escritorio dibuja un resplandor amarillento sobre Ulises. La tenue luz acaricia también, con sutileza, el rostro de Mariana. Ella, con la voz suave y lenta, lo arrulla con su tono relajado y bajo.

–Ulises, ahora quiero que cierres los ojos... tranquilo. que respires hondo... –él sigue sus instrucciones– Otra vez... ¡Muy bien! quiero que te relajes, que sientas como los músculos de tu cuerpo se aflojan sobre el sillón y esta relajación te hace sentir a gusto –el rostro de Ulises se descontractura al ritmo de las palabras que Mariana dice con suavidad, en un tono dulce y casi melodiosamente rítmico– Respirás hondo una vez más... notás como el pecho se te llena de aire y exhalás y, cuando lo haces, sentís que la angustia que tenías adentro sale con el aire. Muy bien... Volvés a inspirar hondo... despacio... y sentís como vas renovando tu energía. Es una sensación agradable, que te colma de paz y te despeja la mente. El tono de mi voz se acompasa a tu respiración y te relajás completamente. Ahora, sin soltar esa sensación agradable, quiero que pienses en un lugar tranquilo, sereno; en un lugar que te guste mucho y te llene de paz. quiero que sientas que tu cuerpo lentamente se transporta a ese lugar. Y vas sintiendo ese aroma familiar, que te llena los sentidos. Ese aroma conocido te relaja aún más y te agrada estar ahí... –Mariana hace una pausa y confirma que Ulises está siguiendo su ritmo. Lo ve relajarse y ella sincroniza su respiración con la de él. Ambos inhalan y exhalan profundamente. Sólo se escucha el sonido del resoplar del aire acompasado de ambos. Ella continúa– Estas ahí, en ese lugar donde te sentís feliz y sereno; lo podés ver, cada espacio, cada detalle, cada cosa que te gusta. Respirá hondo, una vez más... y sin abrir los ojos, vas a contarme, despacio y con voz suave, dónde estás.

Ulises, con la voz serena, da la pauta de que ha logrado conectarse con su propio interior.

–En la playa...

–Muy bien. Estás en la playa... Seguí visualizando... respirá hondo... vas a sentir los

ruidos del mar... la brisa que recorre tu cuerpo...

Y ahora vas a decime... ¿qué estás haciendo?...

-Estoy caminando por la orilla...

-Estás caminando por la orilla, sentís la arena húmeda en tus pies... ¿Y es de día o es de noche?

-De día.

-Es de día... ¿Y cómo está el día? Ulises agrega placer en su tono de su voz y su boca parece amargar una sonrisa.

-¡Hermoso! Está soleado, pero no hace demasiado calor. Hay un viento suave...

-Vas a llenarte de esa sensación de paz... Dejá que cubra todo tu ser... Respirá hondo y, suavemente, cuando vos estés preparado... vas a abrir los ojos muy lentamente y vas a volver acá, al consultorio, donde yo te estoy esperando, trayendo con vos esa paz. No dejes de respirar... tomate tu tiempo... yo estoy acá.

Ulises tarda unos momentos, inhala y exhala lento, como si estuviese llenando su pecho de ese aire puro que imagina. Después abre muy lentamente los ojos y una expresión de paz recorre su rostro y su cuerpo no indica una sola muestra de tensión.

-¿Cómo te sentís? -ella continúa hablándole con la misma suavidad.

-Bien -la mira y ladea un poco la cabeza, algo sorprendido, pero a gusto- ¡Me hiciste viajar! -ella sonrío dulcemente.

-¿Estás relajado?

-Sí.

-Muy bien. ¿querés que lo intentemos de nuevo?

-Sí.

-Bien. Ahora cerrá los ojos otra vez... tranquilo... respirá bien profundo. El tono de mi voz se acompasa nuevamente a tu respiración y te relajás completamente. Sin soltar esa sensación agradable, esa de la que te llenaste, de la que bañaste tu cuerpo, vas a dejarte llevar por mi voz una vez más. Respirás hondo y ahora quiero que pienses en un momento en el que fuiste feliz con tu hermana. Relajate... respirá y buscá tranquilo ese recuerdo. Está en tu mente... con la paz que sentís lo vas a buscar... Cuando lo encuentres... recorrello, despacio... volvé a sentir los aromas, las sensaciones, disfrutalo y, con esa alegría que te provoca ese momento, vas a empezar, cuando te sientas cómodo, a describirme lo que estás viendo. -Ulises respira hondo y el movimiento se refleja en su pecho. Su expresión es tranquila. Parece dormido-Contáme Ulises... ¿qué ves?

-Estamos bailando... su fiesta de quince.

-¿Cómo está ella? Ulises se sonrío.

-¡Radiante! ¡Hermosa! -¿Y vos cómo estás?

-Feliz, nos reímos...

-Muy bien, Ulises... quedate ahí unos segundos más, sintiendo la felicidad de ese momento y... otra vez... despacio, vas a volver al consultorio donde te espero... abrí los ojos. Así... -Ulises abre los ojos y su sonrisa le adorna los labios. -No pierdas esa sensación de bienestar. Respirá hondo y volvé a cerrarlos. Estás tranquilo y sereno. Estás bien. Ahora quiero que te pares desde afuera y te veas a vos mismo... desde lejos... como si fueras el

espectador de un cine. quiero que busques otra vez a Cecilia. Pero ahora, quiero que te remontes a ese último día... Respirá hondo... quiero que la veas... Desde afuera... Vos estás a salvo... nada te puede hacer daño... Sólo vas a mirar. Buscala... llevás con voz la paz anterior: sin miedo, buscala... cuando la encuentres, respirá hondo y, suavemente, contame qué ves...

En la mente de Ulises se abre el portal de un pasado no demasiado lejano. Puede verlo todo claramente. Con cada detalle, cada lugar. Hay olores familiares, ruidos. Hay una puerta blanca, entreabierta unos centímetros. Ulises está parado frente a ella.

Es la habitación de su hermana. Su mano abre con lentitud la puerta, puede ver la habitación completa, tal cual es. Baja la vista y ve a Alfredo tumbado sobre la cama de Cecilia.

Entre su cuerpo asoman partes del vestido de su hermana, ese que él reconoce. Es de una tela blanca estampada con pequeñas flores en un tono celeste pastel. Ve una de las piernas de Cecilia asomar entre las de Alfredo y nota que ejerce resistencia contra el peso del cuerpo de su padre. Puede oír sollozos de mujer. Son de Cecilia... Oye su voz desesperada.

-¡Salí! ¡Salí! ¡Por favor, no!

La respiración de Ulises se agita. Mariana entra en alerta.

-¡No! ¡No quiero! -gime él con su voz llena de angustia.

-Tranquilo, estás a salvo, nada puede hacerte daño. Respirá hondo. Decime lo que ves.

-La puerta blanca... está entreabierta unos centímetros-su voz tiembla como la de un niño asustado

-Podés entrar... -le dice Mariana con suavidad- Nadie puede tocarte, estás a salvo... Contame qué ves.

-Estoy parado otra vez frente a la puerta del cuarto de Cecilia.

El aire del consultorio se vuelve intenso y angustiante. Se escucha un sollozo. Ulises logra meterse nuevamente en sus recuerdos.

Tiene miedo, pero abre la puerta muy lentamente. La habitación de Cecilia está decorada, ahora, con motivos infantiles. En el borde de la cama, sentado, está su padre, de espaldas a la puerta, con el torso desnudo y con las manos bajo las sábanas.

Detrás de él asoma el cabello ensortijado de Cecilia, pero esta vez es apenas una niña. Los sollozos de la inocencia de Cecilia se intensifican cuando él mueve sus manos.

Ulises grita desgarradoramente y abre los ojos envuelto en sudor y lágrimas.

-¡Noooo!

XXVIII

En una habitación blanca e impoluta, dos enfermeros terminan de sujetar las cinchas que amarran a Ulises a una cama. Está sujeto por las muñecas y por los tobillos. Boca arriba, con los brazos a ambos lados del cuerpo. Sus piernas abiertas dibujan una "V".

Nada parece quedar de la fuerza y la ira con la que Ulises arremetió hace unos instantes. El despertar de su inducción no fue como Mariana esperaba. Lo que vio lo trastornó profundamente y no pudo más que arremeter con todas sus fuerzas contra los pocos muebles del consultorio de Mariana. Como una bestia salvaje, destruyó todo a su paso. Dando golpes y patadas, dejó salir la indignación y el espanto que corría por sus venas.

Mariana no fue capaz de controlarlo. Él estaba demasiado enceguecido en su violencia y en su dolor. Pasmada y llena de miedo, lo vio destruir por completo, todo cuanto tenía a su alcance. Por un segundo pensó que la atacaría también, pero la rápida intervención del personal logró dominarlo. Fue necesario aplicarle una dosis grande de calmante para que la violencia de su fornido cuerpo cediera.

Ahora parecía que aquellas emociones habían abandonado su cuerpo o, al menos, estaban aletargadas bajo los efectos de la medicación.

Permanece ahí, dormido, con la boca entreabierta e inconsciente. Le han quitado la ropa y sólo lleva puesto un camisolín blanco. Tumbado en esa cama, amarrado para que al despertar no pueda hacerse daño, está sólo lo que queda de él. Su cara no refleja expresión alguna, aunque en su interior su corazón sangre de tristeza.

Desde la puerta, recostada contra el marco que separa la habitación del pasillo, y aún con todo su cuerpo temblando, Mariana lo observa angustiada. Se siente terriblemente culpable.

Beatriz llega y se asoma tras ella, mirando con gesto severo hacia la camilla. Cuando la mira a Mariana no puede evitar agravar su expresión. Comienza a andar con paso firme por el pasillo y deja salir su voz ronca, elevando demasiado el tono para remarcar la severidad de su llamado.

–¡Echeverry, vení ya mismo a mi despacho!

Mariana cierra los ojos, suspira resignada y la sigue.

Beatriz y Mariana están sentadas en el escritorio, frente a frente, sin mirarse. Beatriz está visiblemente molesta y Mariana desbordante de nervios. Sabe que le espera un sermón interminable y no está segura de poder soportar la culpa que ya siente sumada a la presión a la que su jefa va a someterla.

Beatriz revuelve fastidiada los papeles desordenados que hay sobre su escritorio. Bufo molesta. Luego abre el primer cajón del escritorio y por fin encuentra lo que busca. Saca un paquete de cigarrillos, un encendedor y un cenicero. Hace un movimiento para que un cigarrillo se asome del paquete, lo pone entre sus labios y lo saca. Sin mirarla le ofrece el paquete a Mariana. Ella duda. Al notar que tarda, Beatriz le ofrece nuevamente el paquete

con firmeza como obligándola a tomar uno. Mariana lo hace. Beatriz enciende el suyo sin decir una sola palabra y le ofrece fuego. Mientras la llama se irgue titubeante entre los dedos de Beatriz, los de Mariana sostienen temblorosos el cigarrillo.

La atmósfera densa de la habitación, aumenta; se espesa con el humo de ambos cigarrillos. Beatriz exhala una bocanada gris, interminable, que se ondea entre sus palabras.

–Decime... ¿Cómo carajo se te ocurrió hacer algo así?... –Mariana se frota la frente con los dedos de la mano que tiene libre. Los otros dos, de la mano contraria, sujetan como pueden el cigarrillo que parece tiritar de miedo– ¡Si sabías que el paciente estaba inestable, que era peligroso! ¿Cómo lo sometés a algo tan intenso?

–No me imagine que...

Beatriz la interrumpe exaltada.

–¿qué? ¿qué ibas a provocar un desequilibrio emocional violento? ¿qué se iba a brotar como lo hizo? ¿Y qué iba a destruir toda tu oficina? Agradecé que los enfermeros entraron a tiempo. ¡Te podría haber matado!

–Él no me haría daño, Beatriz. Ni a mí ni a nadie.

–¿Cómo podés estar tan segura? Hasta hace unos días lo creías capaz de matar a su hermana. ¿No ves lo que estás haciendo? ¡Lo estás poniendo en peligro! ¡A él y a vos! Seguís parada, casi, en el mismo lugar que cuando empezaste a tratarlo. Es un caso muy complejo. Y yo ya no sé qué pensar.

Mariana niega con la cabeza, indignada.

–¡Es una víctima, Beatriz! Ahora lo veo claro. ¡Por eso hablaba así de las mujeres, por eso las culpa, por eso las quiere castigar! ¿No te das cuenta? Culpa a su hermana de provocar el abuso de su padre. Es su manera de tapar la realidad de que su padre es un monstruo, ahora que ella ya no está.

Beatriz deja escapar toda su ironía.

–¡Bueno, viéndolo así, me acabás de dar el móvil perfecto para un crimen!

Mariana se pone de pie ofuscada. Pita su cigarrillo y mueve la cabeza mientras habla de un modo que refleja su negación absoluta.

–Tengo que hacer algo. Ese hijo de puta tiene que pagar por lo que hizo. No puedo permitir que el padre se salga con la suya.

–Estás permitiendo que tus emociones te desvíen del eje. Tu tarea es tratarlo a él. Lo legal excede tu campo, por ahora. No tenés casi nada. Hay que esperar que Ulises esté estable y diga más en sesión.

–Sí ¡Tengo que encontrar la manera! Es que estaba tan fuera de sí que ni siquiera oía mi voz.

–¡Rompiste el encuadre terapéutico, Mariana! Estás involucrándote demasiado. ¿No creés que sería mejor que dejés el caso?

Mariana, suplicante y envuelta en desesperación.

–¡No, Beatriz! Todavía no... una semana te pido... ¡Dame una semana más!

–No sé, Echeverry. No creo... ¿Cómo sostengo el brote de hoy con la administración? Lo van a querer en aislamiento y a vos lejos de él.

-¡No! ¡Eso lo haría pedazos! Él confía en mí. Sólo necesito un poco más de tiempo.

Beatriz la mira fijo; el humo de su cigarrillo le dibuja el contorno ajado de su cara. Levanta su dedo índice.

-¡una semana! Y sólo si accedés a que lo mediquen más. Lo quiero tranquilo. -Mariana asiente- ¡una falta más y te suspendo, Echeverry! Olvidate de la hipnosis, de cualquier idea loca e innovadora que se te ocurra y atenete al procedimiento. ¡Estás advertida! ¿quedó claro? Te movés un centímetro fuera del protocolo y te suspendo.

Mariana asiente feliz, apaga el cigarrillo en el cenicero y se marcha. Beatriz mira fijo la puerta con un gesto serio y de clara disconformidad.

-¡En qué quilombo me voy a meter!

Los dos días que Ulises tarda en reponerse para estar listo para una sesión, a Mariana se le hicieron eternos. Está ansiosa por hablar con él.

Por fin están frente a frente. Sentada en su escritorio, con su guardapolvo blanco desabrochado y su belleza natural cubierta de un manto de seriedad, Mariana contempla con desazón el cuerpo de Ulises, atónico, sentado frente a ella.

La tristeza se evidencia en su rostro, sus ojeras violáceas enmarcan la pena de su mirada perdida y el agotamiento mental se le refleja en cada músculo de su cuerpo. Es como un animal temeroso resignado a su cautiverio. Su voz se quiebra frágil entre suspiros y lágrimas.

-Sigo sin poder entender... le doy mil vueltas en mi cabeza y no encuentro un por qué... ¿Cómo no lo vi antes? ¿Cómo no la ayudé?

-Tenés que dejar de castigarte, no tenés la culpa de lo que pasó. Tu mente trató de protegerte. La realidad es que no eras plenamente consciente de lo que pasaba. Ulises se frota la frente, como si tratara de borrar con sus manos sus pensamientos.

-¿Cómo le pudo hacer una cosa así?... y yo... yo soy un monstruo igual que él.

Mariana, indignada, lo interrumpe.

-¡No, Ulises! ¡Vos no sos como él!

-¿No? ¿Y qué era lo que estaba por hacer?... Mis deseos, mi necesidad de atacarlas... verla a ella reflejada en esas mujeres... ¿qué fue todo eso?

-Tu afán de salvarlo.

-¿Salvarlo?

-Sí, Ulises. Tu mente buscó un culpable. Por ella ya no podías hacer nada y quisiste salvarlo a él. Haciendo desaparecer las tentaciones de su camino estabas evitando que vuelva a suceder... Lo estabas protegiendo sin saberlo.

Ulises frunce el ceño y niega con la cabeza... -¡Estoy jodido! Retorcidamente jodido.

-Aunque no lo creas, y por más doloroso que parezca en este momento, diste un paso gigante hacia la recuperación, Ulises. Lo que viene a partir de ahora es el proceso de aceptación, de contemplación y de búsqueda de tus propias verdades, de encontrarte con vos mismo.

-¿Y ella?... ¿Y mi hermana, qué?

-A ella le debés, quizás, que se sepa la verdad, para que pueda descansar en paz... - Ulises la mira horrorizado. Sus palabras envuelven su cuerpo en un escalofrío que le recorre cada centímetro de la piel. Niega tal posibilidad con la cabeza. -¡Sí, Ulises! Tenés

que enfrentarlo. Tiene que pagar por todo el daño que provocó. No sólo a Cecilia, sino también a vos.

Ulises libera sus palabras en un suspiro.

-No... no puedo...

-¡Sí que podés! Tenés que enfrentarlo Ulises. Ya no podés seguir ocultándote detrás de tus miedos.

-¿Cómo?

-Como puedas, como te salga... También podés hablar con la policía y... Ulises la interrumpe con firmeza.

-¡No! Con la policía, no. Es él con quién tengo que hablar. -Mariana asiente con la cabeza. La angustia de Ulises crece y se enreda en su garganta. -No sé cómo... tengo tanta bronca... tanto dolor... ¡Tanta culpa!

-Nada de esto es tu culpa, Ulises. Para seguir adelante tenés que aceptarlo. Si no partís desde ese punto, no vas a poder avanzar. Y es normal que sientas bronca y dolor. El reto está en canalizarlos correctamente.

-¿Vos creés que fue él?

-No lo sé.

-¿También pude haber sido yo? ¿Verdad?

Ulises llora. Su hombría se quiebra y abandona su cuerpo. Parece un niño desamparado y temeroso. Mariana no puede soportar verlo deshacerse en mil partes. Se acerca, lo abraza y le acaricia la espalda. Ulises le rodea la cintura con sus brazos y, pegándose a ella con fuerza, libera sus lágrimas sobre su vientre. un aire suave y triste los envuelve. La voz de Ulises asoma quebradiza.

-¿Por qué?... ¿Por qué?...

XXIX

Sentado en su mesa de siempre, junto a la ventana, Ulises espera ansioso mirando hacia afuera, con la vista seria que se clava en la nada. Sus pies se sacuden impacientes y sus puños cerrados, sobre la mesa, contienen la fuerza de su enojo. A unos metros de él, Eugenio, el enfermero, lo vigila de pie, recostado contra una de las paredes. un poco más alejada y apoyada en el frente del mostrador de enfermería, Mariana aguarda impaciente; mira desde lejos y las náuseas que siente amenazan con hacerla vomitar en cualquier momento. Dos enfermeras trabajan detrás del mostrador; reparten píldoras en pequeños vasos de plástico y chequean listas. Solamente Ulises y Mariana saben lo que está a punto de suceder.

Alfredo llega inexpresivo, con su seriedad habitual. Saluda al pasar, esquiva la mirada acusadora de Mariana y se dirige, sin pausa, hacia donde está Ulises. Hace un gesto con la cabeza cuando pasa por al lado del enfermero y este endereza su postura al verlo. Mariana no le ha dicho por qué, pero le advirtió a Eugenio que estuviera atento a los movimientos de Ulises.

Alfredo se acerca y se detiene justo frente a su hijo, dispuesto a ocupar su lugar. Los ojos de Mariana se colman de un miedo escondido ante el inminente encuentro. Respira profundo...

La voz grave de Alfredo rompe la tensión del lugar.

-Hola, hijo... -Ulises tensa la mandíbula al escucharlo y aprieta con fuerza sus puños. Con lentitud, gira su cabeza y contempla a su padre que se sienta frente a él. En un silencio sepulcral, le clava los ojos con desprecio- ¿Cómo estás?

Los ojos de Alfredo evitan cruzarse con su mirada y examinan todo a su alrededor, menos el fuego que desborda de las pupilas de Ulises.

-Tu madre te manda saludos. Sigue sin sentirse capaz de venir a un lugar como este... - las palabras de Alfredo rebotan indiferentes en Ulises. Su mirada se llena de odio y desprecio y su boca se colma de todas esas palabras que sus labios no dejan salir. A Alfredo, el reproche mudo de Ulises le es indiferente- Me llamaron diciendo que necesitabas verme urgente ¿Pasó algo?... Ulises lo mira con fiereza y asiente lentamente con la cabeza. Su

padre levanta las cejas con interrogante impaciencia.

-¿Y?... ya estoy acá. ¿Cuál es la urgencia?

Los ojos de Ulises tiemblan y se empañan de lágrimas entre el dolor y la ira. La respiración se le agita. Mariana da unos pequeños pasos titubeantes y se acerca. La voz de Ulises, casi hecha un susurro, lanza su primer reproche.

-¿Cómo pudiste?...

Alfredo frunce el ceño desorientado. Ulises se inclina hacia el frente y en sus antebrazos se dibuja la presión que ejercen sus puños apretados. El enfermero está alerta y vigila con atención cada movimiento. Da un paso hacia delante, pero Mariana lo frena con un gesto de su mano.

-¿De qué hablás, Ulises? ¿qué te pasa ahora?

-¡Lo sé todo!... ¡Siempre lo supe!

Alfredo se retuerce con incomodidad en la silla y lo cuestiona.

-No sé de qué me hablas Ulises... ¿qué es lo que sabés? Ulises, con la voz quebrada, lo señala.

-Sé lo que le hiciste por tanto tiempo... ¿Cómo pudiste?

Alfredo, nervioso, lo increpa.

-¿De qué pelotudez estás hablando, me querés decir?

Ulises, tembloroso y con lágrimas que rebalsan de sus ojos...

-Yo te vi... Yo te encontré en su cuarto...

Alfredo mira para todos lados, se acerca a él amenazante y le habla con voz baja.

-¡Tené cuidado! -le advierte- ¿De qué mierda estás hablando?

Ulises mira al piso, por un segundo vuelve a sentirse intimidado por su padre. queda pensativo unos instantes y, liberándose de sus tormentos, sacude la cabeza y lo enfrenta.

-De Cecilia te hablo. De lo que le hacías cada vez que entrabas a su cuarto... Era tu hija... era una nena... tan chiquita... tan pura... ¡Monstruo! ¿Cómo pudiste?...

Alfredo abre los ojos horrorizado. Se pasa la mano por la cabeza. El temor lo envuelve y, nervioso, se da cuenta de que Mariana lo observa fríamente.

-¿qué te hicieron? -trata de eludir la acusación- ¡Te llenaron de drogas, te arruinaron el cerebro! ¡Estás trastornado!... ¡Desvariando!

-No, papá... estoy completamente lúcido. Por primera vez lo veo todo tan claro... ya no te tengo miedo... ¡Puedo recordarlo todo! La primera vez que te vi con ella y la última... ese día... también ese día.

Alfredo se pone de pie violentamente y levanta el tono.

-¡Estás loco! ¿qué decís? ¡Estás loco!

Ulises se incorpora y la cara se le vuelve de hielo. Mira fijo a Alfredo y se acerca a él lenta y peligrosamente. Mariana camina hacia ellos alarmada y el enfermero se apresura para sujetar a Ulises que se abalanza velozmente contra su padre y lo sujeta del cuello. Empuja su cuerpo y lo sacude contra la pared. El rostro de Ulises está bañado en furia, sus ojos penetran directamente en las pupilas grandes y temerosas de Alfredo.

Las enfermeras gritan y una de ellas, inmediatamente, toma el teléfono pidiendo personal masculino de refuerzo.

Eugenio trata con fuerza de separarlos. No lo logra. Las manos de Ulises comprimen con rudeza el cuello desprevenido de Alfredo. Mariana llega corriendo y le suplica a Ulises.

-¡Ulises! ¡Soltalo, por favor! ¡Soltalo!

-¡Fuiste vos, basura! ¡Vos la mataste!

-¡Ulises! ¡Tenés que soltarlo!

Alfredo no puede respirar, su rostro está tornándose violáceo. El enfermero sujeta a Ulises por detrás, pasando sus brazos por entre los de él y cerrando sus manos a la altura de su nuca. Con fuerza, gira y trata de inmovilizarlo. Luego de dos tirones lo arroja al suelo y logra que Ulises suelte a su padre. Cuando lo hace, Alfredo cae al suelo y su espalda queda apoyada contra la pared. una enfermera llega a auxiliarlo. Alfredo, asustado, se frota el cuello enrojecido. Mira a Mariana espantado y retrocede más contra la pared, sintiéndose amenazado. Otros dos enfermeros llegan corriendo por el pasillo y ayudan a Eugenio a

sostener a Ulises que se resiste con fuerza. Alfredo se zafa bruscamente de la enfermera que trata de socorrerlo. Se pone de pie. Camina unos pasos mirando a Mariana y a Ulises que no le despegan sus pupilas acusadoras. Su expresión destila miedo. Se pasa las manos por la cabeza, por la ropa. Trastornado, se lleva por delante una de las mesas. A punto de perder el equilibrio, se afirma y apura su paso para marcharse.

Mientras Ulises, tirado boca abajo en el piso, continúa su forcejeo, le grita descontrolado.

-¡La mataste! ¡Vos la mataste!

Mariana se agacha y trata inútilmente de calmarlo. La otra enfermera llega con una jeringa en la mano e inyecta a Ulises que, aún, intenta liberarse. Ulises grita, con su último aliento, en dirección al pasillo.

-¡Vas a pagar, hijo de puta! ¡Te juro que te voy a hacer pagar!

La fuerza de Ulises se disuelve entre los brazos del enfermero. Mariana se pone de pie lentamente y mira con los ojos llenos de asco hacia el pasillo por donde Alfredo huye con rapidez.

XXX

un haz de luz, que aumenta a medida que la puerta se abre con lentitud, llega para arañar la oscuridad absoluta de la habitación de Cecilia. Los pies de Alfredo se asoman y se detienen en el umbral.

Enciende la luz. La habitación vacía refleja la delicadeza y la femineidad de Cecilia. Alfredo recorre con sus pupilas sumergidas en una profunda tristeza cada recoveco solitario de la habitación. Da dos pequeños pasos y cierra con suavidad la puerta tras él. Suspira profundo.

Con los hombros ahuecados y el peso inmenso del dolor y la culpa que encorva su espalda, se acerca al escritorio blanco sobre el que hay tres fotografías de Cecilia. Su mano añeja y temblorosa se acerca a una de ellas. La toma con suavidad y la acerca a él. La fotografía plasma la hermosura y la juventud de Cecilia. Su sonrisa enmarca la profundidad de sus almendrados ojos verdes.

una lágrima que cae y se desarma en pequeñas gotitas de sal, bautiza el cristal. El semblante de Alfredo describe la absoluta desazón que siente en su alma. Sus dedos delinean con sutil ternura el contorno de las mejillas rozagantes de Cecilia y descienden hasta sus labios. Se frenan en ellos. Los tapa. Los dedos comienzan a ejercer tensión en el cristal. Parecen pedirle a esa voz inaudible que cese sus reproches. Le duelen los oídos al escuchar en su mente los sollozos y los reclamos de esos labios.

un súbito temblor recorre la punta de sus dedos y se expande por todo el cuerpo de Alfredo. Su respiración se agita. Sus lágrimas sutiles se transforman en ríos tempestuosos que inundan su rostro.

Alfredo devuelve, lentamente, la fotografía a su lugar. Pero aquellos ojos acusadores no dejan de mirarlo.

Da dos pasos hacia atrás y sus pies, nerviosos, comienzan a moverse dibujando círculos. Alfredo se lleva las manos a la cabeza y la desesperación invade su ser.

La tortura, que su propia conciencia le imparte, le duele en el cuerpo y en el alma. Pero el castigo no le parece suficiente. Piensa en Ulises y su vergüenza le apuñala las entrañas. Las palabras de su hijo lo aturden "*¡Vos la mataste!*" Niega vehementemente con su cabeza, pero los ojos de Cecilia lo buscan y lo encuentran... "*¡Monstruo!*" Ella también parece hacerse eco a la voz de su hermano. "*¿Cómo pudiste?*".

Mira hacia arriba... busca desesperado una salida a su tormento. Se acerca al placard de Cecilia; abre las puertas en un súbito arranque.

La ropa de su hija, prolija y ordenada, cuelga de las perchas. Alfredo la contempla, se acerca y abarca un puñado de prendas con la amplitud de sus brazos. Como si intentara abrazar lo que queda de su niña. Las acerca a él. Se funde en ellas con un abrazo y convulsiona; descarga su llanto sobre las telas multicolores. Cada prenda ejerce su fría resistencia, lo rechazan con inerte rencor. La siente a ella apartándolo una vez más. Alterado ante el rechazo, comienza a descolgarlas, una a una, con brusquedad. Las arroja en el piso frío y adquieren la forma de un cuerpo diminuto y vacío. En su mente aparece la

tumba de su hija y la imagina allí, inmóvil, fría y sin vida.

Aparta la mirada como si aquella imagen le acuchillara los ojos. Delante de él, una bufanda blanca y larga abraza el barral, anudándose al frío metal que en su arrebató ha dejado casi desnudo. Con rapidez, Alfredo deshace el nudo de la bufanda que las manos suaves y delicadas de Cecilia hicieron una vez. La tela queda entre sus manos temblorosas.

Gira, sujetándola... mira hacia arriba. El ventilador de techo que cuelga sobre la cama lo invita. ¿Será esa su salida? Se quita uno a uno los zapatos y se sube a la cama. Sostiene uno de los extremos de la bufanda y lanza el otro. La tela gira con gracia por el caño cromado que fija el ventilador al techo y cae.

Su rostro es de hielo. Levanta los talones y baraja su peso en las puntas de sus pies. Sin perder el equilibrio, toma los dos extremos de la bufanda y dibuja con ellas un nudo. Tira de la tela y comprueba la firmeza del ventilador. Luego, envuelve su cuello, dos veces, con la blancura impoluta de la tela y redibuja el nudo. Está totalmente en puntillas haciendo equilibrio para no caer.

Su mirada vuelve a encontrarse con los ojos de Cecilia que lo observan fijamente. Ella parece sonreírle ante la idea. Asintiendo, él cierra sus ojos, cubiertos en lágrimas.

-¡Perdoname, chiquita! -balbucea entre gemidos. Suspira y se deja caer con sus piernas flexionadas. un temblor... un balanceo lento. una pequeña sacudida y otra más... y el cuerpo abatido de Alfredo abandona la vida en el silencio de la solitaria habitación.

A pocos metros de allí, Carmen esta recostada en su cama, leyendo un pasaje de su libro sagrado. un sonido agudo, como el vaivén de una vieja hamaca oxidada, llama su atención. Aparta sus ojos de la lectura para escuchar mejor ¡Ahí está otra vez! Extrañada, se incorpora y da unos pasos. El sonido se vuelve más nítido.

La figura de Carmen se asoma por el pasillo, desde el marco de la puerta de su habitación. Su rostro inexpresivo se baña del resplandor amarillento de las velas que parpadean infaltables sobre el mueble de madera.

Despacio, su figura emerge desde dentro de la habitación. Sus manos, sobre el centro de su pecho, unen los lados de su bata y esconden su camisón blanco. un gesto intrigante recubre su semblante y la curiosidad la impulsa a avanzar con lentitud por el pasillo que languidece a su paso.

Es ella, ahora, la que se baña de luz con el parpadeo centellante de las velas a cada paso. Sus ojos pardos brillan en la inquietud de su desconcierto. Sus pasos se detienen frente a la puerta cerrada de la habitación de Cecilia. Su cabeza se inclina para comprobar que el sonido proviene desde dentro de la habitación. Apoya una de sus orejas para asegurarse. un escalofrío recorre su cuerpo. Piensa en su hija y voltea a mirar la fotografía que ella misma ha puesto en su honor en el altar.

Su mano titubeante se adelanta con parsimonia hasta tomar el pestillo. Con un movimiento agónicamente lento, lo baja y destraba la puerta. De a poco, la luz proveniente del interior de la habitación cubre el rostro de Carmen.

Sus pupilas contemplan impávidas el origen del agudo sonido. Su boca entreabierta ahoga un grito silencioso. Su mano, con lenta calma, dibuja sobre su cuerpo la señal de la cruz al descubrir la causa de aquel chillido que no deja de acuchillar el silencio.

Colgado del ventilador de techo, que amenaza con ceder, el cuerpo sin vida de Alfredo se balancea en un sigiloso y siniestro vaivén sobre la cama vacía de Cecilia.

Carmen amaga un imperceptible gesto. Sus emociones son, como siempre, un laberinto indescifrable.

XXXI

Cuando llega la policía, Carmen abre la puerta desesperada y bañada en llanto. Parece presa de una crisis nerviosa; su cuerpo da la advertencia que va a desplomarse.

Una mujer policía se acerca con rapidez a ella y trata de contenerla. La rodea suavemente con sus brazos y la acompaña a sentarse en el sillón.

Dos efectivos más le preguntan por la llamada que hizo al 911. Ella temblorosa señala las escaleras. un tercer oficial queda custodiando la puerta de entrada que permanece abierta. Por el umbral se ve a algunos vecinos curiosos que comienzan a agolparse cerca de la puerta. La presencia del personal policial hace que, a pesar de la extrema intriga que sienten, mantengan la distancia.

-Escuché un ruido y, cuando fui, lo encontré ahí... colgado... ¡en el cuarto de nuestra hija! -dice Carmen entre sollozos.

-Señora... tenemos que subir -ella asiente.

-Yo no puedo... ¡No me hagan subir, por favor! ¡No puedo!... ¡No tengo las fuerzas para verlo otra vez! -la mujer policía la tranquiliza. Carmen tiembla entre sus brazos. Todo su cuerpo amenaza con quebrarse. Los dos hombres asienten y suben con prisa por la escalera. Carmen balbucea palabras indescifrables, sílabas que se ahogan en su llanto exaltado y resultan inaudibles. La mujer que se sienta a su lado frota su espalda, visiblemente conmovida. Carmen le recuerda a su madre y su instinto protector la hace vulnerable a su desesperación- ¿Por qué, querido?... ¿Por qué? -la voz de Carmen se pierde en el silencio retórico de la casa.

Afuera, el bullicio se acrecienta. La puerta de entrada parece el ingreso a un espectáculo circense. Los vecinos se apiñan y murmuran. Recorren con ojos sedientos de morbosa curiosidad el espacio que delinea la puerta abierta.

una ambulancia se abre paso entre la muchedumbre. Llega despedazando el murmullo de la gente con el sonido estridente de su sirena. El vehículo se detiene a unos metros de la entrada. Otros dos patrulleros llegan detrás. uno de los oficiales que baja velozmente del primer móvil en llegar, ordena al resto de sus colegas que se acordone inmediatamente el área para mantener apartados a los vecinos. Las radios policiales no dejan de transmitir lo que sucede dentro de la casa con los códigos propios de la fuerza, esos que los vecinos, frustrados, no logran descifrar en su totalidad, aunque saben que algo terrible ha sucedido. Los semblantes ensombrecidos de los policías le vaticinan al público presente que la familia Esquivel está siendo golpeada nuevamente por la tragedia.

El personal médico desciende rápidamente de la ambulancia y entran en el domicilio. Dentro, y con Carmen apoyada sobre su lado derecho, la mujer policía les señala a los médicos las escaleras. Suben.

-Yo jamás lo creí capaz... -las manos de Carmen tiemblan como débiles hojas a merced de una tormenta.

-Tranquila, señora... -la oficial trata de calmarla.

-¡Es que usted no entiende! ¡Yo sé porque lo hizo! -su voz es débil y entrecortada por el llanto

-Los oficiales ya van a tomarle la declaración.

-Creí que él estaba protegiendo a nuestro hijo, pero ahora...

Los oficiales bajan y le hacen un gesto a la mujer policía confirmando el deceso.

Carmen los mira; su llanto incesante se trenza con sus palabras.

-¿Por qué deja Dios que yo viva este infierno?... Primero mi nena, después mi hijo preso de la locura y ahora esto... -el llanto desgarrado de Carmen no cesa.

-Tranquila, señora... -le dice uno de los hombres- No tiene que hablar ahora.

-¡Tengo que hacerlo!... Tengo que hacerlo para que mi chiquita pueda descansar, por fin, en paz... -los tres policías se miran desconcertados. Las lágrimas de Carmen se intensifican y no le permiten hablar. La mujer policía vuelve a su trabajo de contención y sus compañeros se alejan unos pasos. Prefieren dejarle exclusivamente a ella aquella dura tarea.

Uno de los ellos pide por radio la presencia urgente de los peritos forenses. Luego le comenta a su compañero en tono serio.

-Espero que lleguen cuanto antes... El ventilador está a punto de desprenderse del techo...

Carmen, espantada al oírlo, se lleva las manos a la boca. La vista que le devuelve su imaginación del cuerpo de Alfredo cayendo porque el ventilador de techo no soportó el peso, le resulta demasiado real y, tras un pequeño gemido, se desvanece.

La mujer policía se apura para asistirle e impedir que su cuerpo, sin tonicidad alguna, caiga al piso.

-¡Necesito asistencia médica urgente! -grita para que el personal médico pueda oírlo. Cuando al fin llegan a socorrerla, se levanta y les da espacio para que puedan trabajar. Carmen no parece reaccionar. Enfadada, se acerca a sus compañeros. Con el semblante colmado de indignación, mira a uno de los dos oficiales y lo bautiza con su ironía mientras le palmea el hombro.

-¡Bien hecho, Gonzales! ¡Te felicito! -el oficial no puede ocultar su humillación y vergüenza.

El día siguiente encuentra a toda la estación de policía completamente revolucionada ante los rumores que corren por los pasillos. El caso de Cecilia Esquivel reflota en busca de nuevas pistas y de posibles hipótesis que se alimentan con el testimonio desgarrador que Carmen ofreció a primera hora de la mañana.

Estando, aún, bajo los efectos de los sedantes que fue necesario suministrarle tras el suicidio de Alfredo, las palabras de Carmen cayeron lentas, cargadas de dolor y de angustia. Fueron suficientes para sacudir la apatía cotidiana de los oficiales y renovar en ellos la sorpresa y el deseo de hurgar allí, en ese oscuro punto en donde las investigaciones suelen dar un abrupto giro.

Mientras se lleva a cabo la autopsia del cuerpo de Alfredo Esquivel, los peritos analizan la nueva evidencia que les fue entregada y repasan una a una las palabras de Carmen...

-“Ayer, buscando mi vieja máquina de coser en el garaje, encontré detrás de unas cajas una bolsa que me llamó la atención... Cuando la abrí...” -un temblor le recorre todo el cuerpo y amenaza con arrancarle la compostura. Sentada frente a tres oficiales, Carmen,

completamente quebrada, se sujeta del escritorio con las pocas fuerzas que le quedan y se empeña en continuar su relato- “era su vestido, cubierto de sangre... Subí horrorizada y como pude, gritando su nombre. Cuando apareció junto a las escaleras y se lo enseñé...”- sus palabras se interrumpen por el llanto y sus ojos parecen clavados en la nada, como si estuviera reviviendo aquellos instantes- “¡No se sorprendió!... No pude ver, en ese momento, que a él no se le paralizó el alma como a mí al verlo”- se enjuaga las lágrimas con las manos, respira hondo y sigue- “Él culpó a mi hijo... me dijo que iría a verlo, que él se encargaría, que yo no hiciera nada hasta que el regrese. Mi cabeza era una catarata de dolorosas posibilidades, me perdí tratando de encontrar una lógica... Creí que quería protegerlo, pero... se fue enseguida... y yo... yo me quedé buscando una respuesta...”-se quiebra- “No lo escuché llegar... rezar fue lo único que pude hacer con las pocas fuerzas que tenía... supuse que a su regreso vendríamos juntos aquí... a donde yo estoy sentada ahora... verlo colgado fue...” -se cubre el rostro con las manos y llora desgarradamente- “¿Por qué, Dios mío? ¿Por qué?”.

Los oficiales están atónitos, se miran entre ellos sin decir palabra alguna-La prenda que nos entregó está siendo analizada por los peritos... pero a priori, puedo decirle que en ella se encontraron rastros de sangre y semen -le dijo solemne uno de los oficiales a cargo. Carmen palidece y tiembla- ¿usted cree que su esposo...?- la pausa que hace el oficial es tan grande y tan incómoda que el silencio parece adueñarse de la voz de todos los que, con ojos temerosos, imaginan el peor de los desenlaces. Carmen parece armar el macabro rompecabezas en su mente. La última pieza se la entrega en la mano la gélida muerte disfrazada de entendimiento.

Carmen mira hacia el techo, buscando tal vez el abrazo contenedor de su creador. Asiente lentamente y, con sus ojos nublados y con la voz desgarrando meticulosamente, hilo a hilo, el aire, confirma el espanto.

-“¡Ahora entiendo!... ¡Fue su propia consciencia la que apretó su cuello hasta dejarlo sin una gota de aire!”.

XXXII

En el pasillo de la clínica, Beatriz está parada frente al ascensor. Conversa intensamente con un hombre de algo más de unos cincuenta años. Él lleva un maletín en su mano, un traje formal y una expresión de solemnidad severa que le cubre el rostro. Mariana llega y se para frente al mostrador de la sala de enfermeras. Detrás, Laura acomoda unos papeles y no levanta la vista para verla. Mariana gira y observa intrigada como Beatriz se despide de aquel hombre. El ascensor se abre y él se va. Con gesto preocupante, Beatriz se frota la frente y avanza. Levanta la vista y sus ojos se cruzan con los de Mariana. Suspira hondo al verla y su gesto se agrava. Se acerca a ella. La intriga de Mariana crece. –Echeverry...

Mariana entorna los ojos al percibir la seriedad de Beatriz.

–¿Todo bien?...

Beatriz suspira y niega con la cabeza; antepone un gesto solemne a la gravedad de sus palabras. Sus pupilas se clavan serias a las de Mariana. Ella, nerviosa, arquea las cejas inquisitivamente. Algo le dice que está en problemas. En un intento de apurar el diálogo, la increpa.

–¿qué pasa?

–Viste al hombre que acaba de irse –Mariana asiente– Bueno, es el fiscal que investiga el caso de Cecilia Esquivel, la hermana de Ulises. –Mariana asiente con velocidad, para que ella no detenga el relato– Vino para ver si era posible tener una entrevista con Ulises, pero considerando las novedades que traía creí más conveniente hablar con vos primero para ver cómo íbamos a manejar el tema.

–¿qué novedades? ¿qué pasó?

Beatriz da un paso, se acerca más a Mariana y la separa del mostrador de enfermería, sabiendo que a Laura ya le había interesado la conversación. El tono de su voz se suaviza y sus ojos se ensombrecen.

–El padre de Ulises se suicidó hace dos días... –Mariana abre los ojos, cubiertos de sorpresa, y ahoga con sus manos un grito que no deja salir de sus labios. Beatriz continúa solemnemente– Cuando se fue de acá, llegó a su casa y se ahorcó en la habitación de Cecilia.

–¡Dios mío!...

Beatriz levanta la palma de la mano e interrumpe a Mariana.

–Eso no es todo... la madre entregó a la policía un vestido que encontró entre las cosas de su marido. La mujer dice que era el vestido que llevaba Cecilia la noche de su muerte. Los peritos encontraron, en él, manchas de sangre y semen. Están cotejando el ADN. Creen que fue Alfredo el que la mató y quieren reforzar el caso con Ulises y la teoría de un posible abuso.

Los ojos de Mariana centellean con un dejo de emoción ante la noticia sin que su rostro logre abandonar el asombro.

–¡qué hijo de puta! ¡Yo lo sabía!... ¡Sabía que había sido él! ¡Pobre Ulises! –Beatriz examina gravemente a Mariana– ¡Ay por Dios! ¿Cómo se lo digo? ¡Son dos noticias, una

más horrenda que la otra! ¡Pobrecito, esto lo va a hacer pedazos!

–Ya es hora de que te apartes del caso, Echeverry. ¡Hasta acá!

Mariana inclina la cabeza hacia un lado y su boca lanza un suspiro de desaprobación. Beatriz le marca que esa es su decisión final, mientras cruza sus manos frente a la cara de Mariana.

–¡Hasta acá, Echeverry!

–Pero, Beatriz... justo ahora que es cuando más me necesita...

–Justamente... no te tiene que necesitar a vos, tiene que necesitar un tratamiento. Necesita a alguien objetivo, con sangre más fría. Creo que lo mejor es que, a partir de acá, pase a otro profesional y buscar la manera para evitar el contacto con vos.

Mariana está completamente indignada.

–¿Y eso qué se supone que significa?

–Significa que estás demasiado involucrada, que el vínculo se te está yendo de las manos y así no lo vas a ayudar. No son sólo los años que llevo en esto los que me lo sugieren; son también tus ojos. Veo lo que hay en ellos, Mariana. –al escuchar sus palabras no puede evitar sonrojarse, se siente como una colegiala que fue descubierta– Si de verdad te importa, es hora de que des un paso al costado, antes que te mandes una cagada de la que te vas a arrepentir toda tu vida.

Mariana reconoce su derrota y asiente con resignación. Pero aun así, con tono sereno y suplicante se dirige a Beatriz.

–¿Puedo ser yo, al menos, la que hable con él y le dé la noticia? quiero que lo escuche de mi boca.

–Tenés la obstinada manía de meter tu cabecita justo frente a los colmillos del león. – Mariana abre la boca para contestar. Beatriz la frena. –Sí, sí... ya sé... tu famoso látigo y la silla a la orden del día...

Beatriz suspira, niega con la cabeza y se marcha. Al tiempo que se aleja, y sin voltear, su tono ronco se mece entre los ruidos que hacen sus tacos pequeños al caminar.

–¡Después de esto, estás fuera! Y haceme el favor... que Eugenio se quede afuera del consultorio ¡Seguramente vas a necesitar su intervención!

Mariana pone en blanco los ojos y bufa fastidiada.

El cuerpo de Ulises, abandonado sobre la silla, no delinea forma alguna. Es un manojito de carne y huesos sin tonicidad ni movimiento. Su piel pálida y sus ojeras violáceas le dan a su semblante un aspecto mortecino. Mariana, sentada en el escritorio frente a él, lo contempla con un gesto que se combina entre la ternura y la desazón. Entona una voz suave y maternal.

–Ulises... quiero que sepas lo mucho que me importás... vos y tu recuperación. Es por eso que, muy a mi pesar, voy a tener que dar un paso al costado. Por tu bien, considero conveniente apartarme de tu tratamiento y dejarte en manos de otro terapeuta.

Ulises levanta su mirada, asombrado, y clava sus pupilas cargadas de enojo y reproche sobre Mariana.

–¿qué?

–Lo mejor es que otro terapeuta te...

–¡No! ¡Vos me dijiste que no ibas a abandonarme!

–No te estoy abandonando, estoy velando por tu bienestar.

-Sabía que me ibas a dejar; igual que me dejan todos... ¡Yo no te importo!

-Al contrario; porque me importás demasiado es que necesito alejarme. Ya no te puedo ayudar, estoy demasiado involucrada...

Mariana se esfuerza por no dejar caer las lágrimas que se tambalean en sus ojos. Ulises, al ver la humedad sincera que inunda sus pupilas, ablanda la rigidez de su expresión. ¿Será posible que esa grandiosa mujer lo quiera de verdad? Cierra los ojos, deseando que aquel pensamiento sea cierto y, sumergido en un tono de resignación, acepta su derrota.

-Bueno... voy a tener que mantenerme entretenido con Lucía- su picardía lo hace sonreír, pero Mariana le contesta triunfante

-Me temo que vas a tener que buscar otro juguete porque los padres de Lucía se la llevaron ayer.

-Esa, seguramente, fue una estrategia tuya para mantenerme amarrado a tu cintura -él extiende la mano para tocarla, pero Mariana lo esquiva con un gesto serio en el rostro. Él asiente, sabiendo que se estaba yendo de los límites- ¿Y cuándo voy a tener que prescindir de tu presencia?

-Esta será nuestra última sesión.

Ulises, sorprendido, la ataca nuevamente con sus ojos envueltos en reproches. Se pone de pie con la fuerza del enojo que recorre su cuerpo. Y se dirige a la puerta.

-¡No perdamos más el tiempo entonces!

Mariana lo detiene.

-¡Ulises, esperá!

-No me interesan las despedidas.

-No se trata de eso. Hay algo más que necesito decirte... ¡Por favor! ¡Sentate! -Ulises gira y la observa serio. Ella, con un gesto de ternura, le señala la silla vacía- ¡Por favor!

Ulises suspira y regresa a la silla. Se sienta con desgano. Su dolor y su resentimiento se reflejan en su semblante. Mariana se mueve inquieta; decide que es mejor tomar una prudencial distancia y se sienta en su silla. Esquiva los ojos inquisitivos de Ulises que aguardan sus palabras. Ella aclara su garganta con suavidad y cubre su voz de un tono suave y quebradizo.

-Ulises, me toca la difícil tarea de darte una mala noticia... -la cabeza de Ulises se inclina y sus pupilas, cansadas por el agobio, intentan hacer contacto con los ojos de Mariana- Lo que tengo que decirte es muy delicado y necesito que hagas el esfuerzo, por tu bien, de conservar la calma. Algo grave pasó en tu casa. Tu padre... -Mariana hace una pausa y traga saliva con dificultad, como si las palabras se enredaran en su garganta en un manojo pesado de piedras que le impiden continuar. Ulises respira hondo y el cuerpo se le tensiona- Ulises, tu padre se suicidó...

Los ojos de Ulises se cubren de un manto de asombro. El silencio de la sorpresa lo envuelve y parece congelar cada molécula de su cuerpo. Mira fijamente a Mariana sin ser capaz de articular palabra. Su cabeza, con lentitud, rompe la inmovilidad y comienza un vaivén compulsivo que niega la cruel realidad. Mariana, quebrando nuevamente la lógica de su profesión, se pone de pie despacio y se acerca a él. Su mano se extiende vacilante y duda en hacer contacto físico. Detiene su gesto y le habla.

-Tranquilo, Ulises... esto es muy doloroso y difícil de entender, pero necesito que hagas un esfuerzo por mantener la calma.

Ulises, con la voz quebrada, busca la respuesta en los ojos de Mariana.

-¡No puede ser!... ¡No puede ser!

-Tenés que ser fuerte...

Ulises interrumpe sin escuchar las palabras de Mariana, perdido en su desconcierto.

-¿Cómo?

Mariana cierra sus ojos con lentitud, respira hondo, los abre y lo mira a los ojos. Su tono se transforma en un susurro. -Eso no importa ahora, Ulises... lo importante... Ulises se pone de pie, violento, y la sujeta de los brazos con fuerza. Sacude la delgada figura de Mariana. Ella lucha por conservar la calma. No quiere gritar, sabe que a unos pocos metros está Eugenio y lo último que quiere es que Ulises termine sedado y atado a una cama. En su rostro, el temor se hace evidente.

-¿qué no importa?... ¿qué no importa? Me estás diciendo que mi papá se mató y me decís que no importa. ¡Hablá, carajo! ¡Decime todo lo que sabés!

La respuesta sale como un torbellino de la boca de Mariana y golpea con fuerza el corazón de Ulises.

-Se ahorcó... en la habitación de Cecilia...

Los ojos de Ulises se bañan de espanto. Sus manos feroces la sueltan, sus pies tratan de mantener el equilibrio de su cuerpo y da dos pasos hacia atrás para no caer. Mariana avanza, preparada para sostenerlo ante su flaqueza. Las lágrimas inundan los ojos de Ulises. Estas no tardan en caer y bañar su rostro. Ulises lleva sus manos hacia su cabeza y sus dedos comprimen su cabello con fuerza. Sus pupilas rebotan de lado a lado. Está desconcertado y abatido. Mariana lo ayuda a sentarse en su silla.

-¡Yo lo empujé!... Yo...

Mariana se pone de cuclillas frente a él y toma sus brazos.

-No fuiste vos. No soportó la culpa... Ulises...

-¡No debí gritarle así! ¡No tenía sentido nada de eso! ¡No pude salvarla a ella y ahora hice que él se quitara la vida! -Mariana le sujeta la cara cubierta de lágrimas y lo mira fijo a los ojos.

-Hay algo más... la policía encontró el vestido ensangrentado de Cecilia en su poder... están analizándolo... creen que fue él quien... Ulises la interrumpe y susurra con las pupilas inquietas que rebotan de un lado al otro de la habitación.

-¿El vestido?... -Ulises cierra sus ojos, pensativo- El vestido blanco de flores...

-¡Sí! El vestido que llevaba la noche en que murió...

Como si las palabras de Mariana golpearan sus piernas, el cuerpo de Ulises se deja caer sobre sus rodillas. Abatido y sin fuerzas, se desarma en un llanto incontenible y desesperado. Mariana, casi al borde de caer, hace equilibrio y se reincorpora para quedar arrodillada, nuevamente, frente a él; lo rodea con sus brazos y lo acobia sobre su pecho sin poder contener sus propias lágrimas.

-¡Sos inocente, Ulises! ¡Sos inocente!

XXXIII

Seis meses después...

La mañana soleada envuelve con su otoñal claridad la figura de Mariana que fuma nerviosa frente a las puertas de la clínica. Su mirada viaja de un lado al otro con impaciencia. Sus pies bailan contagiados por su inquietud y se mueven con pequeños pasos, de derecha a izquierda, sin abandonar el perímetro de las mismas dos baldosas sobre las que está parada. Da una bocanada más profunda a su cigarrillo y este agoniza. Tira la colilla a la calle y mira su reloj.

La puerta de la clínica se abre y, por fin, ve que Ulises sale. Nerviosa, se acomoda el pelo y da unos pasos hasta llegar a su encuentro. Él avanza, sin verla, con la cabeza gacha. La voz emocionada de Mariana lo detiene.

–¡Ulises!

Él levanta la cabeza y se encuentra con la figura de Mariana que le sonrío con amplia ternura. Se sorprende y el rostro se le ilumina. Hay una sincera emoción en su mirada. una que hace años no tiene.

–¡Mariana!... ¡No esperaba verte por acá!

Ella se sonroja y sus palabras esconden algo de vergüenza.

–Yo tampoco esperaba estar acá. Pero sabía que hoy era tu alta y no pude contenerme. ¡quería verte! ¡Saber cómo estabas!

Ulises se sonrío.

–Supongo que bien... –él inclina la cabeza y señala con un gesto la fachada de la clínica– Al menos estoy del lado de afuera. ¿Y vos? Creí que te habías evaporado. Ni un solo rastro tuyo en casi seis meses.

–Pedí un traslado. Preferí alejarme. Era lo mejor para vos en ese momento. Supongo que también para mí.

–Te sorprendería saber con cuanta frecuencia los médicos se equivocan...

–Lo bueno es que yo no soy médica –se sonrío burlona.

Mariana se distrae al ver salir a una enfermera que pasa por su lado y la saluda con la mano, mientras se queda mirando fijamente a Ulises, y regresa a los ojos de Mariana para devolverle su desaprobación. Mariana se incomoda.

–No deberíamos estar hablando acá. No es ético. –Ulises se sonrío.

–La ética nunca fue nuestro estilo, pero si querés podemos ir a otro lado.

Mariana duda; lo mira nerviosa. Ulises se acerca a ella con peligrosa seducción y la acaricia suavemente el contorno del rostro con el dorso de sus dedos– Tranquila... podemos ir simplemente a un bar.

Mariana ahoga un suspiro de placer y sus ojos hablan de cómo las manos y la voz de ese hombre la embelesan. Los labios de él se acercan demasiado a su rostro. Mariana apoya su

mano sobre el pecho de Ulises y frena el avance. Los ojos de ambos destellan de hambre sexual al cruzar miradas.

–Vamos a mi casa... vivo a un par de cuadras de acá... Ulises levanta una ceja y sonrío de lado, complacido. Mariana señala hacia delante e indica la dirección. Ambos comienzan a caminar. Sus figuras se alejan con lentitud hasta que se pierden al doblar la esquina.

En la vereda de enfrente, de pie, bajo el refugio que le da la sombra de un árbol, Carmen los observa alejarse con un gesto severo cubriéndole el rostro. un leve movimiento de su cabeza indica su desaprobación. Su mano derecha dibuja con parsimonia la señal de la cruz sobre su cuerpo.

La puerta de calle se abre y Mariana ingresa a su departamento. Ulises sigue sus pasos de cerca, sin apartar la vista de su cuerpo. Mariana se gira y tiene que esquivar el cuerpo de él para poder cerrar la puerta.

Nerviosa, se sonrío mientras trata de escaparse de la intensa mirada de Ulises. Aclara su garganta y su voz se entrecorta.

–¿quierés algo para tomar?

Ulises niega con lentitud y da unos pasos hacia ella hasta quedar demasiado cerca. Mariana se sonrío y pasa una de sus manos por su cabello, en un gesto de sumo nerviosismo. Ulises levanta una de sus manos e imita su gesto. Lleva el cabello de ella desde el costado de sus mejillas hacia atrás. Los cabellos de Mariana se deslizan entre sus dedos. Al llegar a la nuca, la mano de Ulises se detiene y se cierra con lentitud. Ella siente un escalofrío que recorre sus fibras más íntimas.

Sin dejar de mirarla directamente a los ojos, Ulises acerca su rostro y dibuja con su nariz el contorno de la cara de Mariana. La recorre desde la frente, baja lento hasta los pómulos, se desvía hacia sus labios que se entreabren al sentir el roce y, finalmente, se pierde en su cuello. Ulises inhala profundo; llena su pecho con su femenina fragancia. Mariana reclina su cabeza hacia atrás y se ofrece entera.

Él arremete con sus labios besando cada recoveco de su cuello. Ella ahoga un gemido de placer y cierra los ojos. ¡Lo deseaba tanto! La otra mano de Ulises asciende por las caderas de Mariana, sube con extrema lentitud hasta su cintura y, desde ahí, busca la redondez turgente de uno de sus pechos.

Mariana se debilita ante el éxtasis y da un paso hacia atrás. Sus piernas parecen no responderle. Él avanza y comprime con su cuerpo dejando al de ella contra la pared. Mariana libera, ansiosa, sus caricias contenidas y le recorre la espalda.

Ambas bocas se encuentran y se besan apasionadamente. Sus lenguas danzan acompasadas en una dulce y violenta pasión a la vez. Las manos de ambos abandonan la lentitud y se convierten en torbellinos de caricias que estuvieron presas y aguardando el cuerpo del otro durante mucho tiempo.

Ulises rasga con sus manos la ropa de Mariana que cede sin resistencia ante su fuerza salvaje. Con habilidad, su cuerpo envuelve al de ella para acostarla sobre el suelo sin perder el roce. Él se deshace de su ropa con habilidad y rapidez.

Los cuerpos de ambos se funden en uno. Se mueven sincronizados; uno acompaña el movimiento del otro naturalmente.

Los besos no cesan; hay pasional fiereza, un bestial cortejo entre dos almas en celo. El vaivén llega para enmarcar el éxtasis. Mariana se pierde en gemidos que libera en los

labios de Ulises y hacen eco en la concavidad de su boca. Él arremete con salvaje entusiasmo y, sobre el suelo, ambos liberan su placer.

La luz del sol se cuela por el ventanal entreabierto, las cortinas blancas la absorben y se mecen con suavidad, envueltas por la brisa, y bailan en un ida y vuelta al compás de los gemidos que rebotan en la habitación.

Aun agitada, Mariana está acostada en el suelo con su ropa desgarrada y sus piernas con femineidad encogidas. Tiene las mejillas encendidas, la cara relajada y una leve sonrisa que engalana sus ojos. Mira a Ulises con ternura. Él, sentado a su lado, se sube y se abrocha el pantalón.

-Tengo que irme.

Mariana lo mira algo decepcionada.

-¿Tan rápido? -Ulises asiente indiferente y se pone la remera- ¿No querés quedarte un rato para que hablemos? Podés contarme cómo estás.

-Ya te dije que estaba bien.

-Me dijeron que hiciste grandes avances con tu nuevo terapeuta... Ulises asiente. Mariana se incorpora y se acerca a él. Se reclina suavemente sobre el hombro de Ulises apoyando, en él, su cara de lado. Con suavidad en el tono de voz, sonrío.

-Para estar tranquila de que no ibas a usar tus jueguitos de seducción me aseguré que mi reemplazo fuera un hombre viejo y gruñón.

Ulises la mira y amaga una pequeña mueca parecida a una sonrisa. Mariana pasa su mano, acaricia el cuello de Ulises y su voz esconde cautela.

-¿Desaparecieron las pesadillas? Ulises mira al suelo pensativo.

-Hace un tiempo que dejé de soñar... -respira hondo y se acomoda el pelo para librarse con disimulo de las caricias de Mariana- ¡De verdad tengo que irme! Mariana, mimosa, acaricia su espalda.

-Podés quedarte y pasar la noche conmigo. Ulises se pone de pie. Mariana, desde el piso, lo ve levantarse, apenada.

-quiero ir a casa, ver a mi mamá... tengo muchas cosas que resolver...

-Te entiendo.

Mariana se pone de pie y se acerca a Ulises. Él la esquiva.

-¿Te voy a ver otra vez? Ulises, cerca de la puerta, gira para verla. Se sonrío de lado.

-Seguramente... ¡Ahora sé a dónde vivís!

Retrocede un poco y se acerca a ella. Le besa la frente. Vuelve hacia la puerta y la abre. Ella lo detiene. -Podés volver cuando quieras... Ulises asiente y se marcha cerrando la puerta tras él. Mariana, con la vista fija en la puerta cerrada, suspira apenada. Sus ojos se llenan de melancolía y desconcierto. ¡Cuánto hay de él que desconoce, cuánto que teme y cuánto que espera...!

XXXIV

Suena el timbre. Mariana camina hacia la puerta de calle. Está descalza, con el pelo mojado y su amado pijama de algodón gris. Es entallado. un short y una musculosa que adora por su simpleza y comodidad.

Abre la puerta. Ulises está recostado de lado contra el marco. una sonrisa seductora de medio lado engalana su rostro. ¡Se ve tan atractivo! Sus ojos brillan al contemplarla. Mariana se sorprende y no se molesta en ocultar su alegría.

-¡Volviste!

Con rapidez, y lanzándose sobre él, sus brazos rodean su cuello. Lo aprieta con fuerza sobre su menudo cuerpo. Realmente la complace que haya vuelto. No lo esperaba. ¡Adora ese tipo de sorpresas!

Los brazos de Ulises no tardan en corresponderle. Avanzan unos pasos abrazados y Ulises cierra la puerta.

Instintivos y pasionales, los labios de Mariana buscan los de Ulises. Él la besa al tiempo que, una de sus manos, se pierde en su cuello y entrelaza sus dedos con el cabello húmedo de Mariana. Ella ahoga un gemido cuando él cierra su mano y da un pequeño tirón.

Ulises avanza unos pasos más y levanta unos centímetros el cuerpo de Mariana. usa la fuerza del brazo que le envuelve la cintura. Los pies de ella se balancean tímidamente en el aire.

Los labios de ambos, que no se separan, se funden en un beso pasional. Él avanza más y gira para aprisionar el cuerpo de Mariana entre la pared y su propio cuerpo. Ella, perdida en el deseo, entrelaza sus piernas; invita a su masculinidad a poseerla. Él rechaza la oferta.

Se aparta, la mira fijo y su expresión pasional se transforma en una gélida mirada de desprecio. Mariana lo observa con desconcierto.

-¿qué pasa, Ulises?

Él, inmóvil, endurece su gesto. Sus manos abandonan cada una su lugar, para sujetar ambos lados de la cabeza de Mariana. Ella está a punto de caer. Pero él la detiene con sus palmas que ejercen una presión demasiado fuerte sobre los pómulos de Mariana, enrojecidos por la candencia.

Las pupilas de ambos parecen bailar. Las de ella, con dulzura. Las de él, con hambre criminal. Súbitamente, Ulises comienza a golpear una y otra vez la cabeza de Mariana contra la pared, sin piedad. Los ojos de Ulises se encienden de sádico placer. Ella no puede hacer otra cosa más que gritar entre su dolor y su pánico.

Un lánguido haz de luz fisura, sutilmente, la oscuridad de la noche y salpica con su débil luminiscencia el rostro de Mariana que está recostada en su cama. Sus ojos se abren repentinos, presos del pánico que se refleja en sus pupilas y, súbitos, se cubren de lágrimas.

Sobresaltada y con la respiración agitada, se incorpora entre las sábanas. Su pecho se

expande y se ahueca compulsivo. Mira a su alrededor. Aliviada, cierra los ojos, inspira profundo, los abre otra vez y una lágrima brilla y resbala por su mejilla. Se deja caer sobre la almohada y, pensativa, clava su mirada inquieta en el techo. En su mente revive uno a uno todos los momentos que vivió con Ulises desde el día en que lo vio por primera vez.

Sin saber por qué, las palabras de Beatriz repiquetean en su mente:

“Es hora de que des un paso al costado, Mariana, antes que te mandes una cagada de la que te vas a arrepentir toda tu vida”.

Se le hace un nudo en el estómago y una extraña sensación le recorre el cuerpo. Se envuelve en las sabanas y se queda abstraída en miles de pensamientos hasta que el sueño la vence, varias horas después.

Mariana sale con prisa de su departamento. El desvelo de la noche anterior hizo que no escuchara el despertador y está llegando tarde a su trabajo. Está arreglada y con ropa formal. Lleva, doblado sobre uno de sus brazos, el guardapolvo blanco, unas carpetas y la cartera. Con el brazo libre trata, con torpeza, de cerrar la puerta sin dejar caer todo lo que lleva.

Carmen se acerca a ella por detrás y le toca la espalda. Mariana se sobresalta y deja caer las carpetas. Mira a Carmen, se agacha con rapidez y comienza a recogerlas. La mujer la observa inexpresiva. –¿qué susto! ¿Puedo ayudarla en algo, señora?

–¿usted conoce a mi hijo? –le dice con seriedad

Mariana se incorpora con lentitud y termina de acomodar las carpetas. Mira a la mujer, que no conoce, con desconcierto.

–¿Su hijo?

–Mi hijo es Ulises Esquivel.

Mariana, se pone demasiado nerviosa, hace un gran esfuerzo para no dejar caer las carpetas otra vez.

–Sí... Claro... Por supuesto que lo conozco. Fui la terapeuta de Ulises por un tiempo – Mariana extiende su mano libre con torpeza y se la ofrece. Carmen, con gesto severo, observa la mano de Mariana y, con lentitud, extiende la suya –Mi nombre es Mariana, Mariana Echeverry.

–Carmen Gutierrez.

–Es un placer conocerla, señora Gutierrez. Lamento mucho lo de su hija. También lo sucedido con su esposo. –Carmen cierra los ojos y asiente con lentitud. Los abre y mira con seriedad a Mariana. Se sueltan las manos. Mariana mira hacia ambos lados, confundida, tal vez buscando ver la figura de Ulises en alguna parte. –¿En qué puedo serle útil?

–Ayer, mientras esperaba a Ulises, cuando él salió de la clínica, vi que usted también lo esperaba. –Mariana, nerviosa, se frota la sien– No me vieron y se marcharon tan deprisa... con mi ansiedad por verlo, los seguí hasta acá. Lo vi entrar con usted...

–Sí, es correcto. Pero... discúlpeme... estoy confundida... ¿Tiene eso algo de malo? ¿Puedo ayudarla en algo?

–No... Yo vine a ayudarla a usted, querida.

El desconcierto de Mariana crece.

–¿Vino a ayudarme?

–¡Aléjese!... ¡Aléjese de él! Todavía está a tiempo de salvarse –el tono de Carmen suena

como una escalofriante advertencia proveniente del más allá.

-Discúlpeme, señora, pero no comprendo...

Carmen se acerca a ella y apoya su mano en el antebrazo de Mariana. La mira fijo y su voz se vuelve un tono susurrante.

-¡Aléjese! Aléjese de Ulises, antes de que sea demasiado tarde.

Carmen gira y se aleja de ella con paso lento. Mariana queda inmóvil, parada frente a la puerta de su casa y envuelta en el desconcierto absoluto. No entiende qué fue todo aquello, pero sin duda siente un profundo miedo. Ve como Carmen se aleja. Y a su cabeza vuelve a llevarla al perturbador sueño de la noche anterior.

XXXV

En la casa de los Esquivel suena una música suave pero triste. Es un tema instrumental y es el favorito de Carmen.

Ulises apaga la luz de su habitación y sale. Acaba de tomar una ducha bien caliente y se siente relajado.

El pasillo lo recibe, como de costumbre, con su lánguido tono amarillento que se desprende de las parpadeantes velas encendidas junto al retrato de Cecilia.

Ulises se acerca al improvisado altar y descubre que, a un lado de la foto de su hermana, hay, ahora, una de Alfredo. Cada fotografía es custodiada por tres imágenes religiosas de cerámica y, cada una de ellas, cuenta con su propia vela encendida.

Ulises observa con pena ambas fotografías. Verlos juntos allí le provoca un escalofrío que le recorre el cuerpo. Pero no quiere pensar. Aún no. Tiene previsto tener una charla extensa con su madre, para la cual se estuvo preparando en terapia. Ambos tendrán que enfrentar crudas realidades. Imagina lo difícil que debe haber sido todo este tiempo para su madre. Estando sola en aquella casa.

Ya le perdonó el hecho de que no haya ido jamás a visitarlo. También para eso le sirvió la terapia. Tampoco se culpa a él mismo; entendió que todo aquello había excedido su capacidad. Por suerte creía haber superado sus propios fantasmas, o al menos eso creía su terapeuta cuando le dijo que estaba listo para salir de alta.

Se aleja de aquel incomodo altar y gira. A su lado está la puerta cerrada de la habitación de Cecilia. Sus ojos recorren la puerta cerrada y tiemblan de nostalgia. Con lentitud, se acerca y levanta la mano hasta que queda a la altura del pestillo. Vacila unos instantes. Finalmente lo toma y abre con suavidad la puerta sin soltarla. Contempla la habitación que se baña del melancólico resplandor de las velas. La cama, vacía y prolija, se dibuja entre las sombras y, sobre ella, el ventilador de techo que amenaza con desprenderse.

Los ojos de Ulises observan con una mezcla de dolor y rabia y sus pupilas se nublan de lágrimas. Cierra sus ojos y aprieta los párpados. una lágrima cae y resbala por su mejilla. Apenado, y sin abrir los ojos, vuelve a cerrar la puerta. Apoya despacio su frente contra ella y se queda ahí, inmóvil, como si esperase las palabras de alguno de los dos. Detrás suyo, entre santos y velas, Cecilia y Alfredo parecen observarlo.

En la planta baja, la mesa de la cocina está finamente preparada para la cena, engalanada con un mantel blanco. En el centro, una botella de vino destapada, un servilletero y una panera. Dos platos, cada uno con su juego de cubiertos y sus copas, esperan vacíos en ambas cabeceras. Frente a la mesada, Carmen tararea la melodía de la canción que suena, al tiempo que prepara una fuente con comida. Ulises llega. De inmediato, la mesa atrapa su atención. La contempla sorprendido. Carmen lo ve. Sonriente, le señala, con ambas manos, la mesa que ha preparado especialmente para la ocasión y se acerca a él. Con dulzura, le toma la cara y lo hace inclinarse un poco para poder llegar a besarle la frente.

-¡Bienvenido a casa, hijito mío!

Ulises está desconcertado. No está acostumbrado a las demostraciones de afecto de su madre, pero asume que la dureza de los últimos tiempos han ablandado su corazón. Al fin y al cabo, él es todo lo que tiene, ahora.

Su madre lo sujeta del brazo y lo conduce hasta la cabecera. Le indica con la mano que tome asiento. Ulises se frena; opone una leve resistencia. Abre los ojos con sorpresa y duda.

-¿La cabecera? Es el lugar de... papá...

Carmen tironea un poco de su brazo para hacerlo sentar. Ulises, aun reticente, se sienta con resignación.

-¡Ahora vos sos el hombre de la casa! Este es tu lugar.

Ulises se retuerce, incómodo, en la silla. Carmen gira y retoma su labor con la fuente. Ulises la mira.

-Lamento no haber estado acá cuando pasó lo de papá. Me imagino lo difícil que fue para vos... tenemos que hablar de todo lo que...

Carmen gira la cabeza y lo observa. Se lleva el dedo índice a los labios.

-Fue la voluntad de Dios. Todas las cosas están donde deben estar. No hay nada que hablar.

Carmen vuelve su atención a la comida que prepara. Ulises mira la mesa y pasa las palmas de las manos por el mantel. Lo acaricia con lentitud. Ulises, habla con voz baja y pensativo.

-¡Siento que hace tanto que me fui...!

Su madre gira y trae entre sus manos una bandeja humeante que coloca en el centro de la mesa. Mira a Ulises con calma.

-Lo importante es que encontraste el camino de vuelta a casa y ya no te vas a volver a alejar... para eso me tenés a mí... para ser tu guía... Ulises asiente lentamente. Carmen le apoya su mano sobre el hombro. Él la mira conmovido.

-Dale gracias al Señor. Pedile que te perdone y que te reciba otra vez entre sus brazos... ¡Vamos, hacélo!

Ante la insistencia de la mirada de su madre, Ulises cierra los ojos, entrelaza sus manos y las apoya sobre el borde de la mesa. Inclina su cabeza. Carmen se aleja unos pasos.

El rostro de Ulises se vuelve solemne; reza en silencio. Sus manos, masculinas y fuertes están entrelazadas; la juventud de su cara seria y tranquila. Sus párpados cerrados, sus labios que se mueven con lentitud y dibujan letras mudas.

Sin embargo, su mente lo aparta de pronto del rezo y las palabras de su madre le resultan extrañas. ¿Todo está donde debe estar? Él había aceptado la decisión de su padre y hasta, profundamente, le parecía correcta. Alfredo sí estaba donde debía estar, pudriéndose en el infierno. Pero Cecilia... ¡Cecilia no había hecho nada malo!

Súbitamente, el cuerpo de Ulises se mueve con brusquedad hacia adelante y rompe la calma. Ulises abre los ojos y sus pupilas, bien abiertas, se bañan de asombro. Su frente se arruga, frunce las cejas y una mueca de dolor se dibuja en su rostro.

Abre la boca. Trata de respirar, pero es incapaz de hacerlo. Su cuerpo se sacude hacia adelante y deja salir un quejido ahogado. Otro sacudón repentino abraza su cuerpo. un pequeño hilo de un intenso rojo carmesí cae entre sus labios. El torso de Ulises se

desploma sobre la mesa y su cara queda de lado sobre el plato de loza blanco que comienza, lentamente, a teñirse con la sangre que cae de su boca entreabierta.

Ahogado en el dolor que siente su cuerpo, por fin entiende todo. La verdad se le revela en su último segundo de vida. Su pobre hermana y él han sido víctimas del mismo verdugo. Tras ese último pensamiento, sus pupilas abiertas pierden expresión.

La espalda de Ulises está cubierta en sangre. Parada detrás, Carmen sostiene, en su mano derecha en alto, una cuchilla ensangrentada. Ella observa inexpresiva como Ulises abandona el último respiro.

Ladea levemente la cabeza. Camina con lentitud, bordeando la mesa. Con una tranquilidad glacial, apoya la cuchilla ensangrentada junto al cuerpo sin vida de su hijo y se marcha. En el plato, la sangre, de un bordó brillante, dibuja los contornos del rostro apoyado de Ulises, llenando cada recoveco de su perfil. Los ojos yertos y abiertos de Ulises se cubren del lúgubre manto de la muerte.

Epílogo

El rostro de Cecilia brilla en el portarretrato bajo el resplandor de las velas encendidas. Junto a él, la fotografía de Alfredo se deja ver entre las tres estatuillas religiosas. Las manos de Carmen toman un nuevo portarretrato vacío y, en él, pone una fotografía. Lo acomoda en su lugar y distribuye junto a él las otras tres estatuillas que ha traído. Con delicadeza, enciende sus respectivas velas. Las llamas devuelven su luz amarillenta y descubren el rostro de Ulises que ahora ocupa un lugar en el altar. Carmen contempla llena de orgullo las tres fotografías.

–¡Están a salvo, ahora!... ¡Los alejé del pecado y la tentación! Ya pueden llegar a los brazos de Dios.

Carmen dibuja sobre su cuerpo la señal de la cruz, se arrodilla en el suelo, levanta los brazos y mira al techo con las pupilas colmadas de una desquiciada satisfacción.

–¡En tu nombre los he purificado! ¡Tuyo es el reino, tuyo el poder y la gloria, por siempre, Señor!

FIN

Daniela Sanguinetti

Mail: mail@danielasanguinetti.com.ar

website: www.danielasanguinetti.com.ar



Ésta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta novela son o bien productos de la imaginación del autor o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación, sin permiso escrito del propietario del *copyright*.